MISCELÁNEAS PRIMAVERALES   NATSUME SŌSEKI

MISCELÁNES PRIMAVERALES

Natsume Sōseki



Natsume Sōseki

Misceláneas primaverales

Traducción de Judith Zamora Lablanca



Natsume Soseki

Natsume Kinnosuke, conocido con el seudónimo literario de Natsume Sōseki, nació el 9 de febrero de 1867, en la ciudad de *Shogunato*, en Tokio, Japón. En 1884, se matriculó en la carrera de Arquitectura en la Universidad Imperial de Tokio, pero terminó estudiando Lengua Inglesa. Debido a su importante trabajo como profesor, recibe una beca de la Universidad de Tokio para estudiar inglés en Londres. Esta experiencia estuvo marcada por la soledad y se vio reflejada en su obra literaria.

En 1905, publicó su primera obra titulada *Soy un gato*, en donde un gato analiza la civilización a modo de sátira y se burla de la burguesía Meiji. Entres sus obras más aclamadas se encuentran: *Botchan* (1906), *Sanshiro* (1908), y *Kokoro* (1914). Esta última fue considerada como su obra cumbre. Además, escribió muchos relatos como *Diez noches de sueños* (1908) y *Misceláneas primaverales* (1910).

Murió en Tokio el 9 de diciembre de 1916. Actualmente, es considerado como uno de los escritores más importantes de Japón. Por ello, en 1984 el gobierno japonés puso su imagen en los billetes de 1000 yenes. Su obra influyó en muchos escritores contemporáneos, porque fue el que mejor plasmó el quiebre que hubo en la sociedad japonesa al abrirse a la cultura occidental.

Misceláneas primaverales
Natsume Sōseki

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL DÍA DE AÑO NUEVO

Después de tomarme la sopa tradicional de Año Nuevo, me retiré a mi estudio y, al cabo de un rato, llegaron cuatro personas. Todos eran hombres jóvenes. Uno de ellos llevaba una levita confeccionada con lana Melton, aunque no la lucía con mucha gracia, que digamos. El resto vestía un kimono más bien casual, sin exquisiteces: ¡Vaya unos atuendos para Año Nuevo! Los que vestían kimono fueron saludando al joven de la levita a medida que llegaban con un espontáneo «¡Vaya!» de sorpresa al verle la fachada. Yo mismo lo había saludado del mismo modo.

El de la levita se sacó un pañuelo blanco del bolsillo y fingió secarse el sudor. A continuación, empezó a beber una tacita detrás de otra del sake especiado tradicional de Año Nuevo. El resto de comensales también dio buena cuenta de la comida que había dispuesta en una mesita individual frente a ellos. Kyoshi llegó en coche poco después. Lucía un kimono con el emblema de su familia y un *haori* negros. Se había decidido por un atuendo muy tradicional. Le pregunté si la formalidad de sus ropajes se debía a su apego por el teatro *nō*[1], a lo que

---

1 *Nō*. Forma tradicional del teatro japonés caracterizado por el uso de máscaras.

Kyoshi respondió afirmativamente y me propuso que recitáramos algo juntos. Yo accedí a intentarlo.

Interpretamos un canto *nō* llamado *Tōhoku*[2]. Yo había aprendido la susodicha pieza hacía tiempo, pero me faltaba práctica y vacilaba en muchas partes. Además, me temblaba la voz y, aunque al final la canté entera, todos me dijeron que no se me daba nada bien. El de la levita apostilló que tenía una voz muy endeble. Siendo el *nō* un campo que no dominaban, confiaba que mis jóvenes invitados no sabrían puntuar nuestra destreza. Sin embargo, habían sido capaces de valorar mi actuación basándose en su propio razonamiento, por lo que ni siquiera pude darme el gusto de acusarles de ignorantes.

Después, Kyoshi empezó a explicar que recientemente había estado practicando con el *tsuzumi*[3]. Pese a no tener ni idea de *nō*, los jóvenes le pidieron fervorosamente que les tocara algo. Kyoshi accedió y me pidió que me ocupara de la parte vocal. ¡No tenía ni idea de cómo iba a acompañarle! Podría acabar estropeándole la pieza, pero, puesto que nunca antes lo había hecho, me sentí tentado

---

2 *Tōhoku*. Pieza de *nō*, obra del dramaturgo japonés Zeami Motokiyo (1363-1443).

3 *Tsuzumi*. Pequeño tambor tradicional japonés con forma de reloj de arena típico de las obras de *nō* y kabuki.

a intentarlo. «¡A cantar se ha dicho!», accedí. Mi amigo mandó a un *rickshaw* a que fuera a buscar su *tsuzumi*. Cuando volvió con él, Kyoshi trajo el brasero de la cocina, encendió un pequeño fuego y, a continuación, colocó la piel del tambor encima de la rejilla para calentarla. Todos lo miramos atónitos. Cuando le pregunté si ya era suficiente, Kyoshi me contestó que quizá sí, y dio un golpecito con la yema del dedo sobre la piel tersa del instrumento. ¡Sonaba muy bien! Después la retiró del fuego y le ató las cuerdas pertinentes. Ver a un hombre vestido con un kimono tradicional manipulando las cuerdas rojas de un *tsuzumi* le otorgaba a la escena un no sé qué de elegancia. Todos lo miramos con profundo respeto.

Kyoshi se quitó finalmente el *haori*, y estaba a punto de empezar a tocar, cuando, rápido como una centella, le pedí que hiciera el favor de esperar. En primer lugar, yo no tenía ni la más remota idea de en qué momento debía empezar a cantar exactamente, así que le pedí que ensayáramos un poco antes. Kyoshi me explicó amablemente que en tal momento me avisaría o que en tal momento tocaría el *tsuzumi* de una u otra forma, y que entonces yo tendría que cantar así o asá. Lo cierto

es que no me quedó nada claro, pero me habría llevado horas comprenderlo todo, así que le dije que entendido, que estaba preparado. Empecé a cantar *Hagoromo*[4] y, cuando llegué al verso que dice «la niebla de primavera se levanta», me arrepentí de no haber arrancado con fuerza desde el primer momento. Me faltaba garra. Pero no podía subir el tono de voz ahora porque echaría a perder la melodía, así que me vi obligado a seguir con aquella entonación desabrida. Justo entonces, Kyoshi dejó escapar un sonoro alarido y dio un golpe seco al *tsuzumi*.

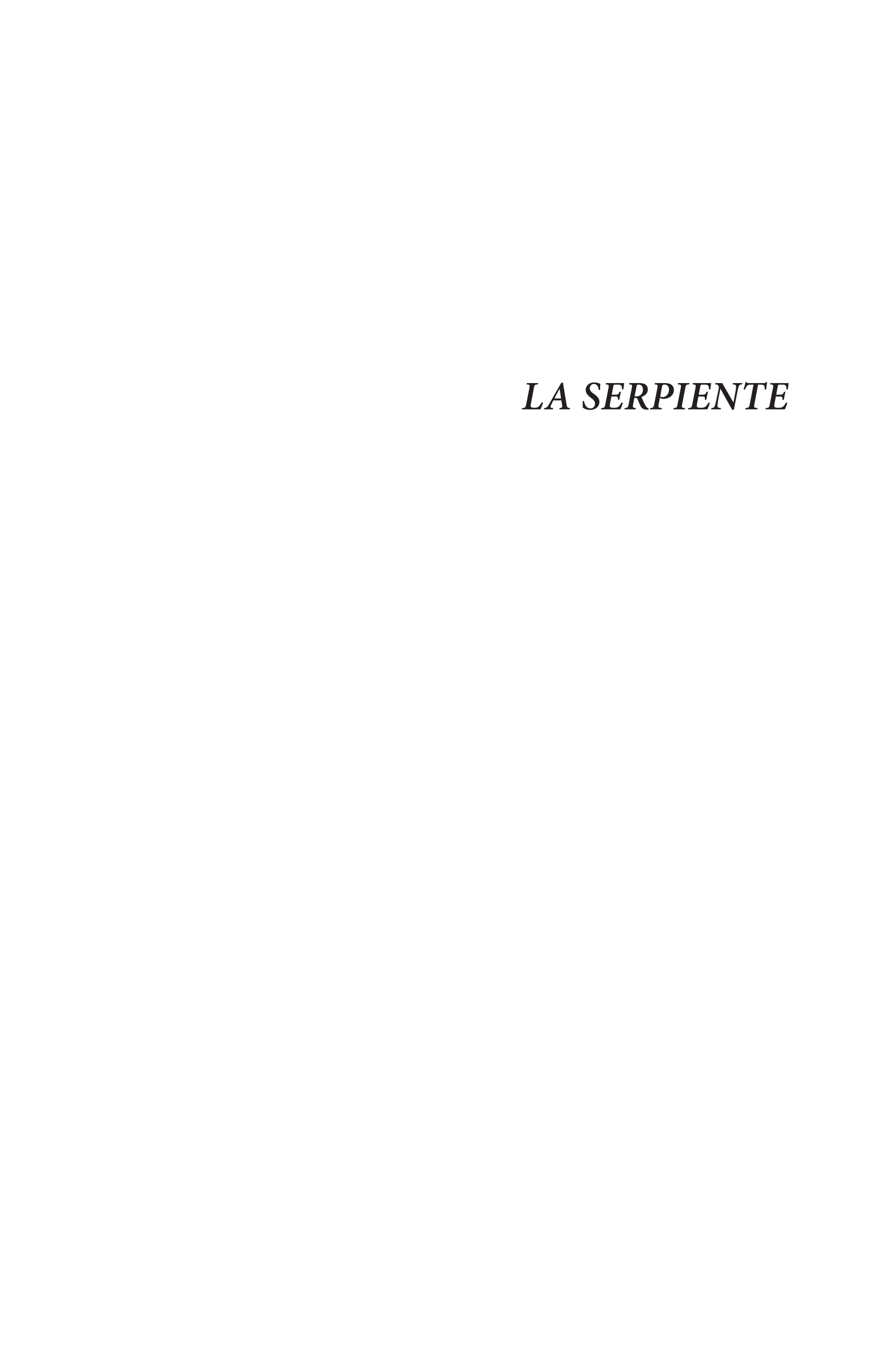
Ni en sueños me habría imaginado yo que Kyoshi irrumpiría en la canción con tanta fuerza. Pensaba que esas exclamaciones tan propias del *nō* eran un símbolo de elegancia y finura, pero ese grito me llegó hasta el tímpano con la ferocidad de un combate a muerte. Sus gritos hicieron que se me fuera la voz dos o tres veces. Y, cuando parecía que se había calmado un poco, Kyoshi, que estaba a mi lado, volvió a proferir otro alarido amenazante con toda la capacidad de sus pulmones. Y, cada vez que lo hacía, me ponía contra las cuerdas. La voz me temblaba y se me debilitaba por momentos. Los

4 *Hagoromo*. Obra de *nō*, también de Zeami Motokiyo.

presentes empezaron a reírse entre dientes, y lo cierto es que yo mismo me sentía ridículo. Entonces, el de la levita estalló en carcajadas y yo rompí a reír con él.

Tras la actuación llegó el aluvión de críticas. El de la levita fue el más sarcástico de todos. A Kyoshi no le quedó más remedio que tocar el *tsuzumi* y cantar él solo, pero lo hizo con una sonrisa en los labios. Tras la velada dijo que debía ir a un sitio sin falta antes de volver a casa, y se marchó. Los jóvenes que se quedaron siguieron burlándose de mí y llegó un punto en que hasta mi mujer se unió a las burlas. Después, comentó que mientras el señor Takahama[5] tocaba el *tsuzumi* se le habían visto las mangas del *juban*, el kimono interior, del que sostuvo que era de un color precioso. El de la levita se mostró totalmente de acuerdo. Por mi parte, no veía nada de extraordinario en el hecho de que a Kyoshi se le vieran las mangas del *juban*.

5 Takahama Kyoshi. Gracias a la intervención de la mujer del narrador nos damos cuenta de que se trata de Takahama Kyoshi, famoso poeta y amigo de Sōseki, y autor de la revista literaria *Hototogisu* donde Sōseki publicó algunas de sus obras.



LA SERPIENTE

Salimos al exterior atravesando la puerta de madera. En la tierra vi enormes pisadas de caballo anegadas de agua de lluvia. Mis pies hicieron ruido al pisar la tierra fangosa. Caminar me costaba tal esfuerzo que me dolían los tobillos. Además, llevar un cubo en la mano derecha no facilitaba las cosas. Me entraban unas ganas irreprimibles de tirarlo para tratar de pisar con más firmeza o simplemente para poder corregir la postura de cintura para arriba. Hubo un momento en que casi me caí y tuve que apoyar el cubo en el suelo y agarrarme a las asas para evitarme un costalazo. Al mirar hacia adelante comprobé que mi tío iba solo un par de metros por delante de mí. Se protegía de la lluvia con una capa de paja y acarreaba una red de pesca triangular. El sombrero coolie que llevaba se balanceó ligeramente y, bajo él, le oí exclamar: «¡Vaya caminito!». Al rato, su capa quedó oculta tras la cortina de lluvia.

De pie sobre el puente de piedra observamos las oscuras aguas del río enmarcadas por la hierba de las orillas. En condiciones normales el agua no sobrepasaba los diez centímetros por encima del tobillo y era precioso ver cómo las algas se balanceaban lánguidamente en el lecho mecidas por la corriente. Pero hoy el agua estaba

extremadamente turbia. Del fondo se levantaba lodo y la lluvia repiqueteaba contra la superficie formando remolinos. Mi tío, sin dejar de observarlos, sentenció:

—Hoy pescaremos.

Atravesamos el puente y torcimos a la izquierda. Los torbellinos transcurrían a través de los verdes campos de arroz. Continuamos avanzando unos cien metros siguiendo aquella corriente que parecía no tener fin hasta que, finalmente, llegamos a un extenso arrozal en el que solo estábamos nosotros. A nuestro alrededor no se veía más que lluvia. Mi tío, todavía con el sombrero puesto, alzó la vista a las alturas. El cielo parecía la sólida tapa de una tetera sin grietas por la que, de un modo inexplicable, los líquidos se filtraban. Allí parados, escuchamos el sonido del aguacero caer sobre la capa y el sombrero de mi tío y sobre los arrozales que nos rodeaban. Incluso podíamos discernir el distante rumor de la lluvia que se precipitaba sobre el bosque *Kiō*.

Sobre la arboleda, un mar de nubes negruzcas se solapaban unas encima de otras, como si las copas de los cedros las hubieran invocado para que fueran descendiendo lentamente, vencidas por su propio peso.

Las patas de las nubes se entrelazaban con las cabezas de los cedros y daba la sensación de que pronto se internarían en el bosque.

Al bajar la vista, observamos que desde la laguna que había tras el templo *Kyō* seguían llegando los remolinos. Quizá se había desbordado, y quizá las nubes habían sido las causantes. Lo que es seguro es que los remolinos cobraban fuerza por momentos. Mi tío volvió a decir, observándolos atentamente:

—Hoy pescaremos.

Lo dijo como si ya hubiera picado un pez. Al cabo, se metió en la corriente de agua con la capa de paja puesta. Pese al vigor con el que discurría, lo cierto es que el río no era tan profundo. El agua le llegaba hasta las caderas. Mi tío se apostó en el centro del río y afianzó su posición, encarando el bosque *Kiō*. A continuación, descolgó la red que llevaba al hombro y la echó al agua a contracorriente.

Los dos nos quedamos quietos escuchando el sonido de la lluvia, contemplando la forma de los remolinos que seguían llegando entre empellones hasta donde nos encontrábamos. Los peces, procedentes de la laguna

que había detrás del templo, estarían tras los remolinos, sin duda. Si teníamos suerte, podríamos pescarlos bien grandes, me decía mientras me quedaba absorto en el color de aquellas aguas, que se habían tornado aún más cenagosas, si cabe. Por más que se produjera algún movimiento inusual en la superficie, no podríamos saber qué lo habría ocasionado, pues no había modo de vislumbrar el lecho del río. Mi tío seguía en el agua y yo esperaba en la orilla mirándolo sin pestañear siquiera, atento al más leve movimiento de sus muñecas. Pero no ocurrió nada.

A medida que el aguacero se intensificaba, el río se enturbiaba más y más. Los remolinos iban corriente abajo cada vez con más violencia. En ese momento percibí un fugaz cambio de color en una de las oscuras olas del río. La figura pasó rauda ante mí, en apenas un parpadeo, pero distinguí un cuerpo largo y sinuoso. ¿Sería una anguila? En ese preciso instante, mi tío, que sostenía la red a contracorriente, hizo un brusco movimiento de abajo hacia arriba con la mano derecha y aquella cosa larga, que había llegado hasta él en un segundo, se separó de su mano.

Aquella especie de cuerda dibujó una curva al volar por los aires en medio de la cortina de lluvia y fue a parar a la otra orilla, desde donde alzó el cuello unos treinta centímetros por encima de la hierba y nos miró fijamente.

—Esta te la guardo.

Habría jurado que la voz era la de mi tío. Casi al mismo tiempo, la figura alargada desapareció entre la hierba. Mi tío, pálido como el hueso, escrutaba el lugar al que había lanzado a la serpiente.

—¿Tío, ha sido usted el que ha dicho «esta te la guardo»?

Mi tío se giró para mirarme al fin y en voz baja respondió que no lo sabía. Al día de hoy, mi tío no está seguro de quién dijo aquello, y en su rostro se dibuja una expresión extraña cada vez que cuenta la historia.

EL LADRÓN

Me dirigía a mi habitación cuando noté que el brasero de la estancia contigua desprendía un olor penetrante, así que le advertí a mi mujer que tuviera cuidado, que el fuego estaba demasiado fuerte. Pasaban de las once. Aquella noche, como de costumbre, me sumí en un apacible sueño. Hacía frío, pero no soplaba el viento, y tampoco tañeron las campanas que advertían de los incendios. Me asomé a las profundidades de un sueño y perdí conciencia de quién era.

El repentino llanto de una mujer me despertó. Se trataba de la sirvienta: una mujer que se aturullaba por cualquier cosa y enseguida se deshacía en sollozos. El otro día, sin ir más lejos, metió a nuestro bebé en la bañera y a este le subió un poco la temperatura. Por culpa del vapor del agua, la criatura empezó a estremecerse. No habían pasado ni cinco minutos del incidente cuando la sirvienta arrancó a llorar. Era la primera vez que oía unos sollozos tan extraños. Hablaba muy deprisa, entre gimoteos, como si se quejara o tratara de persuadirnos de algo, o pidiera disculpas, o incluso como si se hubiera muerto su novio, todo al mismo tiempo… En cualquier caso, cuando a uno le impacta algo, el susto no suele durar tanto.

Al escuchar, pues, aquella extraña voz, me desperté. Provenía de la habitación de mi esposa. Una luz repentina se coló por las rendijas de la puerta corredera e iluminó el estudio del color rojo de las llamas. En el instante en que percibí la claridad a través de los párpados cerrados me levanté de un salto, pensando que la casa se incendiaba. Abrí la puerta con estruendo.

Me había imaginado que, al entrar en la habitación, el brasero estaría volcado y que los faldones de la mesa estarían ardiendo; que todo estaría lleno de humo y que el tatami se habría calcinado. Pero, al entrar, la única llama prendida era, como siempre, la de la lámpara. Mi mujer y mis hijos, como es natural, ya dormían. La lámpara estaba en su sitio. Todo estaba como lo habían dejado antes de irse a dormir: todo en paz. La temperatura era agradable. Lo único que ocurría es que la sirvienta estaba llorando.

La sirvienta se encontraba a los pies de la cama de mi esposa, dando tironcitos nerviosos a su colcha y murmurando algo muy deprisa. Mi esposa pestañeaba repetidamente, estirada y aún medio dormida. No tenía la más mínima idea de qué había podido pasar y, de

pie en el umbral, me limité a echarle un vistazo rápido a la habitación. Justo entonces, entre los sollozos de la sirvienta, pude distinguir la palabra «ladrón». En el mismo instante en que la oí murmurar aquello todo cobró sentido. Crucé en un par de zancadas la alcoba de mi esposa e irrumpí en la habitación contigua gritando: «¿Quién anda ahí?». Pero el cuarto estaba oscuro como boca de lobo. Fui a la cocina. Uno de los postigos estaba fuera de su sitio y la hermosa luz de la luna se filtraba hasta la entrada. Me invadió un frío repentino al verla inundar la estancia a plena medianoche. Crucé la puerta de madera de la cocina descalzo y me acerqué hasta el fregadero, pero todo seguía tranquilo. En el exterior solo brillaba la luna. Ni siquiera creí necesario salir de la casa.

Volví sobre mis pasos a la habitación de mi esposa y les dije que el ladrón se había ido, que tranquilas, que no se había llevado nada. Mi mujer estaba ya completamente despierta. Sin mediar palabra tomó la lámpara, entró con ella en la habitación a oscuras y alumbró la cómoda. Habían saqueado los armaritos y habían dejado los cajones abiertos. Se volvió hacía mí: «Sí que nos han robado», constató. Me di cuenta entonces de que el ladrón había escapado, y me sentí como un auténtico idiota. En un

rincón de la habitación estaba la cama de la criada, que había venido a avisarnos llorando. Cerca de la cabecera había otra cómoda y, encima, un pequeño armario en el que habíamos guardado, entre otras cosas, el dinero de los gastos médicos de este último año que ya finalizaba. Mi mujer fue a buscarlo y confirmó que el dinero seguía en su sitio. Es posible que hubiera tenido que dejar la faena a medias y se viera obligado a escabullirse por el corredor exterior al escuchar el llanto de la sirvienta.

Al final, mis hijos también se despertaron y se desató el debate. El uno se lamentaba diciendo que se había levantado para ir al lavabo poco antes de que entrara el ladrón; el otro sostenía que se había quedado despierto hasta las dos de la madrugada y, aun así, no había oído nada… Mi hija mayor, que pronto cumpliría diez años, dijo que estaba segura de que el ladrón había entrado por la cocina porque lo había escuchado caminar por el corredor de fuera. «¡Santo Dios!», exclamó Ofusa, una joven de dieciocho años, pariente de la familia, que compartía cuarto con mi hija mayor. Yo volví a mi cuarto a dormir.

A causa del revuelo, al día siguiente tardé un poco más en despertarme. Me lavé la cara y, mientras desayunaba,

la sirvienta comentaba escandalizada algo sobre que había descubierto las pisadas del ladrón. No me atraía nada esta confusión, así que me retiré a mi estudio. No habían pasado ni diez minutos cuando oí a alguien llamar desde el recibidor. Era una voz vigorosa. Parecía que desde la cocina nadie se había enterado, así que salí yo mismo. Frente a la puerta aguardaba un policía. «Se les ha colado un ladrón, ¿eh? —dijo con una sonrisa—. ¿Había cerrado usted bien todas las puertas?», inquirió de pronto. Cuando le respondí que lo cierto era que no del todo, me contestó con un: «No me extraña, entonces. Si no se cierran puertas y ventanas, cualquiera puede colarse fácilmente en una casa. La próxima vez debería cerrar todos los postigos». El policía me estaba haciendo sentir que era yo, el irresponsable cabeza de familia de la casa, y no el ladrón el que había actuado como un delincuente.

A continuación, entró en la cocina. Interrogó a mi esposa sobre los objetos sustraídos y empezó a anotarlos diligentemente en una pequeña libreta. «Un *obi* de satén estampado, ¿no? ¿Qué es exactamente un *obi* de satén estampado? ¿Si escribo solo un *obi* ya se entiende? Ah, ya veo. Entonces, dejaré puesto *obi* de satén estampado. A ver, qué más…».

La sirvienta se reía burlona. El policía no tenía ni idea de *obis*. ¡Vaya un simplón! Al terminar de redactar la lista de objetos robados, que ascendía a diez artículos en total, dejó constancia del valor de todos ellos y dio por finalizado su trabajo. La suma del valor de lo sustraído ascendía a ciento cincuenta yenes.

Hasta ese momento ignoraba qué nos habían robado exactamente, pero ahora ya lo sabía. Diez cosas, todo *obis*. Debía de tratarse de un ladrón de *obis*. Mi mujer estaba consternada, pues el Año Nuevo estaba cerca y, sin los *obis*, los niños no podrían cambiarse de kimono los tres primeros días del año. Tendrían que aguantarse.

Pasado el mediodía vino un detective a inspeccionar la casa. Registró todos los recipientes de la casa con la esperanza de encontrar restos de alguna vela encendida por el ladrón. Escudriñó hasta en el pequeño balde de la cocina. Lo invité a tomar el té en el comedor, en el que en ese momento entraba el sol a raudales, y estuvimos un rato charlando.

Me explicó que casi todos los ladrones venían de *Shitaya* o *Asakusa*, desde donde cogían el tren. A la mañana siguiente, tras el hurto, volvían a sus casas

igualmente en tren. A la mayoría no los arrestaban, y es que el policía que detenía a un ladrón salía perdiendo. Tenía que hacerse cargo de los gastos de alimentación y transporte del detenido antes del juicio. El Departamento de la Policía Metropolitana de Tokio se quedaba con la mitad de los fondos en los repartos discrecionales y la otra mitad se la tenían que repartir el resto de comisarías. En el barrio de *Ushigome*, sin ir más lejos, solo había tres policías. Yo, que hasta entonces había depositado una confianza ciega en la policía, me quedé bastante decepcionado. El detective también mostraba una expresión descorazonadora en el rostro.

Llamé al cerrajero para cambiar los candados de las ventanas, pero, por desgracia, el trajín de fin de año le impidió venir inmediatamente. Se hizo de noche y no me quedó más remedio que irme a acostar dejándolo todo tal y como estaba. Todos tenían un mal presentimiento. Yo mismo no podía estar tranquilo. El policía me había advertido que, por lo general, cada uno debe controlar la seguridad de su propia casa. No obstante, y puesto que nos habían robado el día anterior, era poco probable que lo hicieran también al siguiente, así que apoyé la cabeza en la almohada algo más relajado.

Era de nuevo medianoche cuando mi mujer me despertó. De la cocina provenía un repiqueteo. «Tengo miedo, ve a ver qué pasa, por favor», me dijo. Lo cierto es que salían ruidos de la cocina. Mi mujer temía que hubiera entrado otro ladrón.

Me levanté sin hacer ruido. Crucé de puntillas su habitación y, al llegar a la puerta corredera, oí los ronquidos de la sirvienta provenientes de la habitación contigua. Abrí la puerta con toda la suavidad de que fui capaz y me adentré en la penumbra del cuarto. Se escuchaba un sonido metálico y no cabía duda de que venía de la cocina. Me acerqué sigiloso como una sombra hasta el otro extremo de la habitación, en dirección a la cocina, y me quedé parado frente a la puerta. Al otro lado el suelo era de madera. Me apoyé contra la puerta y afiné los oídos. Volví a escuchar ese extraño sonido y, al cabo de unos segundos, lo oí de nuevo. Lo oí unas cuatro o cinco veces. Entonces comprendí que pro- venía de la alacena que había al fondo a la izquierda, no me cabía la menor duda. Recuperé rápidamente la compostura y, sin preocuparme por el sonido de mis pasos, volví a la habitación de mi mujer. La tranquilicé diciéndole que se trataba de un ratón que estaría royendo algo en la

cocina. Mi mujer suspiró aliviada con una expresión de agradecimiento en el rostro. Tras recuperar la calma, los dos caímos rendidos.

A la mañana siguiente, después de lavarme la cara, fui al comedor y mi mujer puso sobre la mesa unos trozos de bonito seco roído. «Esto es lo de anoche», repuso. «Ya veo», dije a mi vez, mirando los restos del bonito masacrado. Mi mujer se quejó entonces de que, ya puestos, podría haber perseguido al ratón en su momento y volver a cerrar bien la caja del bonito. Pues la verdad es que no le faltaba razón.

EL CAQUI

La pequeña se llama Kiichan. Tiene la piel suave y las pupilas brillantes, pero sus mejillas no son todo lo saludables que debieran comparadas con las de los demás niños. Las tiene más bien de un amarillo mortecino. La peluquera afirma que la culpa es de su madre, que la mima demasiado y no la deja salir a jugar fuera. Y esto lo sabe porque la madre, ajena a las modas, lleva el pelo recogido a la vieja usanza y cada cuatro días recurre a la peluquera para que le arregle el peinado. En esos momentos, la madre llama a su pequeña: «¡Kiichan, Kiichan!», siempre añadiendo el sufijo «chan», que denota cariño. «¡Kiichan, es hora de tu lección de *koto*[6]!»; o bien: «¡Kiichan, no estés tanto rato fuera jugando con esos niños!».

Es por esa razón que Kiichan apenas sale a jugar fuera. Enfrente de la casa hay un puesto de galletas saladas y al lado vive el techador. Un poco más allá están la zapatería y la cerrajería. El barrio, en definitiva, no es la quinta maravilla. Pero el padre de Kiichan es banquero y se pueden permitir el mantenimiento de un pequeño jardín vallado con pinos. Cada invierno viene un jardinero que lo adecenta y deja el suelo cubierto de pinochas secas.

---

6 *Koto* o arpa japonesa. Instrumento de música tradicional, de origen chino, que consta de una caja de resonancia y, por lo general, de trece cuerdas.

Kiichan se ha acostumbrado a combatir el aburrimiento saliendo a divertirse sola al patio trasero después del colegio. Es en el patio donde su madre y su abuela lavan la ropa y la ponen a secar; es ahí donde Yoshi, la sirvienta, hace la colada; el patio es el lugar donde, cada fin de año, viene un grupo de hombres con cintas en la frente acarreando un mortero para preparar el *mochi*; es también donde se guardan los barriles con las verduras en salmuera.

Kiichan suele salir al patio y juega con su madre o su abuela, o bien con Yoshi. Cuando no hay nadie, juega sola. En esas ocasiones, Kiichan se queda observando las casas vecinas. Hay unas cinco o seis. Detrás del seto el terreno se hunde en la tierra un metro aproximadamente, por lo que Kiichan puede contemplar desde cierta altura todo lo que ocurre en el vecindario. La chiquilla disfruta de la vista como solo sabe hacerlo el corazón de un niño. Cuando Tatsu, el fabricante de armas, empieza a beber sake con el torso desnudo, Kiichan va a contárselo a su madre. Cuando Genbō, el carpintero, empuña el hacha, Kiichan va a anunciarle a su abuela que el carpintero va a tallar algo. Escudriña a través del seto y después informa de si ha habido una pelea o de si tal o cual vecino está

comiendo patatas asadas. Yoshi prorrumpe en carcajadas con las salidas de la pequeña. Su madre y su abuela también se ríen divertidas. A Kiichan se le da muy bien hacerlas reír.

A veces, mientras curiosea a través del seto, Kiichan se topa cara a cara con Yokichi, el hijo del carpintero. Una de cada tres veces se ponen a hablar, pero la verdad es que no tienen mucho que decirse. Además, siempre terminan peleándose. Yokichi la exhorta desde abajo: «¿Qué miras, gordinflona paliducha?», a lo que Kiichan responde con un: «¡Calla, niñato andrajoso!», mirándolo por encima del hombro. Una vez Yokichi se enfadó y la amenazó desde abajo con una caña de bambú. Kiichan se asustó tanto que salió disparada hacia su casa. Otro día, a Kiichan se le cayó una preciosa pelota de caucho recubierta de un costoso bordado de lana tras el seto y Yokichi la recogió y se negó a devolvérsela. La niña le suplicó una y otra vez que se la devolviera, pero Yokichi se limitó a mirar hacia arriba con la pelota en la mano con aire de suficiencia. «Pídeme perdón. Si me pides perdón te la devolveré». Kiichan le gritó: «¡¿Por qué tengo que pedirte perdón a ti, ladrón?!», y salió corriendo a llorar en los brazos de su madre, que en ese momento estaba

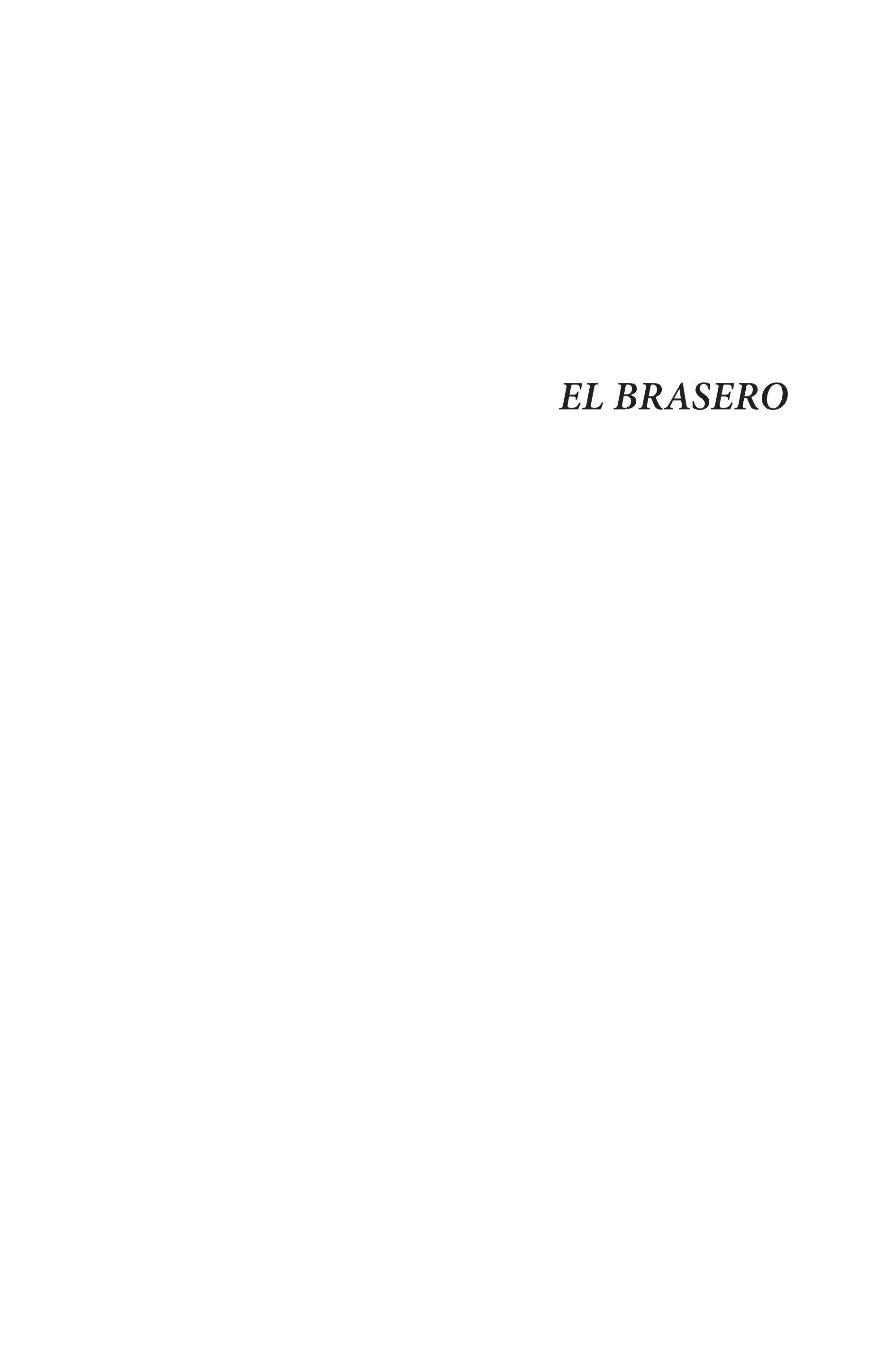
haciendo labor. A su madre no le hizo ni pizca de gracia y mandó a Yoshi a buscar la pelota, pero cuando la sirvienta se presentó en la puerta de la casa de Yokichi, la madre de este la despidió con un educado: «Vaya, cuánto lo siento», y ahí quedó la cosa. La pelota no volvió a manos de su dueña.

Tres días más tarde, Kiichan volvió a salir al patio trasero con un enorme caqui de color rojo entre sus manos. En aquel momento Yokichi pasaba por detrás del seto, como tantas otras veces. Entonces, Kiichan metió el caqui entre las hojas del seto y, mostrándoselo a Yokichi, le dijo: «¿Lo quieres?». Yokichi se quedó contemplando el caqui desde abajo y, sin moverse del sitio, contestó refunfuñando que para qué iba a querer él esa cosa. «¿No lo quieres? Pues nada, entonces no te lo doy», dijo Kiichan, volviendo a esconder el brazo en el seto. «¡Qué tonta eres, te voy a dar un puñetazo!», dijo Yokichi acercándose más al seto. «¿Entonces, lo quieres?», dijo la pequeña volviendo a mostrarle el caqui a través del seto. «¿Para qué quiero yo eso?», contestó Yokichi mirando la fruta con los ojos como platos.

Kiichan se mostró reticente al principio, pero

finalmente accedió: «Vaaale. Te lo doy», y dejó caer el caqui al suelo embarrado. A Yokichi le faltó tiempo para recogerlo y pegarle un señor mordisco.

Al hacerlo, las aletas de la nariz del chico empezaron a expandirse y contraerse enloquecidas. Sus labios carnosos dibujaron una mueca grotesca y, acto seguido, escupió el trozo de caqui que se había llevado a la boca. Los ojos de Yokichi miraron a Kiichan llenos de ira, al tiempo que decía: «¡Esta cosa está amarga!», lanzó el caqui hacia donde estaba ella. El caqui pasó por encima de la cabeza de la niña y fue a parar al trastero. «¡*Ja*, *ja*, *ja*! ¡Eso te pasa por tragón, que eres un tragón!», gritó Kiichan, y entró en casa como una exhalación. Al poco rato, en la casa de Kiichan se escucharon unas sonoras carcajadas.



EL BRASERO

Al despertarme, me doy cuenta de que el pequeño calentador con el que me había acostado la noche anterior yace frío encima de mi abdomen. A través de la puerta de cristal, más allá de los aleros del tejado, puedo ver una franja de cielo plomizo de un metro de ancho. Parece hecho de metal. El dolor de estómago prácticamente se ha desvanecido. Me levanto con resolución y, al hacerlo, me doy cuenta de que hace más frío de lo que imaginaba. La nieve del día anterior se ha cuajado bajo la ventana.

El cuarto de baño se ha congelado y brilla con destellos de hielo. Las cañerías también están heladas y el tapón ha quedado inutilizado. Al final puedo darme unas enjuagadas con agua tibia. Vuelvo al comedor, y estoy vertiendo algo de té negro en una taza, cuando mi hijo de dos años rompe a llorar, como ha venido haciendo los dos últimos días. Cuando le pregunté a mi esposa qué le ocurría al niño, ella me contestó resignada que no era nada, que simplemente tenía frío. Al fin y al cabo, era un llanto pausado, no parecía dolerle nada en particular. Con todo, el pequeño no deja de gimotear. Algo tiene que pasarle, ¿no? Solo de escucharlo yo también me pongo malo. A veces su llanto me saca de mis casillas y me dan ganas de pegarle un grito, pero entonces me recuerdo a

mí mismo que es demasiado pequeño y me reprimo. Lo soporté ayer y antes de ayer, y pensar que también tendré que escucharlo hoy me pone de mal humor.

Estos últimos días ando algo delicado del estómago y no he desayunado nada sólido, así que, con la taza de té en la mano, me retiro a mi estudio. Extiendo las manos sobre el brasero, y me las estoy calentando, cuando oigo el llanto del niño al otro lado de la puerta. Solo he conseguido calentarme las palmas, que han empezado incluso a desprender vapor, pero todavía tengo la espalda y los hombros completamente ateridos. Los dedos de los pies los tengo especialmente fríos, tanto que hasta me duelen. No me queda más remedio que quedarme aquí quieto como una estatua. Muevo las manos un milímetro y siento como si estuviera tocando hielo; mis nervios reaccionan como si me hubiera pinchado con una espina. No puedo soportar siquiera el roce helador del cuello del kimono en la nuca. El frío me rodea por todos lados; siento que me congelo lentamente en esta espaciosa habitación. El suelo del estudio es de madera. He extendido una alfombra sobre él y me he sentado encima directamente, como si fuera un tatami. La alfombra no es tan grande como el estudio y de cada

lado sobra poco más de medio metro de suelo de madera sin cubrir, pulido y brillante. Me quedo sentado mirando fijamente el suelo, congelándome mientras escucho llorar al niño. No tengo ningunas ganas de ponerme a trabajar.

Poco después mi esposa entra en el estudio a buscar el reloj y me informa de que ha empezado a nevar otra vez. Al mirar hacia afuera veo que, efectivamente, caen minúsculos copos blancos. No sopla ni una brizna de aire. Del cielo encapotado desciende una nieve suave, tranquila, gélida.

—Oye, ¿recuerdas que el año pasado encendimos la estufa cuando el niño enfermó? ¿Cuánto pagamos entonces?

—Fueron veintiocho yenes a final de mes.

Al oír la respuesta de mi mujer abandono la idea de encender la estufa del comedor. El aparato andará por ahí, en algún rincón del trastero.

—Oye, ¿no puedes tratar de calmarlo un poco?

Mi esposa pone cara de impotencia, y a continuación dice:

—A Omasa parece dolerle bastante la barriga. Debería verla el doctor Hayashi.

Sabía que Omasa había tenido que guardar cama dos o tres días, pero no me imaginaba que se encontrara tan mal. Le digo que llame al doctor y que le diga que es urgente. Mi esposa repone que así lo hará y sale del estudio llevándose el reloj. Al cerrar la puerta de la habitación contigua, la oigo decir: «Madre mía, ¡pero qué frío hace aquí!».

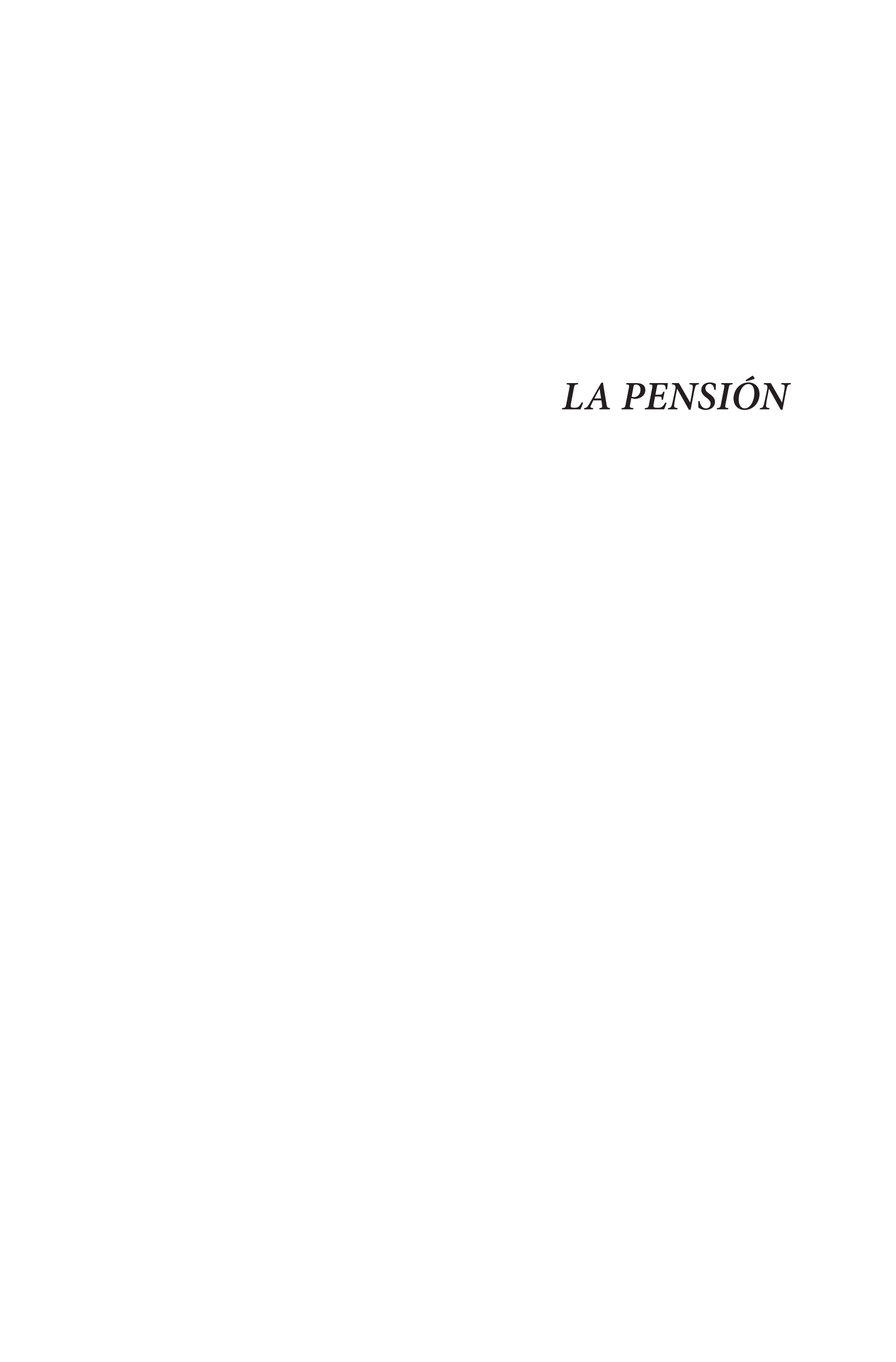
Yo todavía tengo el cuerpo entumecido y no tengo ganas de trabajar. Aunque, la verdad sea dicha, se me ha amontonado la faena. He de redactar el capítulo de una novela por entregas. Me he comprometido a leer dos o tres historias de un joven desconocido que me ha pedido que lo haga. Tengo que escribir una carta de recomendación a una revista. En la mesa hay una pila de libros que debería haber leído durante los últimos tres meses y que ni siquiera he tocado. Además, esta semana, cada vez que me he sentado al escritorio dispuesto a ponerme manos a la obra, ha acudido algún visitante cuyas consultas debía atender. Para colmo de males, estos días he ido delicado del estómago, si bien hoy el dolor parece haber remitido.

No obstante, hoy hace un frío helador y no puedo apartar las manos del brasero.

Poco después, un coche se detiene delante de casa. La sirvienta viene a decirme que se trata de Nagasawa. Yo permanezco en la misma posición delante del brasero, moviendo únicamente los ojos, mientras Nagasawa entra en el estudio. «Tengo demasiado frío como para moverme», me excuso. Nagasawa se saca una carta del bolsillo y empieza a leerla. La carta viene a decir que, puesto que el día quince de este mes se considera Año Nuevo según el calendario tradicional, necesitaba un préstamo. Como siempre, se trata de dinero. Cuando Nagasawa se va, ya pasan de las doce del mediodía. Pero todavía hace un frío que pela. Decido ir rápidamente a los baños públicos, a ver si me despejo, y ya he salido al recibidor toalla en mano, cuando se presenta Yoshida en casa. Lo llevo al comedor y allí empieza a contarme sus penas hasta que las lágrimas empiezan a correrle por el rostro. A todo esto, el médico ya ha llegado y al fondo de la casa se está armando bastante revuelo. Cuando Yoshida se va por fin, el bebé rompe a llorar de nuevo. Finalmente, voy a los baños.

Cuando salgo, ya no tengo tanto frío y me siento mucho mejor. Al llegar a casa, entro en mi estudio. Han encendido la lámpara y han corrido las cortinas. Han cambiado el carbón del brasero. Me dejo caer sobre el cojín. Entonces, mi mujer entra en la habitación con un bol de caldo. «Qué frío hace, ¿no?», comenta. Le pregunto por la salud de Omasa. El médico le ha dicho que posiblemente se trate de apendicitis. Tomo el bol entre las manos y le digo a mi esposa que, si empeora, la acompañe al hospital. «Será lo mejor», dice antes de volver al comedor.

Al salir ella, el cuarto se queda súbitamente tranquilo. No en vano es una noche de nieve. El llorón de mi hijo, por suerte, se ha dormido. Voy dando sorbitos al caldo caliente bajo la cálida luz de la lámpara mientras escucho el crepitar de las brasas y observo el fuego rojizo bailar entre las cenizas. De vez en cuando atisbo algunas flamas azules que salen despedidas de entre los trozos de carbón. En el color de este fuego he encontrado el primer vestigio de calidez en lo que va de día. Me quedo unos cinco minutos más contemplando cómo las cenizas se tornan blancas poco a poco.



LA PENSIÓN

La primera pensión en la que me hospedé estaba situada en un terreno elevado de la parte norte de la ciudad. Era un edificio de ladrillo rojo de dos pisos, y yo me alojaba en una de las habitaciones que daban a la galería. El alquiler ascendía a dos libras a la semana, un precio, a mi parecer, excesivo. Un tal señor K., que en aquel momento estaba realizando un tour por Escocia, ocupaba todas las habitaciones de la parte frontal de la pensión. No obstante, la casera me hizo saber que el hombre no tenía intención de volver por lo pronto.

La casera tenía los ojos hundidos, la nariz respingona y las facciones angulosas. Era una mujer de rostro afilado de la que no podía deducir la edad por más que le escrutara el rostro. Nervios, celos, obstinación, firmeza, dudas… la amalgama de todas sus inseguridades había cincelado, con el tiempo, esa fisonomía de apariencia irritada.

La casera no parecía norteña, ni mucho menos, pues tenía el cabello y los ojos oscuros, pero su acento era totalmente inglés, de eso no cabía duda. El día que llegué, me llamó desde el rellano de la escalera para tomar el té y, cuando bajé, descubrí con asombro que solo estaba ella.

Entré en el pequeño comedor, orientado al norte, y me senté frente a la casera. La habitación era oscura, parecía que nunca la hubiera tocado la luz del sol y, al mirar en derredor, descubrí un único y triste jarrón de narcisos encima de la repisa de la chimenea. La casera me ofreció té y tostadas, y empezó a hablarme de varias cosas. Aquel día me confesó que no había nacido en Inglaterra, sino en Francia. «Aquí siempre está nublado y hace frío», decía mientras clavaba la mirada en el jarrón de cristal con narcisos que había detrás de mí. Quizá quería decirme que en ese país hasta las flores perdían lustre.

Comparé esos exiguos y débiles narcisos con el color apagado de las mejillas de la mujer, y mi mente divagó por sueños apacibles de la lejana Francia. ¿Cuántos años de historias de olor a primaveras ya vacías se esconderán en el negro de su pelo, y cuántas en el de sus ojos? Le pregunté si sabía francés. Cuando pensé que respondería con un «no», despachó un par de frases en ese delicado idioma sureño. Me costaba creer que de una garganta huesuda como la suya pudiera emerger un acento tan bello.

Por la noche, a la hora de la cena, se sentó a la mesa un hombre calvo de barba blanca. La casera me dijo que

era su padre. No me imaginaba que el propietario de la casa fuera un hombre ya tan mayor. Hablaba de un modo muy extraño. Al escucharlo, comprendí que no era inglés y supuse que padre e hija habían cruzado en su día el canal para asentarse en Londres. No obstante, sin previo aviso y sin que se lo hubiera preguntado, el anciano me informó de que era alemán. Distaba un poco de lo que había supuesto, así que un seco «¿de veras?» fue mi única reacción.

Al volver a la habitación, me dispuse a leer un libro, pero mis pensamientos se desviaban inevitablemente hacia el padre y la hija que seguían escaleras abajo. Aquel hombre no se parecía en nada a su hija. Ella era de rostro anguloso y él, por el contrario, tenía la cara redonda, como hinchada, con una nariz pequeña y carnosa en el centro y dos diminutas rendijas por ojos. El presidente de Sudáfrica, por aquel entonces, era Kruger. Bien, pues se parecía mucho a él. No era un rostro especialmente agradable. Y la manera de dirigirse a su hija tampoco era muy halagüeña. El mal estado de sus dientes le obligaba a mascullar las palabras, de modo que su voz sonaba bastante ruda. Su hija lo miraba también de un modo extraño. «Qué relación tan rara se llevan estos dos», pensé poco antes de caer dormido.

A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar, había otro miembro más de la familia sentado a la mesa. Era un hombre que rondaba los cuarenta, mostraba un aspecto saludable y parecía simpático. Al ver la cara de aquel hombre nada más entrar en el comedor, sentí que por fin me topaba con el primer ser humano de la casa. La casera me lo presentó: «*My brother*», dijo textualmente. Supuse que no era el marido, pero no se parecían en nada para ser hermanos.

Aquel día comí fuera y regresé a la pensión pasadas las tres. Poco después me llamaron para la hora del té. El cielo volvía a estar nublo. Cuando entré al oscuro comedor solo vi a la casera, que estaba al lado de la estufa preparando el té. Ardía un buen fuego y eso, hasta cierto punto, me animó. Miré la cara de la casera, encendida debido al reflejo de las brasas, y me di cuenta de que se había empolvado las mejillas. De pie, a la entrada del comedor, percibí claramente la soledad que ocultaba aquel maquillaje. La casera me atravesó con la mirada, como si pudiera leerme el pensamiento. Fue entonces cuando me contó las circunstancias en las que se había criado.

Su madre se había casado hacía veinticinco años con un francés con el que la tuvo a ella. Unos años más tarde su marido murió y, entonces, su madre se casó en segundas nupcias con un alemán. Concretamente, con el alemán que había conocido la noche anterior. Ahora aquel hombre trabajaba en una sastrería de *West End* a la que acudía cada día. El alemán tenía un hijo, a su vez, el que había visto esa mañana, fruto de un matrimonio anterior, pero padre e hijo no se llevaban bien. Vivían en la misma casa, pero no se hablaban. Además, el hijo siempre llegaba a altas horas de la noche. Al llegar a casa se descalzaba en el recibidor y caminaba descalzo por el pasillo hasta su cuarto para que su padre no lo oyera. La madre de la casera había muerto hacía mucho tiempo. Antes de morir le pidió a su marido en repetidas ocasiones que cuidara de su hija, pero finalmente toda la fortuna de su madre pasó a manos de aquel hombre y a ella no le quedó nada. No tuvo más remedio que ganarse unas libras con el alquiler de habitaciones de la pensión. «En cuanto a Agnes…».

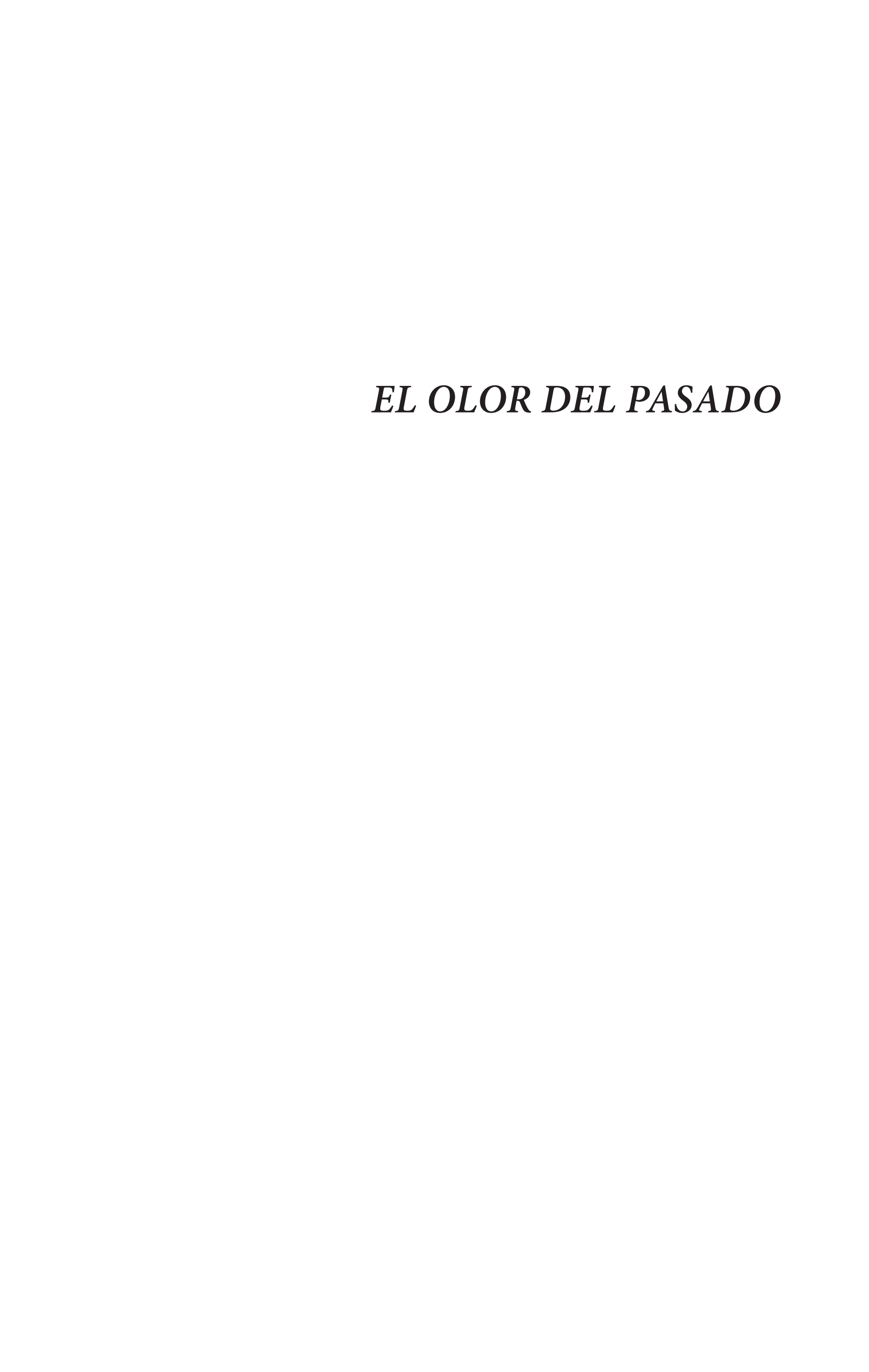
Llegado a este punto, la casera se detuvo. Agnes era el nombre de la jovencita de trece años que se alojaba en la pensión. Esa mañana me había dado la impresión de

que el hermano de la casera y Agnes guardaban cierto parecido. Justo entonces, la joven entró en el comedor con las tostadas, y la casera le preguntó:

—Agnes, ¿quieres una?

Agnes cogió una sin mediar palabra y volvió a la cocina.

Un mes más tarde, abandoné la pensión.



EL OLOR DEL PASADO

Dos semanas antes de abandonar la pensión, el señor K. llegó de Escocia. La casera me lo presentó. Resultó ser japonés. Era toda una coincidencia que dos japoneses se encontraran casualmente en un barrio residencial de Londres, en una casa tan pequeña. De hecho, a día de hoy se me antoja un encuentro extraño porque nos saludamos con una inclinación de cabeza después de que la casera nos presentara, totalmente ajena a la posición social, formación u ocupación de ambos. La mujer vestía de negro ese día. Me señaló con una mano huesuda y me presentó como N. al señor K. y, automáticamente, movió la mano hacia el señor K. y me lo presentó de igual modo, sin distinciones.

Me sorprendió enormemente la solemnidad con la que la casera había procedido a presentarnos. El señor K. sonreía plantado frente a mí. El gracioso doble párpado de sus ojos le hacía una pequeña arruga en los rabillos. Yo, en cambio, fui incapaz de sonreír: sentía una tristeza inexplicable. Era como asistir a la boda de un espectro. Sentía que la oscura sombra de la mujer estaba absorbiendo la vitalidad del lugar, como si pudiera convertirlo en ruinas en cuestión de segundos. No podía por más que imaginarme que, si una de aquellas

gélidas manos llegaba a tocar a alguien, la sangre del desafortunado se congelaría al instante. Cuando salió, me quedé un momento escuchando desvanecerse el sonido de sus pasos.

En cuanto se fue, K. y yo empezamos a charlar, y nos hicimos íntimos. En su cuarto había una alfombra preciosa y las cortinas eran de seda blanca; también estaba provista de un magnífico sillón y una mecedora, además de poseer un pequeño dormitorio aparte. Pero lo mejor era la estufa, que siempre estaba encendida y que brillaba con el fulgor del carbón al consumirse lentamente.

Desde aquel entonces fui a la habitación de K. a tomar el té todos los días. A menudo íbamos a comer a algún restaurante de la zona, y siempre invitaba él. K. me contó que estaba realizando un proyecto de investigación sobre construcción de puertos, por lo que podía vivir con holgura. Cuando estaba en casa, le encantaba ponerse su bata de satén granate con flores y pájaros bordados. Por mi parte, todavía llevaba el kimono sucio con el que había partido de Japón, cuya visión resultaba algo deplorable. K. acabó prestándome *motu proprio* el dinero necesario para comprarme un nuevo traje.

Hablamos de varias cosas durante esas dos semanas. K. me habló de sus planes de fundar su llamado Gabinete *Keiō*. Los miembros de dicho gabinete deberían haber nacido necesariamente en la era *Keiō*, es decir, entre el 1865 y el 1868. Cuando K. me preguntó que en qué año había nacido yo, le contesté que en el tercero de *Keiō*, esto es, en 1868. «Entonces, estás calificado para ser uno de los ministros de mi Gabinete», decía entre risas. Recuerdo que me contó que él era del 1866. ¡Un año más y habría perdido el derecho a formar parte de su Gabinete!

Entre charla y charla, a veces salía el tema de la familia que vivía en el primer piso. K. solía fruncir el ceño con su sola mención. La pequeña Agnes le daba lástima. Cada mañana iba a su habitación a llevarle carbón para la estufa. Lo dejaba en silencio y se iba en silencio. Siempre se la veía pálida y, si saludaba, lo hacía con un casi imperceptible movimiento de sus ojos acuosos. Entraba en la habitación como una sombra y desaparecía como tal. Nunca hacía el más leve ruido al andar.

Un día le comuniqué a K. mi intención de abandonar la pensión. No me encontraba a gusto, le dije. K. lo comprendió. Al fin y al cabo, gracias a su investigación,

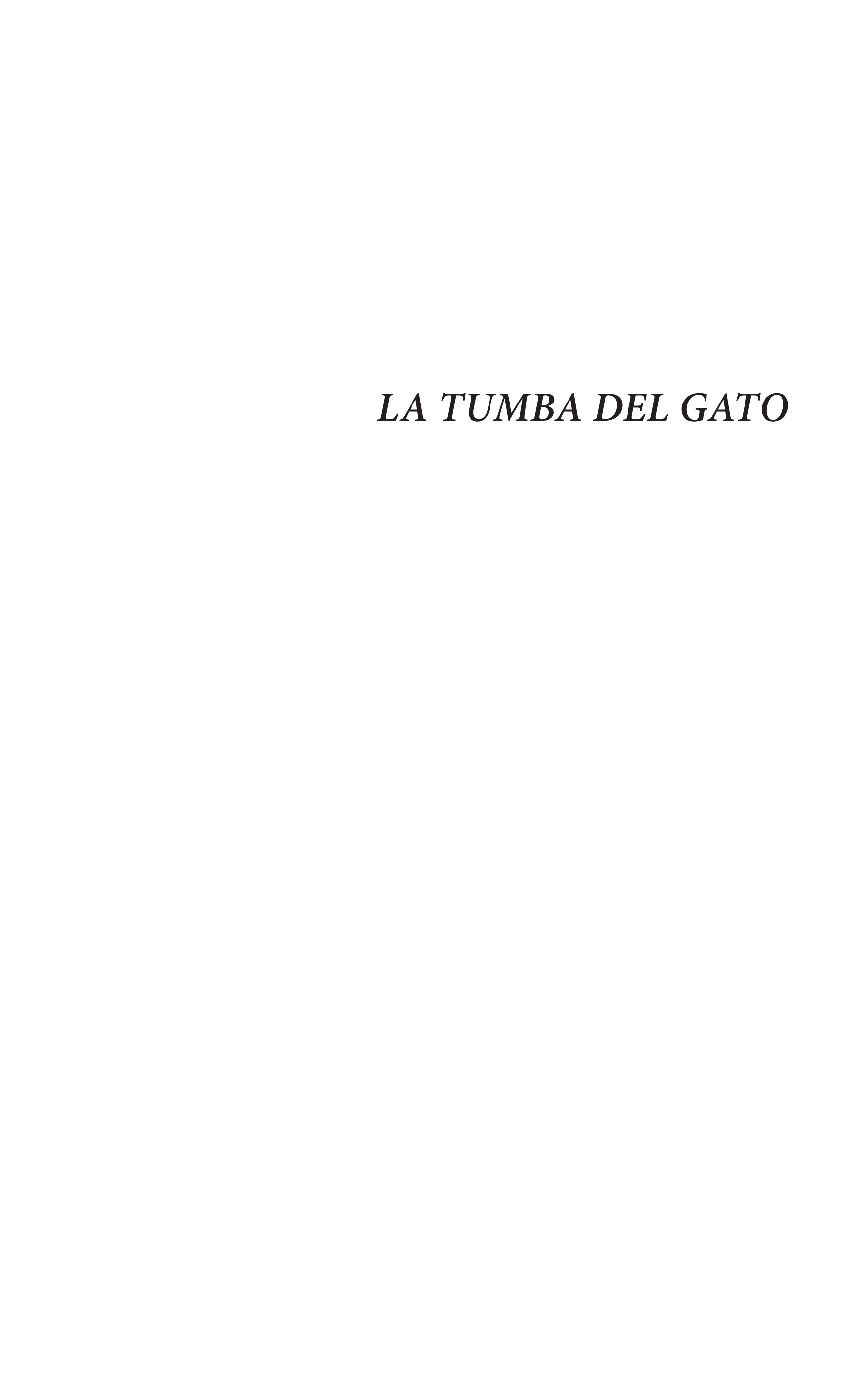
él pasaba mucho más rato fuera y su estancia no se le hacía tan pesada, pero en mi caso era mejor que buscara un sitio más apropiado para estudiar con calma. Ese día, K. estaba preparando el equipaje porque, según me dijo, tenía intención de cruzar el Mediterráneo.

Cuando le informé de mi decisión a la casera, esta me pidió que lo reconsiderara. Trató de convencerme alegando que bajaría el precio del alquiler y que podría usar la habitación de K. cuando este se marchara, pero ya había resuelto trasladarme a la parte sur de la ciudad. Y, llegado el día, K. y yo abandonamos la pensión al mismo tiempo.

Al cabo de dos o tres meses, recibí una carta de K. Me escribía que ya había vuelto de su viaje y quería que nos viéramos. La verdad es que me hubiera gustado ir a visitarlo antes, pero por varias circunstancias no tuve tiempo de ir a la parte norte de Londres. Al cabo de una semana, empero, tuve que atender unos asuntos en *Islington*, así que aproveché para dar un pequeño rodeo y pasarme por la pensión de K.

Pude discernir tras el cristal de las ventanas de aquel edificio de dos plantas aquellas cortinas de seda blanca

tan familiares. Me imaginé la habitación de mi amigo con la estufa ardiendo, la bata de satén granate con bordados, la mecedora, las peripecias que K., siempre tan despierto, tendría que contarme sobre su viaje… solo de pensarlo me puse de buen humor y me entraron ganas de subir corriendo las escaleras. Con ese ánimo de espíritu llamé a la puerta. No oí pasos al otro lado, por lo que pensé que no se habrían percatado, y estaba a punto de llamar de nuevo, cuando la puerta se abrió. Di un paso hacia adelante y me encontré con los ojos de Agnes, que me miraba como si se disculpara por algo. Entonces volví a sentir un olor repentino que había olvidado por completo en los últimos tres meses: era el olor del pasado que flotaba por los angostos pasillos de aquella pensión. Ese olor evocaba un cabello y unos ojos negros; una cara como la de Paul Kruger; a su hijo, tan parecido a Agnes, y a la propia Agnes, acaso una sombra. Olía a ellos y al secreto que entre ellos se fraguaba. Al percibir ese olor, asocié todos los sentimientos, actos, palabras y rostros de aquella familia con los de un oscuro infierno. Aquel día no fui capaz de subir las escaleras para ir a ver a K.



LA TUMBA DEL GATO

El gato había empezado a desmejorar desde que nos mudamos a *Waseda*. Ya no estaba de humor para jugar con los niños. Cuando hacía sol, se quedaba dormitando en el corredor exterior. Extendía las patas delanteras, apoyaba en ellas su mentoncillo cuadrado y se quedaba mirando fijamente las plantas del jardín sin moverse ni un milímetro. También ignoraba a los niños que correteaban a su lado. Y los niños empezaron a ignorarlo también a él. Su viejo camarada gatuno ya no era un buen compañero de juegos. No solo los niños, también la sirvienta comenzó a desentenderse de él y se limitaba a dejarle las tres comidas de rigor al día en un rincón de la cocina. Para colmo, su comida se la terminaba tragando, por lo general, el enorme gato tricolor del barrio. Aunque eso a nuestro gato no parecía importarle. Tampoco lo había visto meterse nunca en riñas. Solo dormía, sin moverse, aunque no demasiado apaciblemente, que digamos. No parecía el típico gato despreocupado que se tumba a sus anchas a disfrutar del sol; la razón por la que no se movía era, simplemente, que no parecía encontrar nada que lo impeliera a menearse… No sé cómo explicarlo. Parecía agotado, extenuado hasta el límite. No poder moverse lo entristecía, pero si se movía su tristeza se acrecentaba, así que solo podía quedarse quieto y tener paciencia. Su

mirada siempre estaba fija en las plantas del jardín, pero me pregunto si realmente tenía conciencia de las hojas de los árboles o de la forma de los troncos. Sus pupilas, de un amarillo azulado, se quedaban mirando vagamente un punto concreto del jardín. Así como los niños de la casa parecían no reconocer su existencia, así él parecía no darse clara cuenta de la existencia del resto del mundo.

Con todo, de vez en cuando salía de la casa como si tuviera asuntos que atender fuera. Y, cuando lo hacía, siempre acababa persiguiéndolo el gato tricolor. En esas ocasiones, volvía al corredor exterior presa del pánico, hacía un agujero en la puerta de papel y entraba a guarecerse al lado de la chimenea. Solo entonces se daba cuenta la familia de su presencia. Supongo que estos eran los únicos instantes del gato en los que él mismo era consciente de su propia existencia.

Debido a la interminable sucesión de aquellas persecuciones, el gato empezó a perder poco a poco el pelo de su larga cola. Al principio solo eran unos pocos agujeritos sin importancia por aquí y por allá, pero las pérdidas de pelo se fueron agravando hasta el punto de dejar a la vista varias zonas de piel enrojecida. Daba

lástima verlo. Y se le notaba exhausto, hastiado. Con frecuencia se encogía para lamerse las partes doloridas de la cola.

Cuando le comentaba a mi mujer que el gato no tenía buen aspecto, esta me contestaba con suma indiferencia que el pobre ya estaba viejo. Yo también me contenté con esa explicación y no le di más importancia, pero al cabo de un tiempo empezó a vomitar alguna que otra vez. Cuando le sobrevenían las arcadas, de la garganta se le escapaba un sonido parecido al de un estornudo o un hipido, y parecía estar sufriendo. Con todo, y puesto que no podíamos hacer otra cosa, nos apresurábamos a sacarlo de la casa en cuanto le ocurría. Si no, nos manchaba el tatami y los colchones. La mayoría de los cojines de sarga que teníamos preparados para las visitas estaban manchados.

—¿No habrá nada que podamos hacer? Veamos, si el problema lo tiene en el estómago, disuelve un poco de *hōtan*[7] en agua y que se lo beba.

---

7 *Hōtan*. Sales medicinales de fuerte olor que se empezaron a usar durante el período Edo (1603-1868) para tratar dolores de estómago.

Mi esposa no dijo nada. Al cabo de dos o tres días le pregunté si le había dado a beber la solución que le dije y contestó que lo había intentado, pero que el gato se negaba a abrir la boca; después probó a darle una raspa de pescado, pero la vomitó. La reprendí de un modo algo brusco con un: «Entonces no le des más raspas», y proseguí con la lectura.

Por lo menos, cuando no tenía arcadas, el gato salía al corredor exterior, se hacía un ovillo, se abandonaba a la brisa y dormía plácidamente. Su mirada también había cambiado un poco. Al principio era una mirada decaída. Posaba sus ojos sobre un punto cercano, pero parecía estar contemplando algo distante. Sus pupilas habían perdido parte de su color. Me parecía percibir el débil destello de un relámpago en sus ojos cada vez que se ponía el sol. Pero no le hice caso. Mi esposa tampoco. Y los niños habían olvidado por completo su existencia.

Una noche, el gato estaba tumbado sobre la cama de los niños cuando dejó escapar un gruñido como los que emitía cuando tratábamos de quitarle el pescado de la boca. En ese momento, fui el único que se dio cuenta. Los niños estaban durmiendo y mi mujer estaba

concentrada en sus labores de costura. Al cabo de un rato volvió a gruñir. Esta vez, mi esposa dejó de coser y yo le pregunté qué había sido eso, que esperaba que al gato no se le ocurriera morderles la cabeza a los niños mientras dormían. «Qué tonterías dices», exclamó mi mujer volviendo a sus labores. El gato siguió gruñendo de vez en cuando.

Al día siguiente, el animal se pasó el día gruñendo arrimado al borde de la chimenea. Maullaba molesto cuando íbamos a coger la tetera o a servirnos un poco de té, pero al llegar la noche, tanto mi esposa como yo, nos olvidamos por completo de él. Y lo cierto es que su muerte tuvo lugar esa misma noche. La sirvienta lo encontró al día siguiente cuando fue al trastero de atrás a buscar leña. Se había desplomado y yacía rígido encima de una vieja estufa.

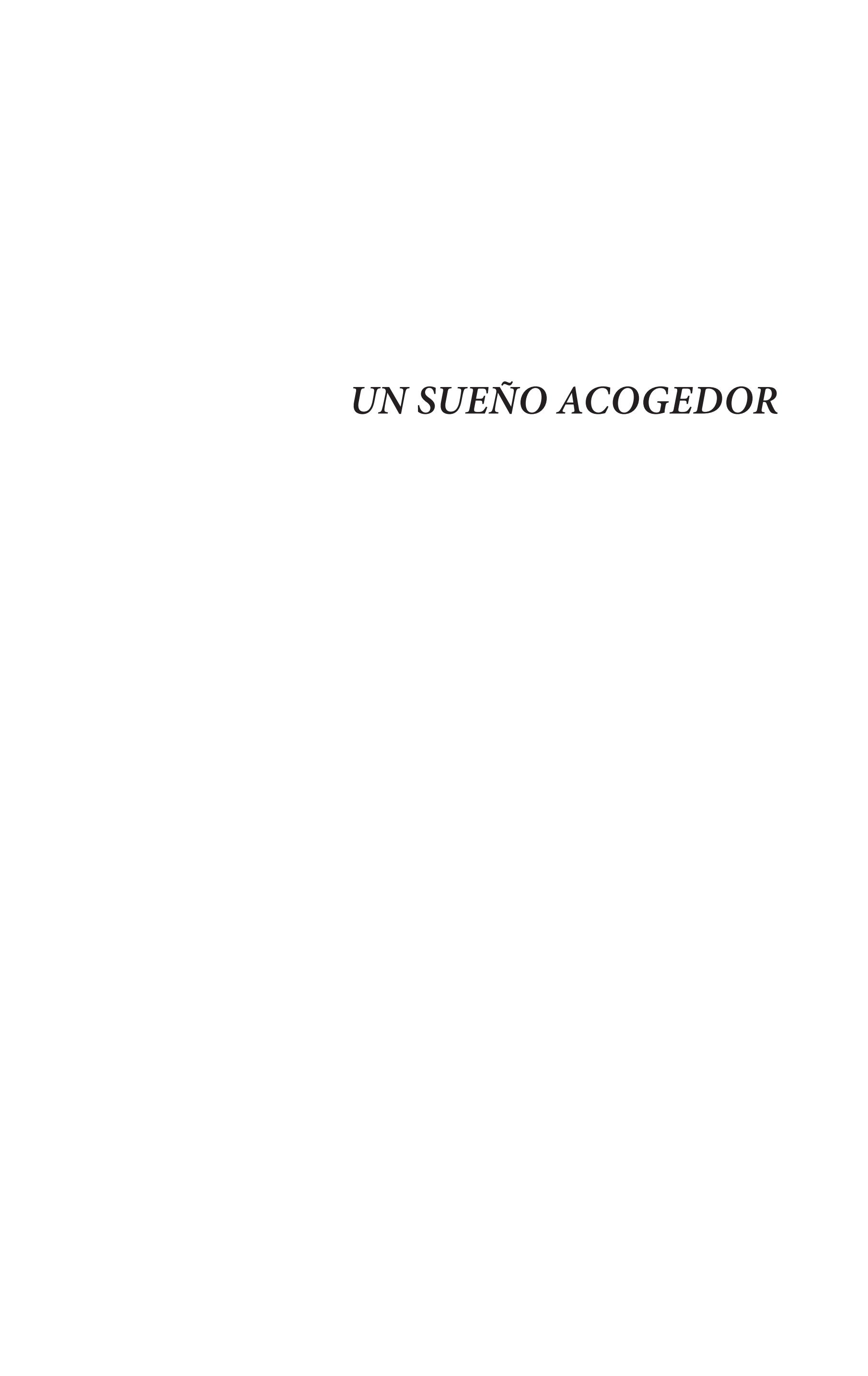
Mi esposa fue a verlo y su hasta entonces distante actitud hacia el gato sufrió un brusco viraje. Me pidió que encargara al conductor del *rickshaw* que fuera a comprar una pequeña lápida rectangular para el animal y que yo grabara algo en ella. En la lápida tallé la inscripción «tumba del gato» y en el reverso escribí: «Llegará la

noche en que destelle un relámpago». El conductor del *rickshaw* nos preguntó si debía enterrarlo tal cual, a lo que la sirvienta replicó con sorna si acaso creía que íbamos a incinerarlo antes.

Los niños también sintieron una lástima repentina por la muerte del gato. A cada lado de su lápida colocaron dos floreros de cristal con un ramo de flores de lespedeza cada uno. También llenaron un bol con agua, lo dejaron delante de la tumba y se encargaron de cambiar tanto las flores como el agua cada día. La tercera noche tras la muerte del gato, vi a mi hija de cuatro años (en ese momento yo la estaba viendo desde la ventana de mi estudio) de pie, sola frente a la tumba. Al principio se quedó mirando la lápida de madera durante un momento, pero después se acercó al bol con la cuchara de bambú de juguete que llevaba en la mano, la llenó de agua y se la llevó a la boca. Y no solo una vez. A la luz de aquel sereno atardecer, vi a la pequeña Aiko tragar con fruición repetidas veces el agua del bol en el que habían caído algunos pétalos de lespedeza.

Cada año, el día del aniversario de la muerte del gato, mi esposa deposita frente a la tumba un plato con un

filete de salmón y bonito seco. Hasta la fecha no se le ha olvidado ni una sola vez. Solo que en los últimos años, en vez de llevar el plato hasta el jardín, lo suele dejar sobre el pequeño altar que hemos dispuesto en la cómoda del comedor.



UN SUEÑO ACOGEDOR

El viento impacta contra los edificios y, al no poder avanzar en línea recta, acaba ramificándose como los relámpagos y cae en diagonal hacia el suelo con tanta fiereza que me veo obligado a quitarme el bombín y llevarlo en la mano derecha. Delante de mí hay un cochero esperando a un cliente. Me había estado mirando fijamente desde el asiento y, en el preciso instante en que me ve enderezarme y separar la mano del sombrero, alza el dedo índice como preguntándome si tengo intención de subir. Declino la invitación. Entonces, el cochero aprieta los dedos en un puño y empieza a golpearse el pecho con fuerza. Nos separan unos seis metros, pero oigo claramente el sonido de los golpes. Así se calientan las manos los cocheros de Londres. Me doy la vuelta y me quedo mirando al hombre. Bajo un sombrero duro y ajado asoma una abundante mata de pelo cano. Lleva un tosco abrigo de color marrón que parece haber sido confeccionado a partir de retales de mantas. No cesa de golpearse el pecho repetidamente, como un autómata, con el codo derecho alzado a la altura del hombro. Me doy la vuelta y sigo caminando.

Los transeúntes me adelantan. Hasta las mujeres me dejan atrás. Caminan a paso ligero sujetándose la falda y

taconeando sobre el asfalto con tal energía que no sería de extrañar que se les rompieran los zapatos. Se lee tensión en cada rostro. Todos los hombres caminan con la vista puesta al frente, y las mujeres tampoco desvían la mirada hacia los lados. Todos se dirigen a paso ligero hacia un punto y objetivo concretos, con los labios apretados, las cejas fruncidas y una nariz prominente. Se encaminan hacia su destino en línea recta y lo hacen como si no pudieran soportar la idea de caminar a cielo abierto y hubieran de apresurarse a encontrar un techo bajo el que guarecerse a pena de caer en desgracia.

Mientras camino a paso lento, siento que se me hace muy difícil vivir en esta ciudad. Sobre mi cabeza hay una estrecha y larga franja de cielo inmenso y ancestral flanqueada por altos edificios que cruza la ciudad de este a oeste. Parece el *obi* de un kimono. Un *obi* que ha amanecido grisáceo y que ahora empieza a adquirir una tonalidad rojiza. Los edificios, de un gris inmutable, parecen haber perdido ya toda esperanza en la luz del sol y la bloquean sin piedad por ambos lados. Vastas extensiones de terreno, reducidas a valles angostos a cuyos lados los pisos de los bloques colindantes se han ido apilando uno encima del otro, impiden el paso de

la luz del astro rey. Los caminantes que transitan por el fondo de este valle forman una parte intrínseca de su fría y oscura esencia. De todas las manchas oscuras, yo soy la que camina con más parsimonia. El viento que se ha quedado acorralado entre las paredes del valle desciende hasta el fondo y trata de escapar atravesando el desfiladero. Al llegar al final de la calle, las manchas negras se dispersan en todas direcciones formando un entramado parecido al de una red. Al cabo de un rato, el viento empieza a embestirme también a mí y, finalmente, me veo obligado a buscar refugio en uno de los edificios.

Deambulo por largos corredores, subo un par de escaleras y me planto frente a una enorme puerta mecánica. En cuanto me acerco, se abre sin hacer ruido y, de golpe y porrazo, me encuentro en el interior de una imponente galería que despide una luz deslumbrante. Me doy la vuelta y descubro que la puerta se ha cerrado detrás de mí. La estancia es cálida y reconfortante como la primavera. He de parpadear durante un rato para dejar que mis pupilas se acostumbren a la luz de este sitio. Miro a derecha e izquierda. Está llena de gente. Pero todos están muy tranquilos. Tienen los músculos de la cara completamente relajados y están dispuestos en filas,

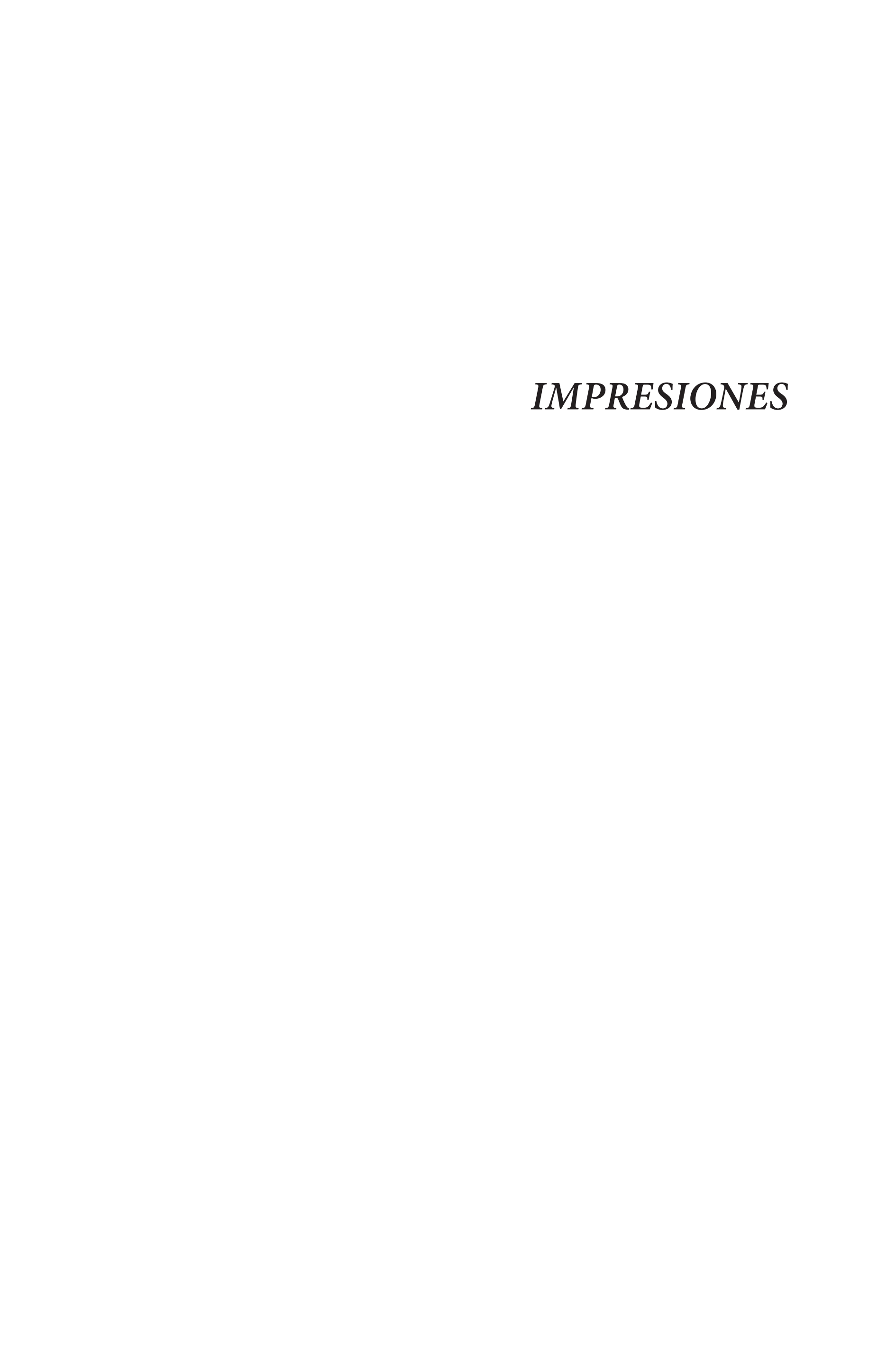
hombro con hombro, cosa que no parece molestarles lo más mínimo. Al contrario, se les ve complacidos y a gusto. Miro hacia arriba. El techo lo conforma una grandiosa cúpula de infinidad de colores con un chapado en oro resplandeciente. Dejo que mis pupilas se pierdan en los colores y que ese brillo dorado dance en mi pecho. A continuación, miro hacia adelante. Hay una barandilla que marca el final de la estancia. Más allá no hay nada. Solo un enorme agujero. Me acerco a la barandilla, estiro el cuello y oteo el interior. Allí, al fondo, veo otra sala llena de gente diminuta. Parecen salidos de una pintura. No sabría decir cuántas personas hay, pero cada una de ellas es claramente discernible. Esto es lo que yo llamo «un mar de gente». Veo una gran variedad de colores vívidos: blanco, negro, amarillo, azul, púrpura, rojo… todos contoneándose bella y suavemente, allá en las profundidades, como lo hacen las olas del mar.

Justo entonces, el oleaje desaparece y todo se queda en la más absoluta penumbra: desde la alta cúpula hasta el abismo del agujero. A las miles de personas que hay en la sala se las ha tragado la oscuridad y no oigo ni una sola voz de sorpresa. Esta impenetrable negrura se ha llevado por delante a todos los allí presentes. No quedan sombras,

no quedan formas. Todavía estupefacto descubro, de repente, que en el fondo del agujero se recorta una figura rectangular, surgiendo de entre las tinieblas a la par que adquiere algo de claridad. Al principio pienso que es una mera ilusión óptica, un reflejo que forma parte de la propia oscuridad, pero poco a poco se va separando de ella y me doy cuenta de que se trata de un foco de luz, no obstante, algo tenue y difuso. Y me percato también de que en él confluyen dos colores sólidos: el amarillo y el púrpura. Al cabo de un momento, los dos colores empiezan a moverse. Miro fijamente el espectáculo, en tensión, sin atreverme siquiera a pestañear. Y, finalmente, la niebla que envuelve los colores se disipa. Al otro lado, diviso un mar que reluce con los rayos del sol. Más allá, sobre una superficie de hierba, hay un hombre muy apuesto vestido con una chaqueta amarilla y una mujer preciosa que lleva un vestido de mangas púrpuras. La mujer se sienta en un banco de mármol que hay bajo un olivo. El hombre, por su parte, se queda de pie a su lado y baja la vista hacia ella. En ese momento sopla el cálido viento del sur y trae con él una pacífica melodía, prolongada y delicada, que se acerca surcando las olas.

A un extremo y otro del agujero se alza el sonido de las voces de las personas que allí había. Resulta que no

habían desaparecido en la oscuridad. Solo se habían quedado soñando. Soñaban con la maravillosa Grecia.



IMPRESIONES

Salgo de casa, y la calle que se extiende ante mí se pierde en la distancia. Camino hasta el centro de la carretera y miro a mi alrededor. Todos los edificios que me rodean son de cuatro plantas y todos son del mismo color. La estructura de unos y otros no se diferencia, por lo que basta con que me aleje seis metros de casa para desorientarme y no saber regresar. Qué ciudad tan extraña...

Anoche me dormí arropado por el sonido de un tren de vapor. Pasadas las diez llegó a mis oídos el eco de las campanillas y los cascos de un caballo y empecé a cabalgar en sueños sumido en la oscuridad de mi cuarto, y ante mis ojos cerrados discurrieron cientos de pequeños destellos de luz. Esa fue mi única visión anoche. La visión de ahora es mucho más rica.

Mientras camino calle abajo voy contemplando esta extraña ciudad, mirando aquí y allá. Cuando llego a la esquina, tuerzo a la izquierda, camino unos cien metros y llego a una intersección. Trato de recordar el camino recorrido hasta ahora antes de girar a la derecha e ir a parar a una calle mucho más ancha que la anterior por la que circulan muchos carruajes tirados por caballos,

todos ocupados. Hay carros rojos y carros amarillos; también los hay verdes, marrones y azules. Todos me pasan de largo. Fijo la vista en la distancia, pero no consigo conjeturar hasta dónde alcanza toda esa masa de colores. Al echar la vista atrás, el vaivén de los carruajes forma una nube irisada. ¿A dónde irá toda esa gente? En esas estoy cuando, de repente, un hombre muy alto me da un empellón con el hombro al pasarme de largo. Me aparto y me topo con otro hombre igual de alto a la derecha y, al tratar de esquivarlo, me doy de bruces con un tercero que pasa por la izquierda. Seguramente al hombre que me había empujado al principio lo había empujado alguien más. Todos permanecen en silencio y continúan caminando hacia adelante, como si no pasara nada.

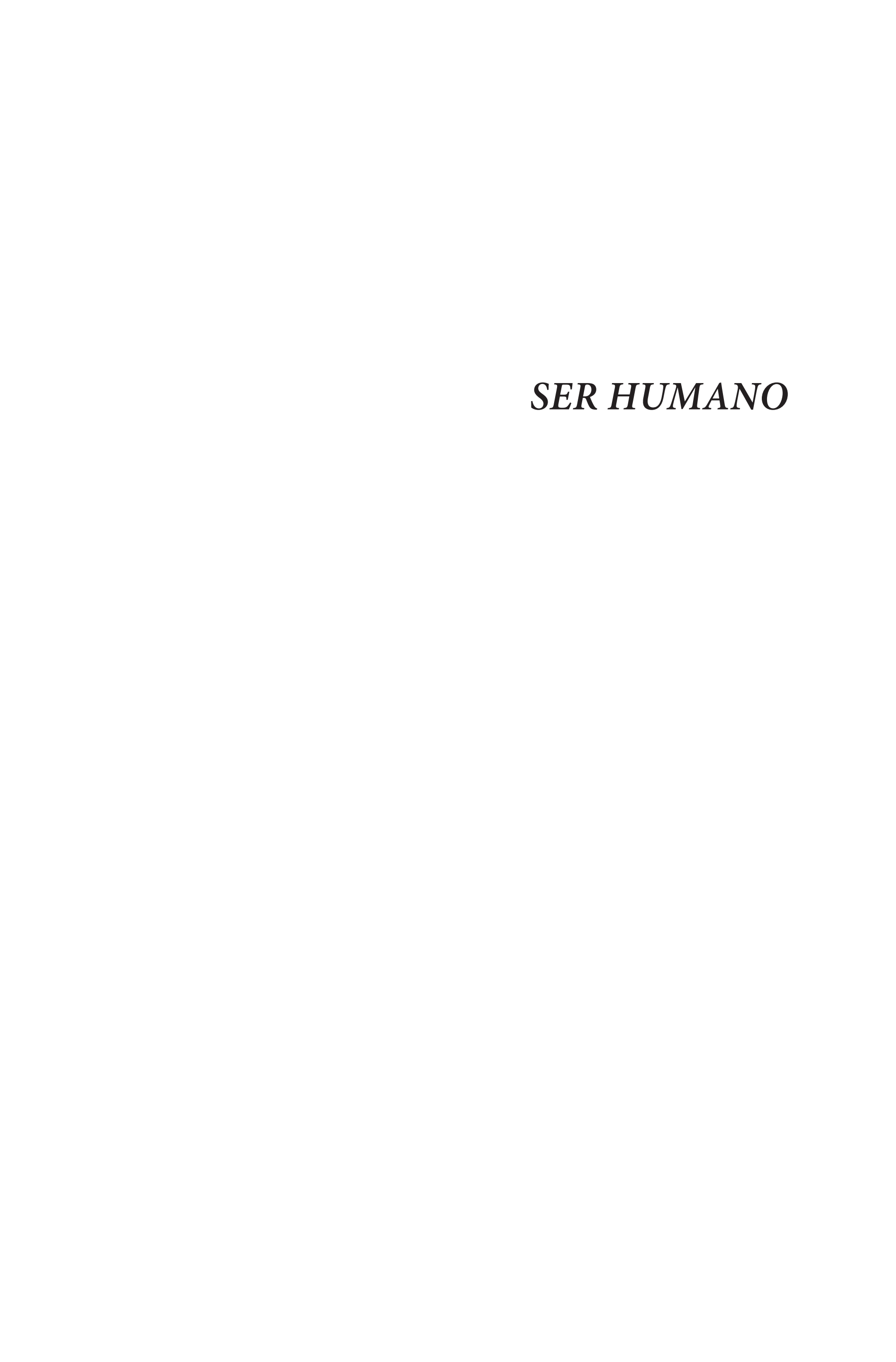
Esto es lo que significa hundirse, literalmente, en un mar de gentes. Ignoro cuán vasto es este mar, pero su inmensidad solo es comparable a su imperturbable serenidad. El problema es que no puedo salir de él. A la derecha, el camino está cortado. Miro a la izquierda, y tampoco hay escapatoria. Desandar lo andado es imposible, así que solo puedo seguir avanzando en silencio. La multitudinaria procesión de manchas negras

mantiene el paso y la vista al frente, como si a todos los rigiera un mismo destino.

Mientras camino, me viene a la cabeza la casa de la que acabo de salir. De cuatro pisos y del mismo color que el resto en aquella extraña ciudad. La he debido de dejar muy atrás. No estoy muy seguro de por qué calles he pasado ni de cuánto he caminado exactamente. Puede que, aunque logre volver, no pueda distinguir mi propia casa. Recuerdo lo imponente que se alzaba anoche en la oscuridad.

Doblo dos o tres esquinas más, con la cabeza llena de ideas descorazonadoras y rodeado de todas estas personas de considerable estatura. Cada vez que llego a una nueva bocacalle, más se acrecienta la sensación de que me estoy alejando a marchas forzadas de aquella casa que anoche se erguía hosca en la noche. Inmerso en esta inconmensurable masa de individuos, siento una soledad que no alcanzo a expresar con palabras. Poco después, llego a una pendiente no muy pronunciada que da a una plaza en la que confluyen unas cinco o seis calles más. A la oleada de personas que ha bajado conmigo por la cuesta se suman aquellos que provienen de las avenidas colindantes y, juntos, empezamos a circundar la plaza.

Al pie de la pendiente se erigen dos estatuas con forma de león. Son enteramente grises. Tienen la cola delgada en comparación con su voluminosa y enmarañada melena, del tamaño de un barril. Las figuras yacen con las patas delanteras estiradas en medio de la asfixiante muchedumbre. Bajo sus patas el pavimento es de piedra y, entre ambas, se alza un ancho pilar de metal. Sumergido en aquel mar de gente levanto pausadamente la vista hacia el pilar. Allí arriba, en lo alto, está el cielo. La prominente columna horada por el centro. No alcanzo a ver lo que hay en el extremo del pilar. La ola humana vuelve a arrastrarme, esta vez hacia una calle situada a la derecha. Bajo por esa misma calle y, tras haberme alejado unos metros, vuelvo la vista hacia la plaza y observo de nuevo el pilar, que ahora no es más que un delgado poste en la distancia. En su extremo se yergue la estatua de un hombre solo.



SER HUMANO

Nada más levantarse, Osaku empezó a rezongar. ¿Dónde diantres se habría metido la peluquera? La había llamado la noche anterior para solicitar sus servicios y la mujer le había dicho que no tenía que atender a nadie más, que descuidara, que se presentaría en su casa a las nueve. Así que Osaku se había ido a dormir tranquila. Cuando miró el reloj de pared, solo quedaban cinco minutos para las nueve. La sirvienta incluso salió a esperarla mientras Osaku no dejaba de preguntarse impaciente el motivo de su tardanza. Trató de calmarse un poco y se miró al espejo del tocador que había frente a la puerta corredera. Abrió la boca y su reflejo mostró una hilera de dientes blancos y bien alineados. En ese instante, el reloj dio las nueve. Se levantó, abrió la puerta que comunicaba con la habitación contigua y despertó a su marido: «¡Vamos, querido, ya pasan de las nueve! ¡Levanta, venga, vamos a llegar tarde!». Su marido, que ya había escuchado el reloj, estaba sentado en la cama. Miró a su mujer y le respondió que sí, que ya iba, mientras se ponía en pie.

Osaku volvió a la cocina, cogió el cepillo y la pasta de dientes, jabón y una toalla y se lo dio todo a su marido. «Ya te puedes ir», lo despidió. «Cuando salga de los baños quiero pasar por la barbería», dijo su marido

mientras se calzaba en el recibidor. Llevaba puesto un kimono fino de verano y, encima, otro algo más grueso. «Ah, pues espera un segundo», dijo su mujer al tiempo que volvía sobre sus pasos. El hombre aprovechó para lavarse los dientes. Osaku sacó un pequeño sobre de uno de los cojines del comodín, metió dentro una moneda de plata y salió de la habitación. Su marido tomó el sobre y cruzó la puerta sin mediar palabra, pues todavía llevaba el cepillo de dientes en la boca. Osaku se quedó unos segundos observándolo mientras se alejaba con la toalla colgando al hombro, pero no tardó en volver a entrar en casa, sentarse delante del tocador y mirarse en el espejo. Entreabrió después uno de los cajones del comodín y atisbó el contenido. Finalmente sacó unas dos o tres prendas, las extendió sobre el tatami y se quedó mirándolas dubitativa hasta que se decidió por una de ellas y volvió a guardar las descartadas con sumo cuidado. A continuación, abrió un segundo cajón, y de nuevo se quedó mirándolo pensativa. Sacaba algo, se quedaba un rato valorándolo y después volvía a guardarlo. En esta operación se entretuvo alrededor de media hora, durante la cual no dejó de echarle una inquieta ojeada tras otra al reloj de pared. Cuando por fin su atuendo estuvo listo, envolvió todas las prendas en un fardo, que dejó

en un rincón del comedor. Justo entonces, la peluquera anunció su llegada a voz en grito y entró por la puerta del servicio. Se disculpó por la tardanza con voz jadeante y se deshizo en excusas. «Descuide, descuide. Me sabe mal haberla hecho venir, estará usted ocupada», le dijo a su vez Osaku, ofreciéndole tabaco en una pipa.

La peluquera había venido sola, así que le llevó bastante tiempo peinar a su clienta. Mientras el marido estaba fuera, Osaku le contaba a la peluquera que ese día su esposo la iba a llevar a *Yūrakuza* y que Miichan también iría. La peluquera respondió que qué envidia, que a ella también le encantaría ir y, entre risas y cumplidos, terminó su tarea y se fue.

Cuando llegó a casa, el marido entreabrió el fardo para ver qué había dentro y le dijo a su mujer: «¿Vas a llevar este? Aquel que te pusiste la última vez te sienta mejor». «Pero Miichan ya me lo vio puesto en Año Nuevo», contestó Osaku. «¿Ah, sí? Pues entonces nada. Yo me voy a poner el *haori* de algodón, que está el tiempo fresco», volvió a decir el marido. «¡Ni hablar, ese *haori* es horrible y, además, siempre llevas el mismo!», le dijo. Y, como era de esperar, el buen hombre no se puso al final su *haori* de algodón estampado.

Osaku se terminó de maquillar, se enfundó en un abrigo muy moderno de crepé y se puso una bufanda de pelo al cuello antes de salir con su esposo por la puerta principal. Caminaron charlando animadamente, cogidos del brazo. Al poco, llegaron a un cruce en el que había un puesto de policía rodeado de una enorme aglomeración. Osaku se agarró a la parte trasera del *obi* de su marido y, estirándose, trató de atisbar lo que ocurría en medio de aquel hervidero.

En el centro del tumulto había un hombre vestido con un kimono corto que se tambaleaba, aparentemente mareado. Por el color del kimono, húmedo y manchado de barro, se diría que se había caído varias veces. Cuando el policía le preguntó quién era, el hombre respondió, ufano: «¡Yo, y-yo s-soy, soy un ser humano!». Arrastraba las palabras y no las articulaba con claridad. La muchedumbre prorrumpió en carcajadas al oírlo. Osaku miró a su marido y se rio también. Al borracho no le complacieron las risas y, mirando airado a su alrededor, dijo: «¿Qué carajo es tan gracioso...? ¡¿Dónde está… la gracia en... en que yo sea un ser humano?! ¿No me ven que... ? —Se quedó un momento con el cuello laxo y la cabeza colgando lánguidamente cuando, de repente

y sin que nadie se lo esperara, gritó— «¡¡… soy un ser humano!!».

En ese momento, de no se sabía dónde, salió un hombre que vestía también un kimono corto. Era alto, de rostro bronceado y llevaba una carreta. Habló con el policía en voz baja y después se giró hacia el borracho: «Venga, cabroncete, sube al carro, que te llevo a casa». El borracho le sonrió, le dio las gracias y se subió al carro dejándose caer sobre él con estrépito boca arriba. Miró hacia el cielo con los ojos entrecerrados y, tras parpadear un par de veces, sentenció: «No tiene sentido. Yo soy un ser humano». «Sí, sí, eres un ser humano, y por eso te vas a portar bien, ¿a que sí?», le siguió la corriente el hombre alto, tras afianzar al borracho a la carreta con unas lías de paja. A continuación, enfiló la ancha avenida empujando la carreta, como si portara un cerdo cuarteado. Osaku, aferrada todavía al *obi* de su marido, vio desaparecer al hombre entre la profusa decoración de Año Nuevo que engalanaba las calles. ¡Mira qué bien, ya tenía una cosa más que explicarle a Miichan cuando la viera!

EL FAISÁN

Habían venido unos cinco o seis invitados y estábamos todos enfrascados en la conversación alrededor del brasero cuando, de improviso, llegó un joven. Nunca había oído su nombre y no me sonaba su cara; para mí era un completo desconocido. Compareció sin carta de presentación alguna, arguyendo que había pedido permiso antes de entrar. Irrumpió en la sala donde estábamos mis invitados y yo congregados portando un faisán en la mano. Cuando acabaron las presentaciones, dejó el faisán en el centro del grupo y dijo que se lo habían enviado desde su ciudad natal y que lo aceptáramos como presente.

Era un día frío. El joven preparó enseguida un caldo de faisán, del que dimos buena cuenta entre todos. Había entrado en la cocina con el *hakama*[8] puesto, y él mismo lo había desplumado y troceado. El joven tenía una cara pequeña y alargada, y la frente pálida. Llevaba también unas gafas de cristales gruesos. Más que su miopía o su oscuro bigote, lo que me llamó la atención de él fue su *hakama*. Un *hakama* de algodón visiblemente caro con un estampado de rayas gruesas muy llamativo.

8 *Hakama*. Pieza de la vestimenta tradicional japonesa consistente en un pantalón largo de pernera ancha con pliegues.

Ciertamente, era inaudito ver a un estudiante vestido con semejante prenda. Apoyó las dos manos en su *hakama* y nos dijo que se lo habían tejido en *Morioka*.

Al cabo de una semana, el joven volvió a personarse en casa y, esta vez, trajo un manuscrito de su puño y letra. No era un escrito muy bueno, que digamos. Le di mi más sincera opinión sin tapujos y él se marchó tras decirme que lo reescribiría. Una semana más tarde se presentó con un nuevo manuscrito guardado entre los pliegues del kimono. Tras esa, hubo más visitas, y nunca se marchaba sin dejarme alguna obra suya para que la valorara. Una vez me trajo una epopeya de nada menos que tres volúmenes. Pero esa fue la peor de todas cuantas me presentó. Al cabo de un tiempo, escogí algunas de las obras que me había ido entregando, las que consideré más destacables, y se las recomendé al editor de una revista. Finalmente la revista en cuestión las publicó, quizá gracias a la benevolencia del editor, pero, por lo que sé, el joven no recibió ni un yen por aquellas publicaciones. Fue entonces cuando supe de las dificultades económicas que atravesaba. Me dijo también que quería ser escritor y que, en adelante, viviría de sus obras.

Un día trajo algo sorprendente: flores de crisantemo secas, sólidas y finas, como el *nori*[9]. Nos explicó que el crisantemo prensado de aquella manera era utilizado como moneda de cambio por los monjes zen para hacerse con algunas láminas de sardinillas secas. Un amigo que había venido a visitarme aquel día puso las flores a hervir y nos las comimos con palillos y acompañadas de sake. Otro día, el joven se presentó con una rama artificial de lirios de los valles. Empezó a darle vueltas entre los dedos al tallo de alambre y nos dijo que lo había hecho su hermana menor. Fue entonces cuando supe que vivía con ella. Los hermanos habían alquilado la segunda planta de la casa de un leñador, y la menor iba todos los días a clases de bordado. Al día siguiente, el joven se presentó con un broche de punto blanco con forma de mariposa envuelto en papel de periódico y nos dijo que le haría muy feliz que lo aceptáramos. Yasuno, mi esposa, no tardó en apropiárselo.

Después de aquello, vino a visitarme más veces y, cada vez que lo hacía, me hablaba de su tierra natal: de sus paisajes, de sus costumbres, sus tradiciones, de los festivales ancestrales que allí se celebraban… También

9 *Nori*. Alga marina comestible, secada, prensada y cortada en tiras.

me dijo que su padre era sinólogo y que se le daba muy bien hacer grabados. Su abuela había servido en las dependencias de un señor feudal. La anciana había nacido en el año que corresponde al Mono según el calendario chino y, como su señor la tenía en gran estima, a veces la obsequiaba con un presente relacionado con ese animal. Una vez, le regaló un rollo de pintura, obra de Kazan[10], en la que aparecía dibujado un mono de brazos largos. «La próxima vez lo traeré para enseñárselo», dijo. Pero no volvió a venir.

La primavera dio paso al verano y yo me había olvidado ya del joven cuando un día (un día caluroso, en el que me encontraba en el comedor, vestido con un kimono fresco, leyendo un libro a duras penas a causa del sofoco) apareció.

Llevaba puesto el *hakama* de siempre y se estaba secando el sudor de su pálida frente con un pañuelo. Había adelgazado. Me dijo que le sabía muy mal, pero que si podía prestarle veinte yenes. A causa de una repentina enfermedad habían tenido que ingresar en el

10 Watanabe Kazan (1793-1841). Pintor de la era Edo, famoso por sus retratos y su esfuerzo por adaptar el arte europeo al estilo de pintura tradicional japonés.

hospital a un amigo suyo, pero este no podía correr con los gastos del ingreso y él se las vio y deseó para obtener algo de dinero, aunque al final no consiguió nada. Así que no le quedó más remedio que pedirme ayuda. Esa fue su explicación.

Aparté el libro que estaba leyendo y me quedé mirando al joven. Estaba apropiadamente sentado, como siempre, con ambas manos encima de las rodillas, y añadió un «por favor» a media voz. Por toda respuesta le pregunté si la situación económica de la familia de su amigo era tan precaria. «No es eso, el problema es que el gasto les ha cogido por sorpresa y el dinero tardará en llegarles porque viven lejos. Pero en dos semanas lo tendré aquí y se lo devolveré inmediatamente», contestó. Accedí a correr con los gastos. Entonces, sacó un rollo que llevaba envuelto en un fardo y me comentó: «Este es el Kazan del que estuvimos hablando el otro día», y extendió la pintura ante mí. No sabría decir si era una obra maestra o un bodrio. Consulté una guía de sellos tratando de encontrar en la pintura la firma del autor por Watanabe Kazan o Yokoyama Kazan[11], pero no la encontré. El joven

11 Yokoyama Kazan (¿?-1837). Pintor japonés, conocido también por sus retratos, si bien no tan famosos como los de su coetáneo Watanabe Kazan.

dijo que la dejaría ahí a modo de fianza y, pese a mi declinación, se marchó sin la pintura. Al día siguiente, pasó a buscar el dinero y, desde ese día, no volví a tener noticias de él, ni siquiera transcurridas las dos semanas prometidas. Pensé que me había engañado. Su pintura del mono continuaba colgada en la pared cuando llegó el otoño.

Un día en que llevaba puesto un kimono algo más abrigado y estaba enfrascado en mi trabajo, Nagatsuka vino a visitarme para exigirme dinero, como siempre. Ya me estaba cansando de andar prestando dinero a todo el mundo. Entonces, recordé al joven y le hablé a Nagatsuka de la deuda que este había contraído conmigo, añadiendo que, si iba a cobrarla por mí, le dejaría el dinero que me pedía. Nagatsuka se rascó la cabeza y dudó un instante, pero finalmente respondió con resolución que lo haría. Escribí una carta en la que le pedía al joven que entregara el dinero a Nagatsuka y después se la entregué a mi emisario junto con la pintura del mono.

Nagatsuka volvió en coche al día siguiente, se sacó una carta del bolsillo y me la entregó, pero al cogerla me di cuenta de que era la misma que yo le había

escrito el día anterior y seguía sellada. «¿Acaso no fuiste a verle?», inquirí. Nagatsuka respondió, con rostro consternado: «Fui, pero la cosa estaba fatal. Está en un estado deplorable, vive en una pocilga… su mujer estaba haciendo bordados cuando llegué y él está enfermo… no habría sido adecuado abordarle con el asunto del dinero, así que le dije que no se preocupara, que solamente había ido a llevarle la pintura». Asentí, algo sorprendido.

Al día siguiente, recibí una breve misiva de parte del joven en la que me daba las gracias por la pintura y se disculpaba por haberme mentido. Metí la nota junto con el resto de la correspondencia en una pequeña caja sin tapa y pronto volví a olvidarme del joven.

Mientras tanto, llegó el invierno y yo recibí el Año Nuevo con el trajín de costumbre. Un día en que estaba aprovechando la ausencia de invitados para adelantar trabajo, se presentó la sirvienta con un paquete redondo de aspecto pesado, envuelto en un papel pringoso. El remitente era el joven de cuyo nombre me había olvidado ya largo tiempo atrás. Quité el papel aceitoso y el papel de periódico de debajo. Había un faisán, acompañado de una carta: «Varias circunstancias me obligan a volver a

mi pueblo natal. Le devolveré el dinero sin falta dentro de tres meses, cuando vuelva a la capital». La carta estaba impregnada de la sangre del faisán y no fue fácil despegarla.

Aquel día era jueves, y los jueves por la noche tenía por costumbre reunirme con varios jóvenes escritores. Los seis o siete allí reunidos nos sentamos alrededor de la mesa y nos comimos el faisán acompañado de unas verduras. Deseaba sinceramente que al joven paliducho del *hakama* llamativo le fueran bien las cosas. Cuando mis invitados se marcharon, le escribí una carta de agradecimiento por el faisán en la que le pedía que no se preocupara más por el dinero del año pasado, que la deuda estaba saldada.

LA MONA LISA

Cada domingo Ibuka se enrosca la bufanda al cuello y, con las manos en los bolsillos, sale a recorrer las tiendas de segunda mano de la zona. Entra en los establecimientos en busca de los artículos en apariencia más desvencijados y antiguos. Los mira y remira y los voltea entre sus dedos. Le cuesta determinar el valor de los objetos porque no entiende de estas cosas, pero suele comprar lo que le parece bonito y barato, y confía en encontrar por lo menos una auténtica reliquia al año.

Hace un mes compró la tapa de una tetera de hierro por quince sen[12] y la convirtió en un pisapapeles. El domingo pasado compró el guardamano de una espada por veinticinco sen que ahora también utiliza de pisapapeles. Hoy va a la caza de algo más grande. Ha estado pensando en decorar su estudio y quiere algo vistoso, algo que pueda colgar en la pared. Una pintura, por ejemplo. En su búsqueda, se topa con un cuadro dispuesto horizontalmente y cubierto de polvo en el que aparece retratada una mujer occidental. Pero delante han colocado una polea de las que se utilizan en los pozos con la llanta desgastada y, encima, una especie de florero

12 Sen. Moneda japonesa de cobre, equivalente a la centésima parte de un yen.

del que sobresale la boquilla de una flauta de bambú, y estos objetos ocultan parcialmente el retrato.

Lo cierto es que una pintura occidental desentona en una tienda de segunda mano como esta. Los colores que se han empleado van más allá de cualquier otra obra moderna. Es más, parece estar enterrada entre la oscura bruma de un pasado remoto. Bueno, quizá sí que combina con la tienda, después de todo. Ibuka está convencido de que no debe de ser muy caro. Le pregunta al propietario y este le responde que la pintura cuesta un yen. Ibuka concluye que es un precio justo, pues el cristal del cuadro no está roto y el marco está en buenas condiciones. No obstante, tras un breve regateo, consigue que el propietario le rebaje el precio a dieciocho sen.

Ibuka camina hacia su casa con el retrato entre sus brazos. Hace frío y ya está cayendo el día. Entra en su oscuro estudio, desenvuelve el cuadro, lo cuelga en la pared y se sienta frente a él. Justo entonces, entra su mujer portando una lámpara e Ibuka le pide que la acerque a la pintura. Vuelve a fijar la mirada en el cuadro de dieciocho sen. La cara de la mujer retratada, de un tono ocre envejecido, contrasta con la lóbrega tonalidad

del cuadro. «Debe de ser muy antigua», deduce Ibuka. Este, todavía sentado, se vuelve hacia su esposa y le pide opinión. La mujer alza un poco más la mano con la que sostiene la lámpara y observa, sin decir nada, el rostro cetrino de la retratada. Finalmente concluye: «Su cara me da mala espina». Ibuka se ríe: «No se puede exigir mucho más por dieciocho sen».

Después de comer se sube a un taburete y clava el cuadro que ha comprado en el dintel. Mientras lo hace, su mujer escudriña el cuadro y le dice a su esposo: «A saber en qué está pensando esa mujer. Solo de verla me pongo mala… yo, que tú, no lo colgaría». Ibuka, haciendo oídos sordos a su comentario, le replica que está sacando las cosas de quicio.

La esposa vuelve a la sala de estar. Ibuka se sienta frente al escritorio y comienza a trabajar. Pasados diez minutos, le entran unas ganas repentinas de darse la vuelta y mirar el cuadro. Deja el pincel, vuelve la vista atrás y se topa con la vaga sonrisa de la macilenta mujer. Ibuka clava la mirada en sus labios. El pintor había sabido jugar muy bien con la luz. Las comisuras de los labios de la mujer se curvan ligeramente hacia arriba y, en ambas,

hay dibujado un hueco casi imperceptible. Es como si, en el momento en que la retrataron, se dispusiera a abrir la boca. O como si estuviera diciendo algo y la hubiera cerrado de repente. No hay modo de saberlo. Algo perturbado, Ibuka vuelve la vista al escritorio.

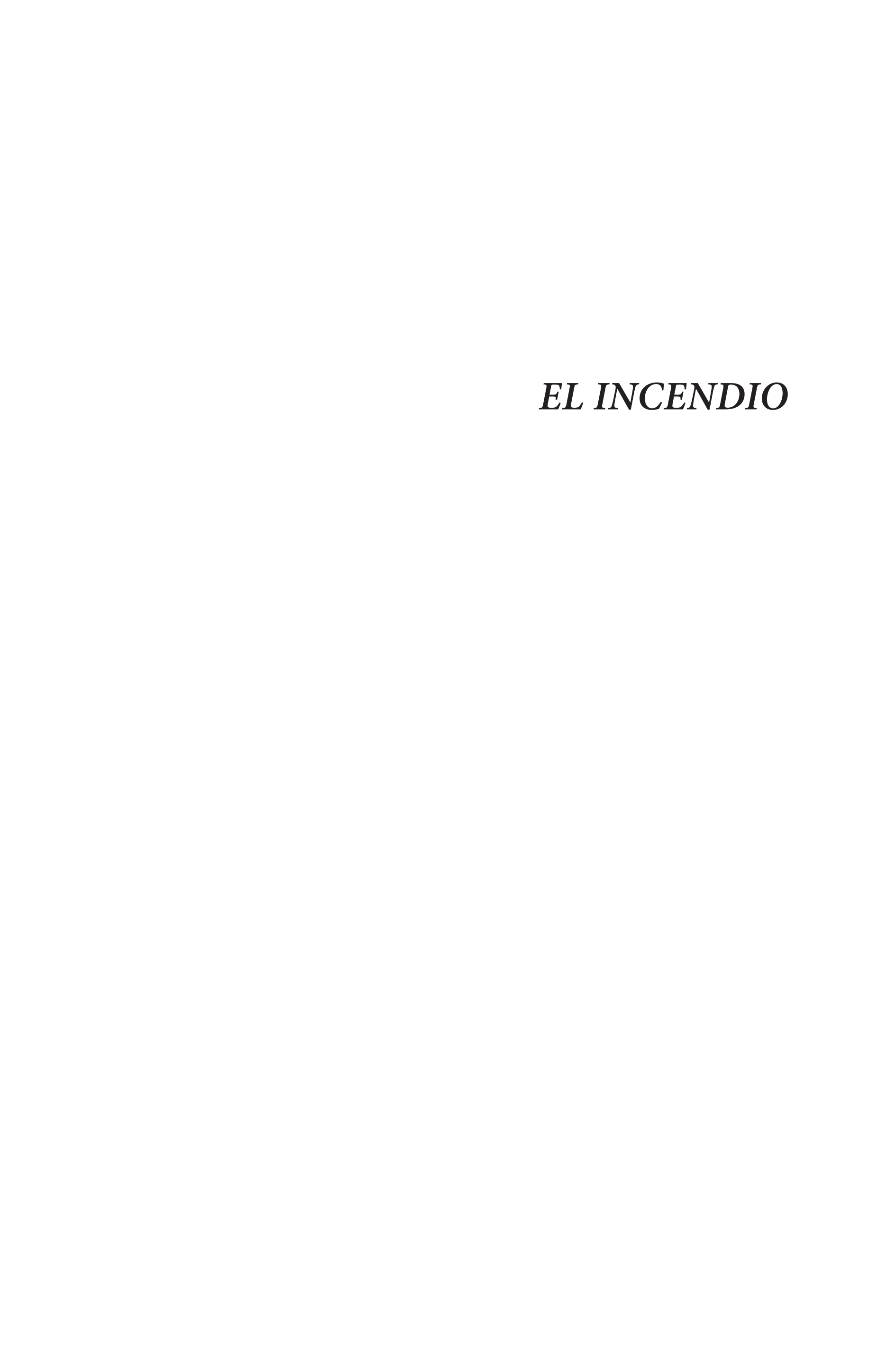
La mitad de su tarea consiste en transcribir y, puesto que eso no conlleva un alto grado de atención, al cabo de unos minutos está mirando el cuadro de nuevo. Sí. La mujer parece la personificación de la serenidad, pero no cabe duda de que sus labios esconden un secreto. Bajo la línea larga y fina que conforman sus párpados, sus tranquilas pupilas parecen posarse sobre el suelo de la habitación. Ibuka se gira de nuevo hacia el escritorio.

A lo largo de la noche se da la vuelta varias veces. Por algún motivo empieza a creer que su mujer está en lo cierto. A la luz del nuevo día, no obstante, le resta importancia al asunto y su jornada en la oficina transcurre como siempre. Al volver a casa se encuentra con el cuadro que había colgado la noche anterior tendido boca arriba sobre su escritorio. Su mujer le dice que se había caído de repente, al mediodía. Por supuesto, el cristal está hecho añicos. Ibuka le da la vuelta al cuadro y comprueba que

ha desaparecido el cáncamo que le había clavado la noche anterior. Aprovecha la oportunidad para abrir el reverso del cuadro y encuentra un pedazo de papel doblado en cuatro pliegues. Al desplegarlo, le asalta una inscripción de lo más extraña:

«El misterio de la mujer se halla en los labios de la Mona Lisa. Hasta la fecha, Da Vinci ha sido el único que ha conseguido materializar este misterio. Misterio que nadie *más puede des*velar».

Al día siguiente, Ibuka pregunta a sus compañeros en la oficina por la Mona Lisa, pero ninguno ha oído hablar de ella. Tampoco saben nada de Da Vinci. Finalmente, Ibuka, siguiendo el consejo de su mujer, decide deshacerse del espeluznante cuadro y acaba vendiéndoselo a un trapero por cinco sen.



EL INCENDIO

Me falta el aliento. Me detengo, alzo la vista y veo chispas revoloteando sobre mi cabeza. Chispas incontables que desaparecen de repente, provenientes de las profundidades de un cielo calmo y escarchado, para ser substituidas al instante por una nueva ráfaga de destellos titilantes que, flotando en el aire, se dan mutua caza y vuelven a desparecer. Busco el lugar de donde proceden y distingo claramente una enorme columna de fuego que, a modo de fuente, tiñe por completo el frío cielo. A unos cinco o seis metros de distancia se alza un templo imponente. A mitad de la larga fila de escalones de piedra que conducen a él, sobre un terraplén, hay plantado un abeto de tronco grueso que se eleva alto en el cielo con las silenciosas ramas desplegándose en la noche. Detrás veo el incendio. El tronco y las ramas del abeto son de un color negro que contrasta con el rojo encendido del fondo. El origen del incendio debe de hallarse por encima del terraplén, sin duda. Si avanzara unos cien metros y subiera la pendiente de la izquierda, llegaría al lugar en cuestión.

Vuelvo a apretar la marcha. La mayoría avanza a paso ligero, topándose conmigo al pasarme de largo. Los hay que se exhortan a voz en grito. La oscura y silenciosa

calle ha cobrado vida de repente. Llego al pie de la cuesta y, cuando me dispongo a subirla, me doy cuenta de que es más empinada de lo que pensaba. El corazón me da un vuelco. La pendiente está abarrotada. Crueles lenguas de fuego se elevan hacia el cielo justo en lo alto de la cuesta. Si me meto entre el gentío, me veré arrastrado hasta la cima de la pendiente y acabaré achicharrado antes de poder dar la vuelta sobre mis talones.

Descubro otra pendiente a mano izquierda, unos cincuenta metros más allá. Pensándolo bien, será más seguro subir por aquella. Avanzo esquivando como puedo a la agobiante marea de curiosos y finalmente llego a la esquina. Al otro lado oigo las estruendosas campanadas del carro de bomberos, del que tira un caballo. El carro se adentra entre la muchedumbre a toda velocidad al grito de «¡Apártense si no quieren morir!». Los bomberos dirigen el hocico del caballo hacia la empinada cuesta de un solo tirón de riendas. El ruido de los cascos es ensordecedor. El caballo agacha el hocico, completamente cubierto de espuma, inclina hacia adelante las orejas puntiagudas y, en un instante, sus patas delanteras pegan un salto y salen al galope. Pasa rozando la lámpara de papel que porta un hombre vestido con un kimono corto de invierno y, por

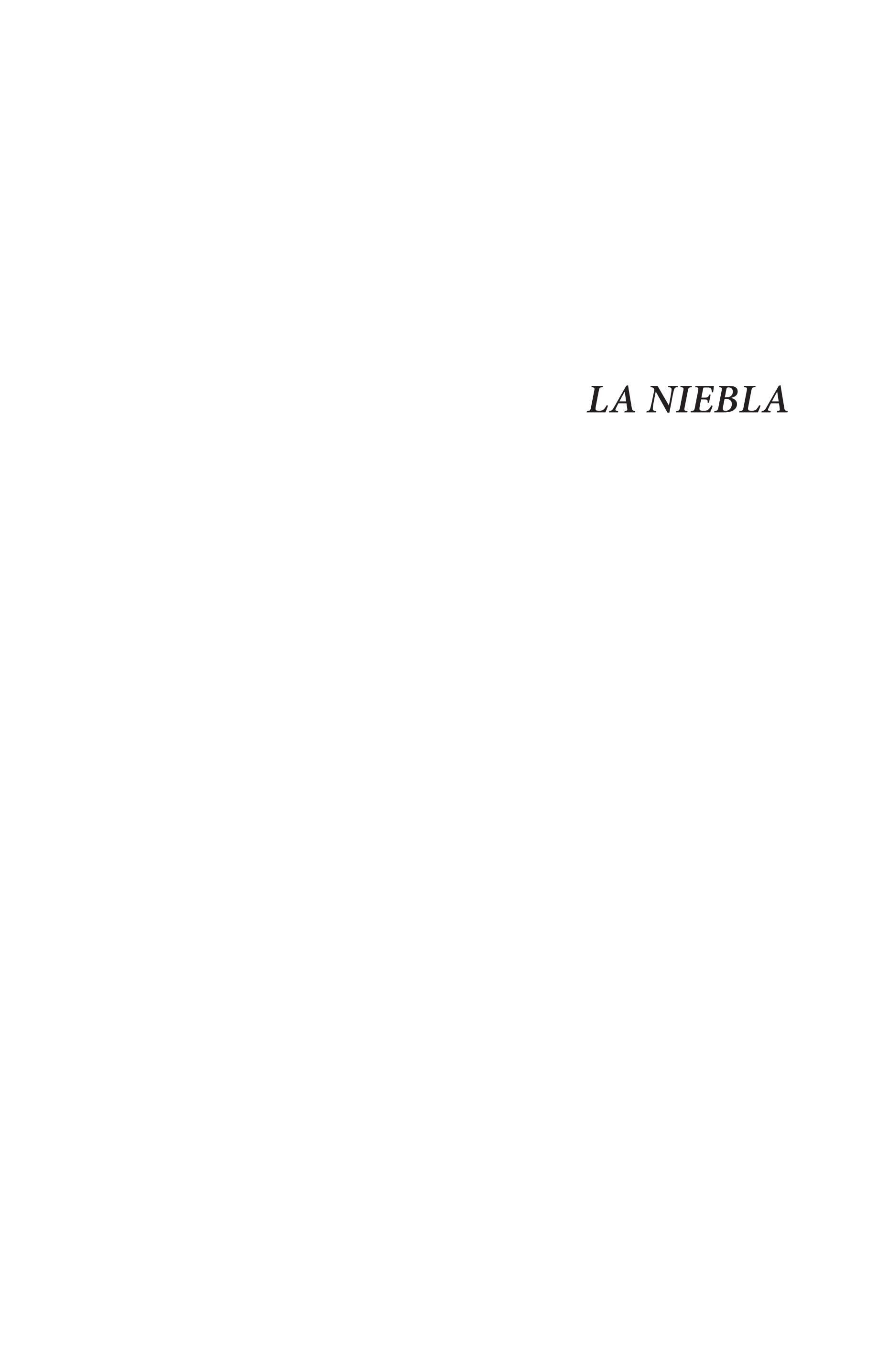
un momento, el pelaje castaño del animal despide el brillo del terciopelo. Las ruedas rojas del enorme carro giran tan cerca de donde me encuentro que me da la sensación de que me han pasado por encima. El vehículo prosigue su camino en línea recta, cuesta arriba, sin detenerse.

Yo lo sigo y, a medio camino, observo que las llamas parecen avanzar ahora hacia el lado opuesto de donde me encuentro. Al llegar a lo alto de la cuesta, por fuerza habré de torcer a la izquierda. Encuentro una calle lateral estrecha y el gentío me arrastra hacia ella. Está oscura, no cabe ni un alfiler y la algarabía es ensordecedora. El fuego está, sin lugar a dudas, al otro lado.

Pasados diez minutos, logro salir de esa calle y me interno en otra, un barrio residencial bastante ancho lleno de personas. Allí me topo nada más y nada menos que con el carro y el caballo que hace un momento he visto salir al galope. El animal aguarda ahora inmóvil. El bombero había llegado hasta aquí con el carro, pero el camino está obstruido unos cinco o seis metros más adelante, así que se limita a contemplar la danza de las llamas con impotencia, viéndolas bailar ante sus propias narices.

Las personas que hay a su alrededor no cesan de proferir gritos: «¿De dónde sale el fuego? ¿De dónde?». A lo que algunos contestan: «¡De ahí, de ahí!». Pero nadie puede ir al lugar del que proceden las flamas, que se avivan y se alzan terroríficas hacia el cielo, como si quisieran cubrirlo por completo.

Al día siguiente, por la tarde, movido por la curiosidad, aprovecho mi paseo para ir a comprobar con mis propios ojos el estado en que se encuentra la zona donde se originó el incendio. Enfilo la cuesta hacia arriba, me adentro en la calle de anoche y voy a parar al barrio residencial donde vi parado al bombero. Avanzo unos cinco o seis metros más, doy la vuelta a la esquina y comienzo a divagar por la zona, pero no veo más que hileras de casas cuyos habitantes parecen estar hibernando, pues no se oye un alma. No hallo las reminiscencias del incendio por ninguna parte. En el lugar en el que debería haberse originado el fuego no hay más que una fila de cedros bellísimos. De una de las casas procede el distante sonido de un *koto*.



LA NIEBLA

Anoche, tumbado en la cama, oí el eco de un traqueteo. En el barrio donde vivo se encuentra la imponente estación de trenes de Clapham Junction. En esta estación confluyen cada día miles de trenes de vapor que entran y salen a cada minuto. Cuando la niebla es espesa emiten un sonido estridente a través de algún extraño mecanismo justo antes de llegar a la estación para avisar de su llegada. Es un sonido semejante al de un petardo. Y es que a veces está tan oscuro que no se distingue el verde y el rojo de los semáforos.

Salgo de la cama, me acerco a la ventana que da hacia el norte, subo la persiana y miro el exterior. Todo está inmerso en niebla. El muro de ladrillos de más de dos metros que rodea la casa es prácticamente invisible. No hay más que vacío por doquier. Un vacío silencioso y gélido. Lo mismo ocurre con el jardín del vecino. El hombre es un anciano de barba blanca que suele salir a disfrutar del sol en cuanto llega el buen tiempo. Siempre se le ve con un loro en la mano derecha y tiene la mala costumbre de acercar tanto la cara al pico del loro que este bien podría picarle en cualquier momento. En esas ocasiones, el loro bate las alas y empieza a graznar repetidamente. A veces es su hija quien sale al jardín,

vestida con una falda larga y un cortacésped en la mano. Su exuberante patio está en ese momento hundido en niebla, como el mío. Y, si bien el de un servidor está algo más deteriorado, la niebla oculta la valla que los separa, así que ambos jardines parecen uno solo.

Al otro lado de la calle de atrás se erige la alta torre de una iglesia gótica. En la cumbre de esa torre de color ceniza llena de salientes que perfora el cielo suelen redoblar las campanas, sobre todo los domingos. Pero hoy la densa niebla la oculta. Tampoco se distingue el abrupto campanario. Si acaso, percibo una sombra oscura en lo alto, pero no oigo el más mínimo eco de un tañido. Todo sonido permanece encerrado en la profunda oscuridad de la sombra de esas campanas invisibles.

Salgo de casa y me encuentro con que solo soy capaz de discernir lo que hay a cuatro metros de mí. Cuando avanzo cuatro metros, distingo los cuatro siguientes. El mundo se ha reducido a una habitación de cuatro paredes de las que me separan cuatro metros. Si avanzo un poco, aparece una nueva habitación del mismo tamaño y la anterior se desvanece en el pasado.

Estoy esperando el autobús en una intersección cuando, de pronto, el cuello de un caballo aparece sesgando la neblina gris. Los pasajeros que esperan sentados en el techo del autobús permanecen escondidos en la niebla. Subo no sin esfuerzo y, al mirar hacia abajo, el cuello del caballo se difumina. En el momento en que dos buses se cruzan, soy capaz de distinguir sus colores y, entonces, me parece algo bello, pero en un segundo desparecen entre la turbia nebulosa. Un inmenso vacío monocromo se los traga. Al cruzar el puente de *Westminster*, unas motas blancas pasan revoloteando ante mis ojos, ahora visibles, ahora no. Centro toda mi atención en ellas y sigo su recorrido, y entonces me doy cuenta de que son gaviotas. Pero las veo borrosas, como si formaran parte de un sueño. Vuelan confinadas en esta atmósfera cargada. En ese momento, el *Big Ben* toca las diez por encima de nuestras cabezas. Alzo la vista hacia la torre, pero no la veo, solo la escucho.

Tras atender unos asuntos en Victoria, bordeo el río que pasa junto al Museo Nacional Británico de Arte Moderno hasta llegar a *Battersea*. Allí, el mundo gris que me rodea se ennegrece de súbito, como si alguien hubiera soltado turba en agua y hubiera vertido la oscura

masa en el aire que me rodea para teñir de penumbra la viciada niebla que cada vez se aproxima más a mis ojos, a mi boca, a mi nariz. El aire es ya tan húmedo que me pesa el abrigo; tan espeso que siento que, en vez de aire, estoy aspirando un espeso caldo de arruruz. Tengo la sensación de estar caminando por una caverna.

En medio de esta opresiva atmósfera marrón oscuro me quedo quieto, momentáneamente en blanco. Noto que la muchedumbre pasa por mi lado, pero nadie me roza con el hombro. ¿Estarán pasando por mi lado, realmente? Entonces, entre las olas de este denso océano distingo un oscuro punto amarillo del tamaño de un guisante. Doy cuatro pasos en dirección a él y me topo con el escaparate de una tienda, en el interior de la cual hay encendida una lámpara de gas. En comparación con el exterior, la tienda está perfectamente iluminada. Los clientes se mueven por ella con naturalidad. Por fin logro serenarme.

Dejo *Battersea* detrás y prosigo casi a tientas hacia la colina que hay al otro lado, pero al llegar me topo con una ristra de casas idénticas. Todas las calles son iguales. Ni bajo un cielo completamente despejado podría uno

dejar de perderse en un lugar así. Creo recordar que he torcido la segunda calle a la izquierda y, después, he caminado unos doscientos metros en línea recta, pero he olvidado el resto del camino. Aquí, solo, en medio de la oscuridad, inclino la cabeza hacia abajo. Oigo el crujido de unos zapatos que se aproximan por la derecha y que se detienen a unos diez metros delante de mí y, poco a poco, se alejan en dirección contraria. A continuación, silencio. Estoy desamparado en medio de la nada, fraguando el modo de volver a casa.

EL ROLLO

El viejo Daitō tomó la firme decisión de erigirle a su difunta esposa una lápida antes de que se cumpliera el segundo aniversario de su muerte. Sin embargo, los delgados brazos de su hijo y los escasos ahorros de que disponía imposibilitaron la labor. Y finalmente llegó la primavera. «El aniversario por la muerte de tu madre es el ocho de marzo», dijo el anciano con expresión quejumbrosa. El hijo contestó sonriendo: «¿Ah, sí?». Así las cosas, Daitō se decidió por fin a vender el valioso rollo de sus antepasados para aumentar el capital de la familia. Le preguntó a su hijo qué le parecía la idea y, para su decepción, este se mostró totalmente de acuerdo. Su hijo trabajaba en el Ministerio del Interior, en la División de Templos y Santuarios, y se dejaba la piel en la manutención de su esposa y sus dos hijos, además de la de su padre, con la escasa cuantía de cuarenta yenes mensuales. Si su padre no estuviera, haría ya tiempo que habría vendido aquel rollo de incalculable valor.

Era un rollo de seda de unos treinta centímetros de ancho que, con el tiempo, había adquirido el color del bambú viejo. Cada vez que Daitō lo colgaba en el oscuro comedor, el rollo quedaba ensombrecido de tal manera que uno no alcanzaba a adivinar qué había pintado en

él. El anciano afirmaba que se trataba de una malva, obra de Ōjakusui[13]. Una vez o dos al mes el anciano abría el pequeño armario en el que estaba guardado el pergamino, dado en una caja de madera de paulonia. Siempre limpiaba la capa de polvo de la caja y extraía el rollo con suma delicadeza. Entonces, lo solía colgar en la pared del *tokonoma*[14], de aproximadamente un metro de ancho, y lo contemplaba durante horas. Cuanto más lo miraba, más se acrecentaba su sensación de que el dibujo se iba oscureciendo hasta adquirir la forma de una enorme mancha de sangre oscura, rodeada de pequeños fragmentos de color cobrizo ya descolorido. Cuando el anciano se quedaba contemplando esa antigua reliquia china, se olvidaba del mundo que lo rodeaba y le asaltaba el pensamiento de que ya había vivido demasiado. Algunas veces lo contemplaba absorto mientras fumaba un cigarro; otras, mientras bebía té; otras, simplemente lo observaba. Cuando alguno de sus nietos se le acercaba, le preguntaba qué era aquello y hacía ademán de tocarlo, el anciano salía de su ensimismamiento. «¡Eso no se toca!», lo reprendía. Y, con parsimonia, se

13 Ōjakusui. Pintor chino que vivió en el s. XVII.

14 *Tokonoma*. Cubículo rectangular emplazado en las habitaciones tradicionales japonesas que se suele decorar con rollos desplegables o arreglos florales.

ponía de pie y comenzaba a enrollar el pergamino. Casi automáticamente, el niño le pedía un caramelo. «Te compraré caramelos, pero tienes que portarte bien», le advertía mientras acababa de enrollar tranquilamente la pintura, la guardaba en la caja de paulonia y la volvía a meter en el armario. A continuación, salía a pasear y, en el camino de vuelta, pasaba por la tienda de golosinas del barrio para comprar dos bolsas de caramelos de menta. «Miren, traigo caramelos». Y se los daba a los niños. Su hijo se casó bastante tarde, así que los niños solo tenían cuatro y seis años.

Al día siguiente de haber comentado con su hijo el asunto del rollo, el anciano envolvió la caja de paulonia en un fardo y salió de casa temprano. A eso de las cuatro volvió a casa con la caja y la pintura intactos. Los niños salieron a recibirlo para pedirle los caramelos de rigor, pero esta vez el anciano entró en el comedor sin decir nada, extrajo el rollo de la caja, lo colgó en la pared y volvió a contemplarlo, completamente obnubilado. Los propietarios de las cuatro o cinco tiendas de segunda mano por las que había pasado se habían excusado diciendo que la obra no tenía sello o que el dibujo estaba muy desgastado, y en ningún caso le habían ofrecido la

suma que el anciano esperaba obtener por su preciado rollo.

Su hijo sostenía que las tiendas de segunda mano eran todas un engaño, y lo cierto es que el anciano opinaba lo mismo. Dos semanas más tarde, Daitō volvió a salir con la caja de paulonia para mostrarle el rollo a un amigo del jefe de su hijo, pero de nuevo volvió a casa con el pergamino y sin caramelos. En cuanto llegó su hijo del trabajo, Daitō le reclamó, mirándole de forma extraña, que por qué narices tenía que venderle el rollo a un hombre que no sabía apreciar lo bueno y que tenía la casa atestada de falsificaciones. El hijo se limitó a esbozar una amarga sonrisa.

A principios de febrero se presentó una oportunidad única: el anciano pudo venderle el rollo a un diletante. Tras la venta, se dirigió rápidamente a *Yanaka* y allí encargó una magnífica lápida para la tumba de su esposa. El resto del dinero lo guardó en su cuenta de ahorros. Al cabo de cinco días salió de paseo, como siempre, pero volvió dos horas más tarde que de costumbre. En aquella ocasión llevaba una enorme bolsa de caramelos en cada mano. Aquel día, su preocupación por el rollo le había

llevado a visitar la casa de su nuevo propietario, que le convidó a pasar a la sala donde lo tenía colgado. Era una habitación tranquila, de cuatro tatamis, y frente al rollo había emplazado un jarrón con unas flores amarillas de pétalos finísimos y traslúcidos. El propietario lo invitó también a tomar el té. Tras concluir el relato, le dijo a su hijo que podía ser que el rollo hubiera pasado a mejores manos, a lo que el hijo respondió con un lacónico: «Puede ser». Los niños pasaron tres días enteros engullendo caramelos.

EL DÍA DE LA FUNDACIÓN NACIONAL

Era una habitación orientada al sur, y la luz bañaba la espalda de los treinta niños de pelo negro que había en la clase. Todos miraban fijamente la pizarra en el momento en que el profesor entró desde el corredor. Era este un hombre bajo y delgado de ojos grandes y barba desordenada que le crecía desde el mentón a las mejillas y le hacía parecer un abuelo. Los ásperos pelos de la barba le rozaban el cuello de un kimono sucio y enmohecido. Su kimono, su barba descuidada y el hecho de que no les hubiera reñido nunca no le ganaba al buen profesor el respeto de sus alumnos.

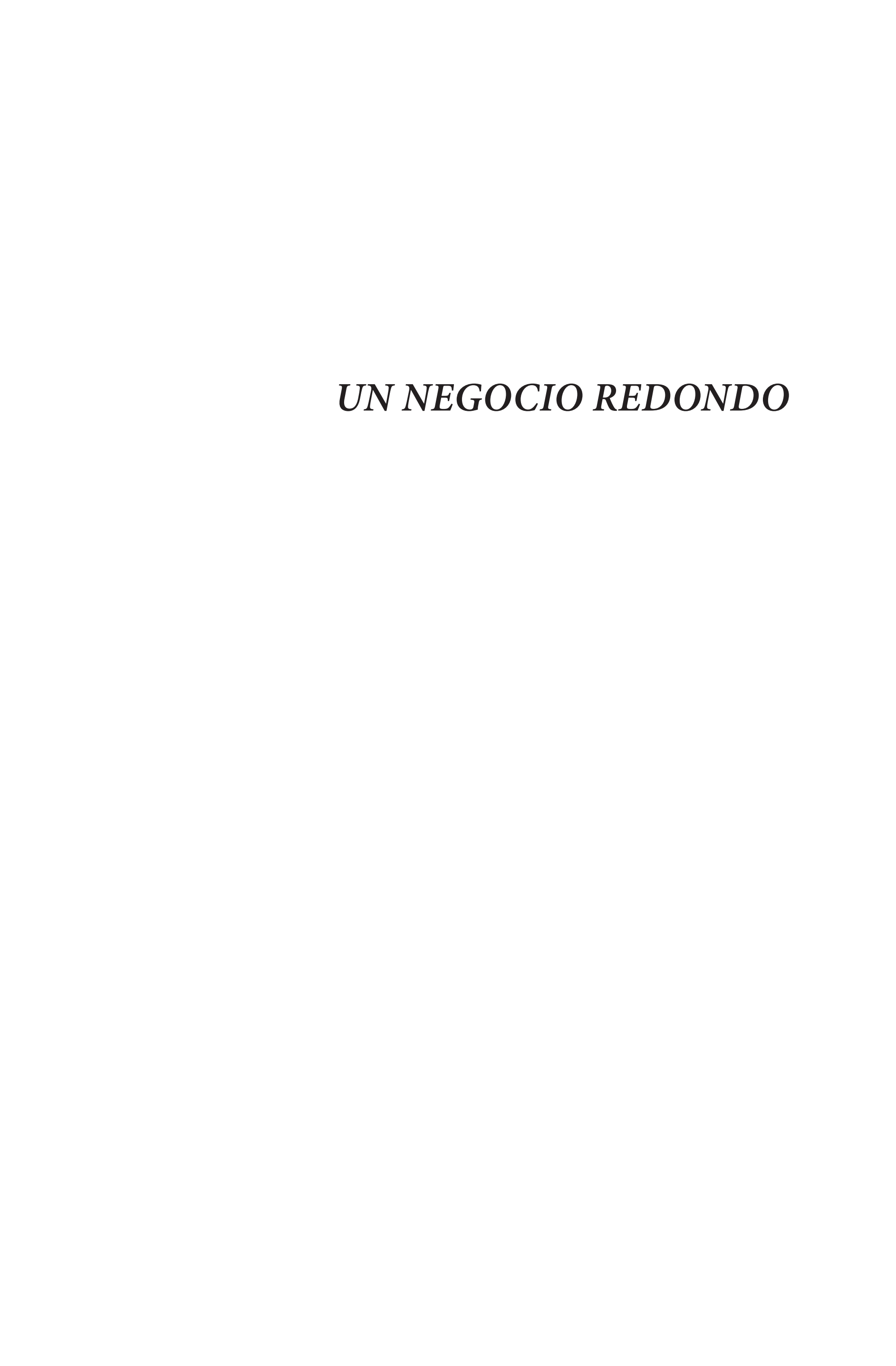
Finalmente, el maestro cogió la tiza y escribió en letras grandes en la pizarra «*Kigensetsu*», que significa «Día de la Fundación Nacional». Los niños se inclinaron sobre el escritorio y empezaron a escribir una redacción sobre el tema. El profesor comenzó a pasear por entre las filas de alumnos estirando el cuello, pero pronto volvió a salir al corredor. Uno de los niños, el del centro de la tercera fila empezando por detrás, aprovechó su ausencia para levantarse. Se aproximó a la mesa del profesor, cogió la tiza que este había utilizado, tachó el «ki» de la palabra escrita en la pizarra y escribió al lado, bien marcado, un carácter distinto que también podía leerse «ki». Sus

compañeros se quedaron tan atónitos que a ninguno se le pasó por la cabeza reírse. El niño volvió a su pupitre y, al cabo de un rato, el profesor entró de nuevo en la clase. Al darse cuenta del cambio en la pizarra, quiso señalar:

—Veo que alguien ha corregido el «ki» de la pizarra, pero que conste que ambas escrituras son correctas.

Acto seguido, retomó sus paseos. Todos guardaron silencio.

El niño que corrigió aquel carácter de la pizarra fui yo. Al recordar el suceso hoy día, en el año cuarenta y dos de la era Meiji, no puedo evitar pensar que fue una estupidez. A veces pienso que hubiera sido mejor haber tenido delante en ese momento al aterrador director del colegio en vez de al desvalido profesor Fukuda.



UN NEGOCIO REDONDO

—De ese sitio salen buenas castañas, ¡se lo digo yo! Cuatro *shō*[15] a un yen, precio de mercado, oiga. Las traes para acá y vendes cada *shō* a un yen con cincuenta sen. Pues estaba yendo para allá cuando me llega un pedido de mil ochocientos sacos, nada menos. ¡Figúrese que si la cosa iba bien me podía sacar más de dos yenes por cada *shō*! Así que, nada, me faltó tiempo. Llené mil ochocientos sacos, y para Yokohama con ellos. A todo esto, el encargo era de unos chinos que se los iban a llevar en barco. Total, que cuando llego sale un chino que me dice que todo en orden y, claro, di el negocio por finiquitado. Pero, entonces, llegaron con un pedazo de barril de unos dos metros de alto, lo dejaron delante del almacén y empezaron a llenarlo de agua. Ni idea de por qué narices hacían eso. Y, ¡ojo!, que era grande el bicho, ¿eh? Tela para llenar eso de agua: ¡les llevó medio día! Cuando estuvo lleno, me quedé yo mirando el barril, pensando: «Bueno, ¿y ahora qué?», cuando veo que deshacen el nudo de los sacos y empiezan a echar las castañas en el barril. Ya me di cuenta después, ya, de para qué habían hecho eso. ¡Tela con los chinos, eh! No hay quien los pille. Resulta que las castañas buenas, por lo general, se hunden y las que tienen bichos, flotan. ¿Pues

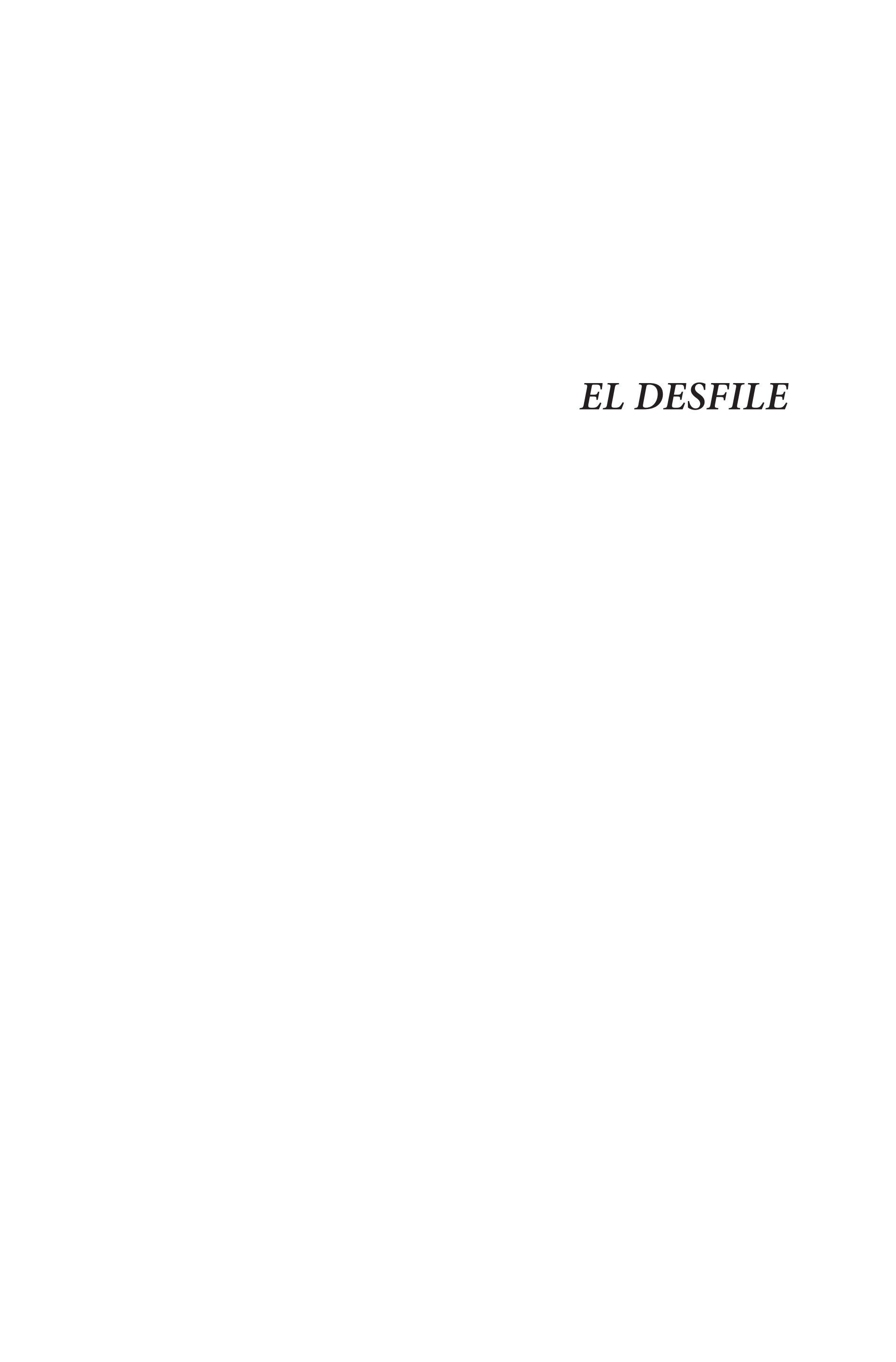
15 *Shō*. Unidad de volumen equivalente a 1,8 litros.

no viene un chino y empieza a recoger las que flotan con un colador? Y las que sacaba las iba restando del peso original de los sacos. Y ya me ves a mi mirando la escenita con un tembleque… Pues nada, el setenta por ciento de las castañas llenas de bichos. ¡Vaya un negocio! ¡Iba a perder lo que no está escrito! ¿Y qué hice yo con las castañas agusanadas? Comérmelas, no, desde luego. Pues con el cabreo que llevaba… las dejé allí tiradas y me fui por donde había venido. No vi qué hicieron después, pero, tratándose de los chinos estos, me pondrían cara de «pues muy bien», volverían a meter las castañas podridas en un saco y se las llevarían a su país también, fijo.

«Otra vez compré camotes. Los vendía a cuatro yenes el saco, y me llegó un pedido de dos mil sacos. ¿Sí? ¿Qué pasa? Que el pedido me llegó a mediados de mes, el día catorce, y querían los sacos para el veinticinco. ¿Cómo iba a tener yo listos dos mil sacos en tan poco tiempo? Nada, que era imposible. Y no me quedó otra que rechazar el pedido. Una lástima, todo sea dicho, pero en fin… A todo esto, se puso en contacto conmigo el mandamás de la compañía y me dijo que, aunque en el contrato estuviera estipulado que la entrega era el veinticinco, no hacía falta que lo siguiera a pies juntillas: que, aunque me retrasara,

no pasaría ni media. Tanto insistió el hombre que acabé cediendo. ¿Cómo? No, no, déjese de Chinas: las batatas iban para Estados Unidos. Pues sí, también habrá por ahí gente que coma camotes, digo yo. Quién lo diría, ¿eh? Y, claro, pues me puse enseguida a comprar camotes por las regiones de Saitama y Kawagoe. ¡No vea! Las pasé canutas para llenar dos mil sacos. Como sea, la cosa es que por fin reuní los dos mil sacos, como se había pactado, y me presenté con ellos el día veintiocho. Pues va el caradura y me suelta que, según una de las cláusulas del contrato, si me retrasaba excesivamente en la entrega del pedido, ¡tendría que pagarles una indemnización de ocho mil yenes! Y el sinvergüenza acogiéndose a la cláusula esa y diciendo que no, que no me pagaba ni un yen. A ver, el anticipo de cuatro mil yenes sí que lo había cobrado, pero… Para colmo, mientras yo hablaba con el tipejo, el resto del personal había ido cargando los camotes en el barco, así que ya no pude hacer nada. ¡No se hace una idea del cabreo que llevaba encima! Al final, pagué una fianza de mil yenes para solicitar la retención de la carga del barco y quedarme al menos con los tubérculos. Pero, cuando yo iba, ellos ya venían, los muy ladinos. Resulta que habían dejado pagado un depósito de ocho mil yenes por adelantado para que el barco pudiera zarpar

enseguida. Conque esas teníamos… ¡A juicio que los llevé!, pero un contrato es un contrato, y yo ya veía que no había remedio: iba a perder. ¡Si hasta me puse a llorar delante del juez! Entiéndame. Me había quedado sin camotes, iba a perder el juicio... ¡Por Dios, qué sinsentido era ese! Le pedí que hiciera el favor de mirar un poco por mí… El juez ponía cara de compadecerme, pero la ley es la ley y las cosas son como son. Y, al final, lo que le digo: ¡perdí el juicio!»



EL DESFILE

Distraído, levanto la vista del escritorio y miro hacia la entrada. La puerta de mi estudio se ha quedado entreabierta y puedo ver medio metro del pasillo de fuera. Al otro lado hay una barandilla de manufactura china con una cristalera superpuesta. Del cielo azul caen rayos de sol que pasan rozando en diagonal los aleros del tejado, atraviesan la cristalera e iluminan el corredor exterior de manera que la cálida luz llega hasta la puerta de mi estudio. Me quedo un momento mirando el punto en que los rayos inciden con más vigor, y siento que una brisa cálida atraviesa mis pupilas al tiempo que mi corazón se llena de primavera.

Entonces, en el escaso medio metro de pasillo que vislumbro a través de la puerta entreabierta, aparece una figura no más alta que la barandilla ocupando el espacio hasta ahora vacío. Lleva un lazo rojo alrededor de la frente con un brocado de motivos arabescos blancos ribeteado con lo que diría que son flores y hojas de manzano. En contraste con el oscuro cabello, los capullos asemejan enormes gotas de agua de color carmesí pálido. La figura hunde disgustada la barbilla en el pliegue del cuello del kimono de color púrpura, que cae en cascada hasta el suelo formando olas de tela. No le veo ni las mangas ni

las manos ni los pies. La sombra se desliza bajo los rayos del sol y pasa de largo como una exhalación. Pero el desfile acaba de empezar...

La segunda figura es algo más baja. Va cubierta desde la coronilla hasta los hombros con una tela gruesa de un vívido color rojo. A la espalda lleva otro atuendo con un estampado de hojas de bambú dispuestas en diagonal. En el centro de la espalda hay una sola hoja dibujada: una mancha verde que destaca visiblemente sobre un fondo de color carbón apagado. Es una hoja de dimensiones considerables. De hecho, es más grande que los pies de la figura bajita que la luce, la cual da tres pasos discretos hasta desaparecer por el borde de la puerta sin hacer el menor ruido.

La tercera también lleva la cabeza cubierta con una capucha a cuadros azules y blancos, y su cabecita asoma por debajo dejando a la vista el perfil de una cara redonda. Tiene las mejillas encendidas, del color de las manzanas maduras. En su perfil solo distingo el final de una ceja de color castaño oscuro que se curva hacia abajo. De no se sabe dónde emerge una naricilla redonda que sobresale somera, situada un poco por encima de las mejillas. La

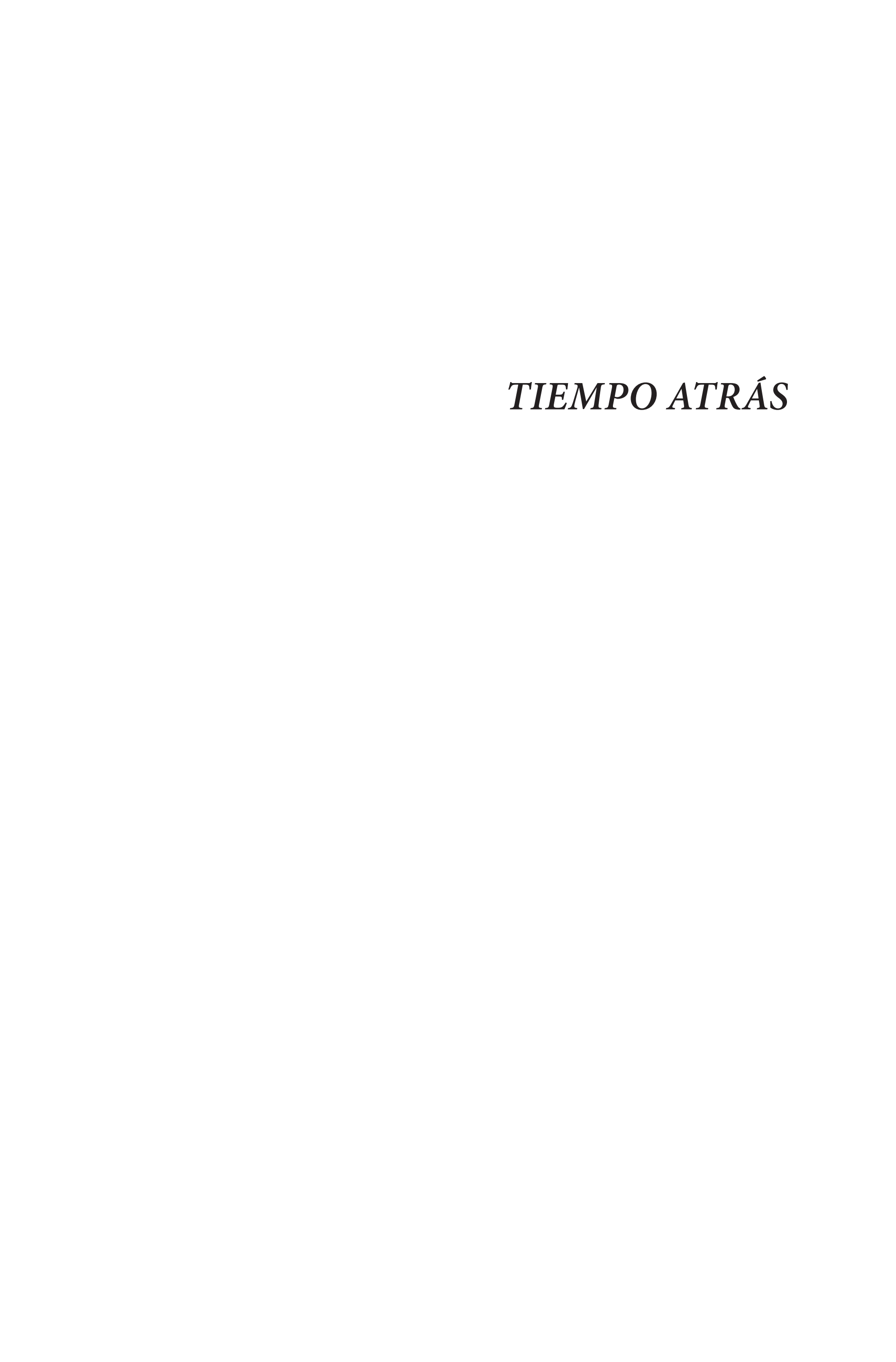
figura va envuelta, de cuello para abajo, en un kimono de rayas amarillas. Las mangas son tan largas que va arrastrando más de diez centímetros de tela por el suelo, que golpea a cada paso con una vara de bambú negro más alta que ella. La punta de la vara la corona un tupido penacho de plumas que brilla majestuoso a la luz del sol. Me parece ver un destello dorado al final de una de las mangas a rayas amarillas, pero en un suspiro la figura sale de mi campo de visión.

Justo después, aparece un rostro blanquísimo, sereno y quieto como un muro. El blanco le tiñe la frente y las enjutas mejillas y le perfila la mandíbula. Las pupilas son el único resquicio de vida en su expresión. Sus labios, cubiertos con varias capas de carmín, reflejan destellos azulados. El ropaje que lleva es del color gris de las palomas a la altura del pecho y, antes de dirigir la mirada hacia los bajos del kimono, me doy cuenta de que la figura abraza un violín entre sus brazos y porta con suma elegancia, a mi parecer, un arco larguísimo. Avanza dos pasos más y desaparece, no sin antes mostrarme la espalda, en cuyo centro hay un pedazo de tela cuadrado de satén negro con un bordado de hilos dorados que centellean a la luz del sol.

La última figura es diminuta. Parece que vaya a escurrirse en cualquier momento por entre los travesaños de la barandilla. No obstante, cruza el pasillo con altivez. Tiene la cabeza especialmente grande y se la ha ataviado con una corona de cinco colores. El pico del centro de la corona sobresale por encima del resto. Lleva un kimono de mangas ajustadas con un diseño a cuadros y un chal de terciopelo gris claro con borlas que le llega hasta más abajo de la cintura, formando pico. Va calzada con unos calcetines rojos. El abanico coreano que sostiene entre las manos es casi la mitad de grande que ella. En el abanico hay dibujado un remolino de tres comas de color rojo, azul y amarillo.

El desfile ha finalizado. Ahora, a través del resquicio de la puerta no veo más que un vacío henchido de rayos de sol que llegan a la puerta de mi estudio. Cuando la soledad del corredor exterior, de poco más de un metro de ancho, empieza a hacerse patente, llega a mis oídos, procedente de la esquina opuesta, el son de las cuerdas de un violín al que, de repente, se une el canto de un niño.

Mis hijos han vuelto a hacer de las suyas con la ropa de su madre.



TIEMPO ATRÁS

Era otoño en el valle de *Pitlochry*. El sol de octubre confería a los campos y bosques de la zona una tonalidad cálida. Los habitantes del valle se iban despertando. Los rayos de sol caldeaban el aire en su camino hacia la tierra sin llegar a tocarla del todo. No se escabullían tampoco por entre las montañas: caían sobre el pueblo directamente y restaban allí, inmóviles, hasta que se formaba la neblina. Mientras tanto, el color de los campos y los bosques mudaba por momentos. El valle entero recuperó el aspecto del pasado, como un sabor agrio que en cuestión de segundos se endulza en la boca. El valle de *Pitlochry* retrocedía cien, doscientos años en el tiempo y envejecía con total naturalidad. Los habitantes alzaban la vista para ver las nubes, a veces blancas y a veces grises, surcar el cielo hacia el otro lado de la montaña. En ocasiones, las nubes eran tan endebles que no podían ocultar las montañas que se alzaban tras ellas. Pero siempre parecían pertenecer a una era ya pasada.

La casa donde yo me encontraba estaba situada en lo alto de una pequeña colina: el emplazamiento perfecto para contemplar las nubes y el valle. El sol iluminaba la pared sur. Hacía años que no veía brillar así el sol en pleno octubre. En la parte oeste apenas si había atisbos

de vegetación. Casi todo presentaba un gris macilento, a excepción de un único rosal atrapado entre la fría pared y los cálidos rayos de sol. Los espléndidos y abundantes pétalos color marfil de las rosas se expandían como olas desde sus cálices. Los rayos del sol absorbían su aroma y, solo con que me alejara unos metros, el olor desaparecía por completo. Situado, pues, a unos cuantos pasos del rosal, miré la parte superior del mismo. Las rosas habían trepado un buen trecho por la pared gris, si bien esta parecía no tener fin porque, al llegar a la altura del techo de la casa, proseguía su ascenso en forma de torre y el sol se filtraba entre la niebla, alumbrándola.

A mis pies, la colina descendía hasta el valle de *Pitlochry*. Desde allí hasta donde alcanzaba la vista, todo eran planicies de multitud de colores. Más allá, en la pendiente que subía hasta las montañas del otro lado, había un bosque de abedules de hojas amarillas que se solapaban los unos con los otros creando un juego de luces y sombras. En el centro de ese valle que reverberaba con ecos nítidos de un pasado remoto, serpenteaba un río negro. El color se lo debía a la turba que bajaba desde la parte alta de la corriente. Era como si se hubiera disuelto en el agua para otorgarle al río su aspecto ancestral. Nunca había visto un río igual.

El propietario de la casa se me acercó por detrás. Expuesta al sol de octubre, la barba del propietario se veía blanca casi en su totalidad. Vestía de modo extraño. Llevaba lo que allí se llama *kilt*: una falda escocesa a cuadros de aspecto recio, similar al tejido tosco con el que uno se cubre de rodilla para abajo cuando viaja en *rickshaw*. Es semejante a un *hakama* porque también cae formando pliegues, solo que la tela tiene el bajo a la altura de la rodilla. Las espinillas las llevaba cubiertas con unos gruesos calcetines de lana. Y eso era todo. Las rodillas y los muslos se le adivinaban entre los pliegues de la falda a cada paso que daba. Años ha se llevaban unos *hakama* similares en Japón, cuando el pudor no estaba a la orden del día.

El propietario llevaba colgando un pequeño morral de piel. Por las noches se sentaba en una silla cerca de la hoguera, observaba las llamas y escuchaba su crepitar. Acto seguido, extraía del morral la pipa y el tabaco y se pasaba la noche fumando con parsimonia. En Escocia, a ese morral se le llama *sporran*.

Bajé por el peñasco junto al propietario y proseguimos por una senda algo oscura. Las nubes parecían colarse

entre las hojas de unos abetos que en Escocia se conocen como *Scotch fir*. Las nubes las pasaban rozando, pero las hojas se resistían a caer. Una ardilla ascendió velozmente por un tronco ennegrecido, agitando su larga cola y, casi al instante, vi pasar a una segunda ardilla por otra parte del tronco, en el que abundaba el musgo viejo. Tras barrer la tierra con su cola en forma de brocha, el animalillo desapareció en la negra espesura.

El propietario se volvió hacia mí al tiempo que señalaba el luminoso valle de *Pitlochry*, por cuyo centro discurría el río negro. Me dijo que a unos seis kilómetros de distancia río arriba estaba el desfiladero de *Killiecrankie*. Parece ser que cuando tuvo lugar la batalla del desfiladero de *Killiecrankie*, que enfrentó a los habitantes de las Tierras Bajas y de las Tierras Altas, los cadáveres que cayeron al río quedaron atorados en las rocas y sus cuerpos acabaron formando una presa natural que impedía la afluencia del agua. Así, durante tres días, el agua del río descendió roja hasta el valle de *Pitlochry*, teñida por la sangre de los caídos de ambos frentes.

En ese momento, decidí que a la mañana siguiente me levantaría al alba para ir a *Killiecrankie* a visitar aquel

campo de batalla ancestral. Cuando dejé atrás el peñasco, a mis pies vi esparcidos unos preciosos pétalos de rosa.

LA VOZ

Hacía tres días que Toyosaburō se había mudado a esa pensión. El día de su llegada el cielo empezaba a oscurecer. El joven entró en su habitación y se afanó en desempaquetar sus cosas y colocar los libros: una inquieta sombra en la noche. Luego, fue a los baños públicos del barrio y, de regreso, se acostó. Al día siguiente, después de las clases se sentó a la mesa de su escritorio e intentó enfrascarse en la lectura de un libro. No obstante, debido quizá al repentino cambio de aires, le costó horrores concentrarse. De fuera llegaba el molesto ruido de un serrucho.

Toyosaburō, sentado y sin cambiar de posición, abrió la puerta corredera de papel. Justo frente a él, el jardinero podaba diligente las ramas de un árbol parasol chino. Cortaba sin titubeos las ramas más largas y dejaba al descubierto el vistoso color blanquecino de la zona sesgada a medida que dejaba caer la broza al suelo. El cielo, como si hubiera venido a visitarle desde lejos hasta su ventana, se expandía imponente ante sus ojos. Toyosaburō, sentado en la mesa con la barbilla apoyada en la mano, contemplaba con mirada serena aquel distante cielo de otoño.

La visión del firmamento hizo que el corazón de Toyosaburō diera un vuelco y, solo cuando volvió a serenarse, le asaltó el recuerdo de su tierra natal: apenas un minúsculo punto en su memoria. Un punto distante y lejano que, sin embargo, veía con mucha claridad, como si estuviera sobre su escritorio.

Al pie de la montaña del pueblo donde vivía había emplazadas varias casas con la techumbre de paja. La suya estaba a unos doscientos metros, en lo alto de una pendiente. Recordaba haber avistado desde allí a un caballo cruzando un jardín. El jinete dejaba atada a la montura un ramillete de crisantemos tocaba las campanillas del caballo y entraba en su casa, ocultándose tras las paredes blancas. Hacía un sol de justicia. La montaña de atrás, completamente oculta por la frondosa maraña de pinos que la poblaba, parecía brillar con luz propia. Era la estación de las setas y Toyosaburō aspiraba el aroma de las que acababa de recolectar. En ese momento, oyó la voz de su madre llamándolo: «¡Toyo, Toyo!». Su voz parecía proceder de tan lejos y, sin embargo, la sentía tan cerca… Su madre había muerto cinco años atrás.

Con un sobresalto, Toyosaburō volvió en sí y trató de fijar la mirada de nuevo en el parasol chino. Las ramas

siempre se podaban por el mismo sitio y en la bifurcación que formaba la base había crecido una especie de protuberancia bulbosa que parecía contener a presión la energía del árbol. De repente, Toyosaburō sintió que una fuerza invisible lo compelía a volver la vista al escritorio. Apartó la mirada del parasol chino y oteó más allá de la cerca, donde había tres o cuatro casas desvencijadas. Ante una de ellas habían sacado a airear al viento de otoño, sin ningún pudor, un futón al que se le salía el relleno de algodón por los descosidos. Al lado, una mujer de cincuenta y pico años miraba con detenimiento el parasol chino.

Llevaba un *obi* estrecho que se había ceñido con una sola vuelta encima de un kimono a rayas ya descolorido. Lucía los exiguos cabellos enroscados alrededor de una peineta a modo de moño y observaba, de pie e inmóvil, el entramado de ramas que formaba la copa del árbol. Toyosaburō escrutó el rostro de la anciana. Tenía la cara pálida y redondeada. La mujer volvió sus rasgados ojillos refulgentes, que asomaban por entre unos párpados hinchados, hacia Toyosaburō que, automáticamente, bajó la vista a su escritorio.

Al tercer día, Toyosaburō fue a una florería y compró unos crisantemos. En principio, quería comprar unos que se asemejaran a los que crecían en los campos de su tierra, pero no hubo suerte. Por lo tanto, no le quedó más remedio que conformarse con unos normales y corrientes. Escogió tres crisantemos que el florista ató con un cordel de paja y, al llegar a la pensión, Toyosaburō metió las flores en un florero con forma de botella de sake. A continuación, extrajo un pequeño rollo del fondo de un baúl de mimbre y lo colgó en la pared. Se trataba de una pintura de Hoashi Banri[16]. Lo había comprado en su pueblo para utilizarlo expresamente como adorno. Toyosaburō se sentó, pues, sobre el cojín y posó la mirada en el rollo y las flores. En ese momento, de una de las casas que había al otro lado de la valla se oyó una voz que exclamaba: «¡Toyo, Toyo!». El tono y la cadencia de aquella voz no se diferenciaban en nada a los de la madre que una vez tuvo, allá en su añorada tierra natal. Toyosaburō abrió con premura la ventana corredera, y ahí estaba la anciana de rostro blanquecino del día anterior. Los rayos del sol de otoño se cernían sobre su frente despejada. Llamaba con señas a un mocito de doce o trece años. En

16 Hoashi Banri (1778-1852). Erudito japonés especialmente conocido por sus estudios de astronomía.

ese instante, se oyó un ruido brusco y la anciana dirigió sus hinchados párpados hacia Toyosaburō.

EL DINERO

Leer el apartado de sociedad del periódico me había dejado muy mal cuerpo. ¡Vaya dramones! Había sido como tragarse cinco o seis novelas seguidas, con la particularidad de que las que acababa de leer llevaban imágenes incorporadas. A la hora de comer, las penurias de la vida se fueron aposentando junto con los alimentos en el fondo del estómago y, del empacho, empecé a sentir un dolor insufrible. Es por eso que me calé el sombrero y decidí hacerle una visita a Kūkokushi. Kūkokushi era la persona idónea con la que podía hablar en momentos como aquel. Era un hombre extraño que gustaba de hacer predicciones y caía con facilidad en disertaciones filosóficas. Sostenía que en el espacio exterior se producen infinidad de incendios que superan el tamaño de la Tierra, pero deben pasar cien años para que nuestros ojos sean capaces de captar alguno. Comparado con tamaños incendios, el que se había originado en el barrio de *Kanda* le parecía una broma. Pero hablar a la ligera es fácil cuando el siniestro no se ha producido a la puerta de tu casa.

Kūkokushi estaba arrimado a un pequeño brasero cuadrado dibujando algo en las cenizas con unas varillas de latón. «¿Qué, compañero? —le dije—. Inmerso en tus

reflexiones, como siempre, ¿eh?». Kūkokushi, con cara de cansancio, me dijo que le estaba dando vueltas al tema del dinero. No había ido a visitarle para romperme los cascos yo también con el dichoso dinero, así que permanecí en silencio. A continuación, como si hubiera hecho el descubrimiento del siglo, afirmó:

—El dinero es el mismísimo diablo, ¿eh?

Era un cliché como la copa de un pino, así que me limité a asentir con desgana. Kūkokushi dibujó en las cenizas un gran círculo, golpeó el centro del mismo con las varillas y me pidió que imaginara que aquel círculo era el dinero.

—Esto que ves puede convertirse en cualquier cosa. En ropa o en comida. Incluso puede transformarse en un viaje en tren o en una casa.

—Menuda novedad, ¡eso lo sabe todo el mundo!

—No lo saben todo. Este círculo… —comenzó, dibujando un círculo más grande—… este círculo representa a las personas. Personas que pueden ser buenas o malas. Personas que pueden ir a parar al cielo

o al infierno. Es un círculo demasiado permisivo. Esta sociedad no ha evolucionado lo suficiente como para permitirse semejante amplitud de miras. Es evidente que la humanidad necesita evolucionar un poco más para aprender a ponerle límites al dinero.

—¿Cómo?

—Hay muchas maneras de hacerlo… se podría, por ejemplo, dividir el dinero en cinco categorías clasificadas por colores. Habría dinero rojo, dinero azul, dinero blanco, etc.

—¿Qué sentido tiene hacer algo así?

—¿Que qué sentido tiene? Pues, verás, el dinero rojo solo fluctuaría por las zonas rojas y el dinero blanco solo se podría utilizar en las zonas blancas. Tratar de utilizar el dinero fuera de su correspondiente zona sería como tratar de darle uso a una teja rota. Esa es una manera de ponerle límites al dinero.

Si esa fuera la primera vez que hablara con él, seguramente hubiera concluido que al buen hombre le faltaba un tornillo. Sin embargo, Kūkokushi era un ser

capaz de imaginar incendios más grandes que el planeta, así que me serené y traté de seguir sus elucubraciones. Prosiguió:

—En cierto modo, el dinero es un símbolo del esfuerzo, del trabajo. Sin embargo, dinero y trabajo no son para nada lo mismo. Tratar de hacer que el trabajo equivalga a dinero para después usar este último como moneda de cambio es un craso error. Te pondré un ejemplo: imagina que extraigo diez mil toneladas de carbón y ese trabajo, que no deja de ser un esfuerzo físico, me lo pagan con dinero. ¿No crees que la moneda de pago debería ser un esfuerzo físico equivalente? En el momento en que el trabajo se convierte en dinero nos convertimos en dioses todopoderosos, libres de hacer lo que queramos. En consecuencia, la conversión de ese esfuerzo físico en dinero deriva en un esfuerzo diferente, un esfuerzo mental: un dilema moral. En este sentido, el libre albedrío lleva a nuestro espíritu a la confusión más absoluta. ¡El dinero es una monstruosidad! Por eso deberíamos clasificarlo en colores, para que el mundo comprenda realmente lo que comporta.

Le di la razón. Pasados unos segundos me atreví a preguntarle:

—Que el trabajo y el esfuerzo físico de una persona derive en un problema ético no está bien, pero tampoco está bien obligarles a cambiar nada, ¿no?

—Bueno, no. Pero ¿qué vamos a hacer, si no? Al fin y al cabo, el poder omnisciente del dinero ha hecho que hasta los dioses se postren a los pies de los hombres. Estos dioses de hoy en día son unos salvajes, ¡¿a quién se le ocurre?!

Y, al dar por concluida aquella charla sobre dinero por la que no hubiera pagado ni un yen, volví a casa.


EL ALMA

Después de bañarme, pongo a secar la toalla en la barandilla del segundo piso. Desde allí echo un vistazo a la ciudad sumergida en la luz del sol de primavera y veo pasar tras la valla a un fabricante de sandalias de madera que se cubre la cabeza con una capucha y luce una barba blanca e incipiente. Lleva atado a la pértiga que acarrea sobre los hombros un tambor viejo que va tocando con una espátula de bambú. Produce un sonido punzante, pero grato al mismo tiempo. Como un recuerdo. El anciano se para ante la puerta de la consulta médica y el sonido seco de su tambor reverbera en el aire vernal. No se percata del pajarillo que sale volando de un albaricoquero de blancas flores situado justo encima de su cabeza. El fabricante de sandalias bordea la valla de bambú verde y continúa avanzando hasta perderse de vista. El pájaro bate con fuerza las alas y sale disparado hasta el granado que hay plantado bajo la barandilla. Permanece un rato posado sobre una de las ramas más largas, pero no debe de haberse afianzado bien porque, tras cambiar de posición dos o tres veces, mira de súbito hacia el antepecho sobre el que estoy yo apoyado y levanta el vuelo. La rama todavía tiembla cuando el pajarillo posa sus patitas sobre uno de los travesaños de la barandilla.

Nunca he visto un pájaro como este, así que no sabría decir de qué especie se trata, pero la tonalidad de su plumaje me conmueve hasta lo más hondo. Tiene las alas finas y delicadas de un ruiseñor, y el pecho, del color del ladrillo ennegrecido, se ve tan blandito que me da la sensación de que la más leve ráfaga de viento se lo llevará. Pero no: permanece estático ante la brisa, con las plumas del pecho agitadas. Sería un pecado espantarlo, así que me quedo quieto, apoyado pacientemente en la barandilla, sin mover ni un solo dedo. Contra todo pronóstico, el pajarillo no aparenta estar inquieto, en absoluto. Quizá por eso me atrevo a echar el cuerpo hacia atrás levemente. En ese preciso momento, el ave alza el vuelo y aterriza justo ante mis ojos. No nos separan más de treinta centímetros. Casi inconscientemente extiendo la mano derecha hacia el pájaro, que se encomienda al destino y salta tranquilamente a mis dedos y me confía sus suaves alas, sus frágiles patitas, su débil cuerpecillo. Me quedo absorto en la redondez de su cabecilla y se me ocurre que este pájaro… este pájaro... Pero soy incapaz de terminar la frase. El final de la misma se esconde en el fondo de mi alma, agazapado entre sombras difusas. Si solo pudiera, con una especie de fuerza misteriosa, sacar a la luz lo que hay en el fondo de mi alma y contemplarlo

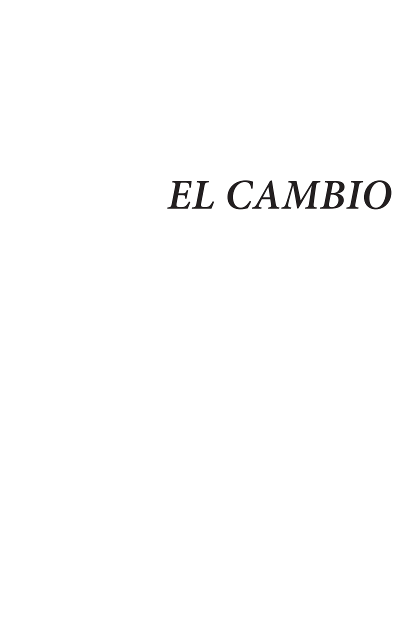
con total claridad… si pudiera hacer algo así, sé que ese algo tendría la forma y el color del avecilla que reposa aquí, ahora mismo, sobre mis dedos. Me apresuro a meter el pájaro en una jaula y me quedo observándolo hasta que el sol de primavera se hunde en el horizonte, sin dejar de preguntarme qué pensará el animalillo de mí.

Al cabo de un rato, salgo a dar un paseo. Estoy de buen humor, así que empiezo a callejear sin rumbo fijo hasta llegar a una zona bastante concurrida. Avanzo esquivando a la multitud, ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda, topándome con un desconocido detrás de otro. Las calles rezuman animación y alborozo. Lo cierto es que no sabría decir si me siento cómodo o no en contacto con un mundo tan sumamente bullicioso. A bote pronto, diría que me siento bien, feliz entre esta marea de desconocidos, pero ninguno de estos rostros dichosos permanece por mucho tiempo en mi memoria. Justo en ese momento, a mis oídos llega el sonido de un golpe seco, como si una campanilla se hubiera caído sobre un montón de tejas. Me doy la vuelta sobresaltado y, a unos diez metros de distancia, descubro a una mujer apostada a la entrada de una calle. No puedo distinguirle

bien ni los ropajes ni el peinado, pues su rostro capta toda mi atención. El conjunto de sus facciones, los ojos, la boca, la nariz… son difíciles de describir. No. No solo los ojos, la boca y la nariz; también las cejas y la frente. Toda su faz parece haber sido cincelada únicamente para mí. Es un rostro que me ha estado esperando en este lugar desde hace tiempo, quizá cien años. Es un rostro que me acompañará por siempre a donde quiera que vaya. Es un rostro que habla en silencio. La mujer se da la vuelta sin mediar palabra. Lo que imaginaba que era una calle pequeña resulta ser un callejón estrecho y angosto. Tan oscuro y reducido es que mi resolución es lo único que me impide dar media vuelta. Sin embargo, la mujer lo recorre tranquilamente en silencio. En absoluto silencio. Sé que me está pidiendo que la siga. Encojo el cuerpo y me adentro en el callejón tras ella.

La cortinilla negra de una tienda, con el nombre estampado en caracteres blancos, se agita con la brisa. Al lado de la cortina, a la altura de mi cabeza, cuelga un farolillo en cuyo centro han pintado un pino con tres copas superpuestas y, debajo, está escrita la palabra «raíz». Al lado del farolillo hay una vitrina que contiene un montón de galletas de arroz ligeramente tostadas. Al

lado de la vitrina, colgando de la pared bajo los aleros del tejado, se alinean cinco o seis cuadros que enmarcan un retal de tela de algodón. Puedo ver también frascos de perfume. El callejón acaba unos metros más allá, bloqueado por las gruesas paredes de un almacén, negro como la pez. La mujer se detiene a escasos centímetros del edificio. Entonces, de repente, se vuelve hacia mí. Y, con la misma rapidez, tuerce a la derecha. En ese instante, mi mente experimenta un cambio repentino. Puedo sentir lo que ha sentido el pajarillo de antes. Yo también doblo a la derecha, siguiendo a la mujer. El callejón que se abre ante mí es más largo y angosto, si cabe, que el anterior y parece no tener fin. Marcho tras ella al paso que dicta su silencioso pensamiento y penetro en aquella calleja estrecha y lóbrega que avanza hacia el infinito. Ahora soy como el pájaro de esta mañana y estoy dispuesto a seguirla a donde vaya.



EL CAMBIO

Nuestros dos escritorios estaban alineados en una pequeña habitación del segundo piso con el suelo cubierto por un tatami que brillaba con destellos oscuros y rojizos. Veinte años después, la imagen de aquel tatami sigue clavada en mi retina. La habitación estaba orientada al norte y, frente a una pequeña ventana de no más de sesenta centímetros de altura, estábamos nosotros: cada uno sentado ante su escritorio, prácticamente hombro con hombro, encogidos por la falta de espacio. Cuando el cuarto se empezaba a hundir en la penumbra, abríamos la ventana ajenos al frío de fuera y, entonces, en la casa que había justo frente a la nuestra, de pie tras una celosía de bambú, se discernía la silueta de una joven cuyo rostro y figura se hacía aún más bello en las noches serenas. En ocasiones me quedaba mirándola embelesado pensando en lo hermosa que era, pero no se lo decía a Nakamura. Y él tampoco mediaba palabra.

Con los años, he olvidado por completo el rostro de aquella mujer. Lo único que recuerdo es que era la hija del carpintero y que vivía en una casa extremadamente humilde. La habitación donde Nakamura y yo dormíamos también estaba en una de las desvencijadas casas alineadas que conformaban el viejo barrio

residencial. Era un internado que no tenía ni tejas en el tejado. En aquel edificio se alojaban unas diez personas en total, incluidos el director y el conserje. Comíamos en un comedor totalmente expuesto al viento en el que ni siquiera nos quitábamos las sandalias para entrar. Los gastos de la comida de un mes se elevaban a dos yenes, si bien aquella bazofia con la que nos alimentaban no los valía. Cada dos días nos daban caldo de ternera, aunque de la ternera solo se veía la grasilla, ¡y ya te podías dar con un canto en los dientes! Bueno, por lo menos conseguías que los palillos se quedaran impregnados del olor de la carne. A menudo los estudiantes se quejaban de que el director no les daba de comer como Dios manda.

Nakamura y yo ejercíamos de profesores en aquel internado. Ganábamos cinco yenes al mes por dos horas de clase al día. Yo enseñaba inglés, geografía y geometría. En las clases de geometría sudaba la gota gorda para lograr que dos líneas convergieran en la pizarra. En una ocasión las tracé bien gruesas encima de un gráfico y, esa vez sí, conseguí que los extremos de ambas líneas se tocaran. ¡Qué gratificante!

Por las mañanas, al levantarnos, Nakamura y yo

cruzábamos el puente *Ryōkoku* en dirección a la escuela preparatoria. La matrícula de la preparatoria costaba veinticinco sen. Cada vez que cobrábamos, esparcíamos nuestros respectivos sueldos de cualquier manera encima de la mesa y, del montón, extraíamos veinticinco sen para la escuela preparatoria, dos yenes para el comedor y algo más para costearnos la entrada a los baños públicos. El resto nos lo guardábamos en los bolsillos y lo gastábamos en irnos a comer unos fideos soba, sushi o pedíamos una sopa dulce de judía roja llamada *shiruko*. Cuando nos quedábamos sin blanca, ninguno de los dos salía de la habitación.

En una ocasión, mientras cruzábamos el puente *Ryōkoku*, Nakamura me preguntó si en esas novelas occidentales que yo leía salían mujeres bellas. Yo le respondí que sí, aunque ahora no recuerdo a qué novelas me refería ni qué aspecto tenían esas mujeres. Nakamura no había leído una novela en su vida.

Cuando Nakamura quedó campeón en una regata, la escuela le concedió una suma de dinero que debía destinar a la compra de libros. Recuerdo que en uno de los libros iba adscrita la dedicatoria y la firma de algún

profesor, en conmemoración de algo. Nakamura me dijo que no necesitaba unos cuantos libros para nada, así que me impelió a que escogiera los que quisiera. Elegí un ensayo de Arnold[17] y *Hamlet*, de Shakespeare, libros ambos que aún conservo. Aquella fue la primera vez que leí *Hamlet* y, la verdad sea dicha, no entendí ni jota.

Tras su graduación, Nakamura partió a Taiwán y ya no nos volvimos a ver hasta que, un día, nos topamos por casualidad en pleno centro de Londres. De eso hace exactamente siete años. Sus facciones no habían cambiado un ápice. Había hecho fortuna, eso sí. Nos fuimos por ahí a callejear y a tomar algo. Ya no era el hombre que preguntaba si en las novelas occidentales salían mujeres bellas. Antes bien, fue él mismo quien me habló de la belleza de las mujeres occidentales.

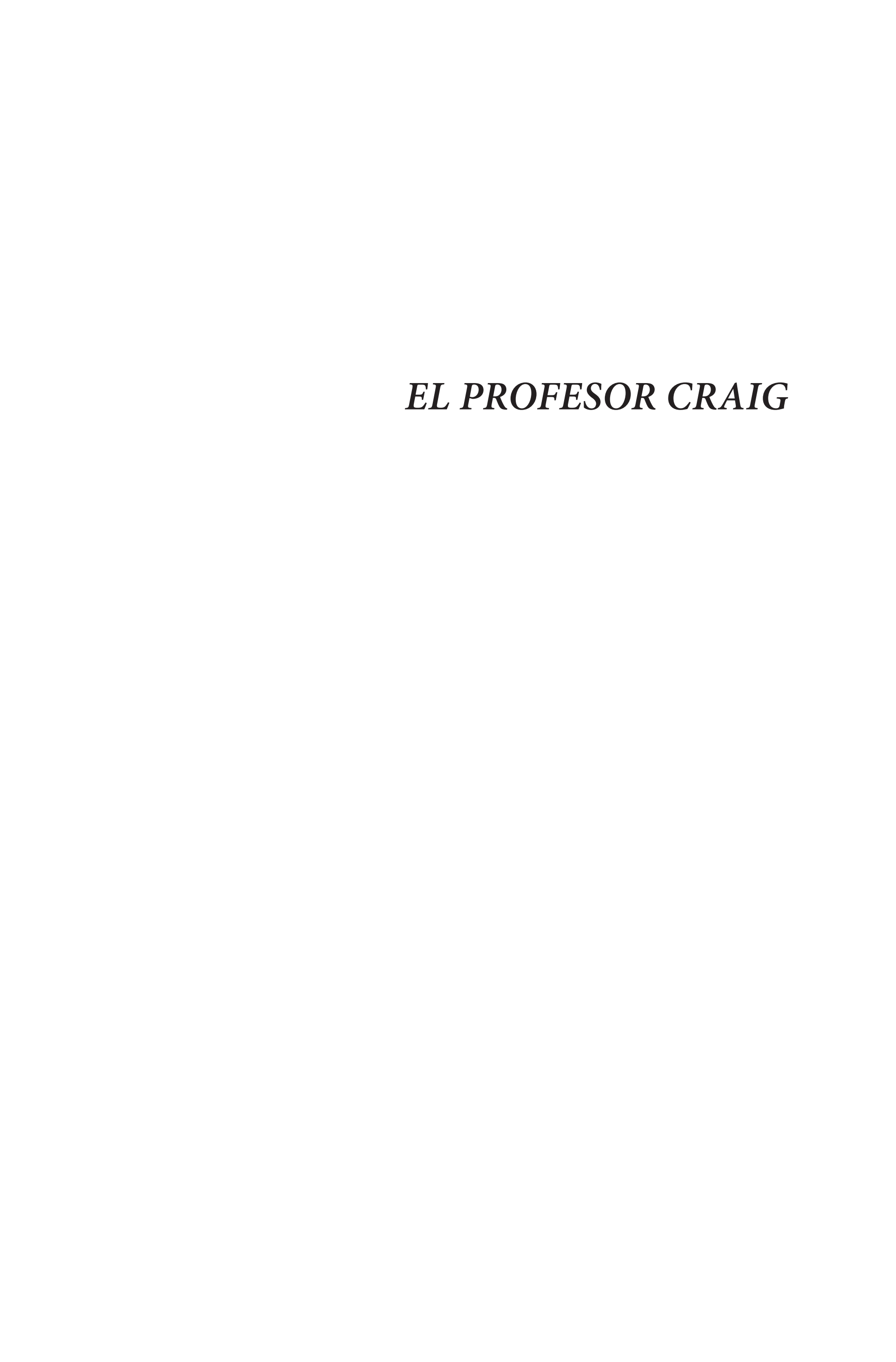
Volví a Japón y los años pasaron. Yo seguía sin noticias suyas hasta que, a finales de este enero, me envió una misiva inesperada a través de un mensajero en la que me decía que quería hablar conmigo, que me reuniera con él en el restaurante *Shinkiraku*, en el barrio de *Tsukiji*, antes de mediodía. Miré el reloj y vi que ya eran más de

17 Matthew Arnold (1822-1888). Poeta y crítico inglés.

las once. Además, aquel día el viento del norte soplaba inusualmente fuerte y no me atreví a salir con esas ráfagas capaces de arrastrar un coche. Para colmo, debía liquidar unos asuntos aquella misma tarde, así que me abstuve de ir y le pedí a mi esposa que lo llamara por teléfono para preguntarle si podía quedar al día siguiente. Así lo hizo y, mientras Nakamura se excusaba diciendo que al día siguiente estaría ocupado con los preparativos de su partida, la llamada se cortó abruptamente. Por más que lo intentamos, no pudimos recuperarla. Mi mujer, con la cara aterida, conjeturó que se habría cortado a causa del viento. Y al final no nos reencontramos.

El Nakamura de entonces se convirtió en el actual presidente de la Compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria[18]. Yo me convertí en escritor. Ignoro qué hace ahora el presidente de la compañía de ferrocarriles. Nakamura tampoco debe de haber leído nunca ni una sola página de mis novelas.

18 Nakamura Yoshikoto (1867-1927).



EL PROFESOR CRAIG

El profesor Craig había anidado, como las golondrinas, en la cuarta planta. Miré hacia lo más alto de la fachada de aquel edificio de piedra, pero ni siquiera alcanzaba a ver la ventana de su cuarto. Empezaban a dolerme un poco los muslos de tanto subir escaleras cuando, finalmente, llegué a la entrada de su casa. Y por entrada no entendamos un portal con un techo ornamental ni nada por el estilo. Se trataba de una puerta negra de medio metro de ancho de cuyo centro colgaba una aldaba de latón. Respiré hondo, así la argolla de la aldaba, llamé a la puerta con firmeza, y alguien me abrió desde dentro.

Era la mujer de siempre. Debía de ser miope, porque utilizaba gafas. Además, siempre parecía sorprendida por algo. Rondaba los cincuenta años. Cualquiera pensaría que era tiempo suficiente para haberse curtido en esta vida, pero la anciana mostraba en todo momento una expresión de sorpresa que parecía indicar lo contrario. Tenía los ojos abiertos como platos, casi me daba pena haber tenido que llamar a la puerta.

En cuanto entré, la mujer desapareció y, a continuación, me dirigí al salón de invitados. La primera vez que entré no sabía que se trataba del salón de invitados.

No estaba decorado de ningún modo en particular. Lo único que había en aquella habitación eran dos ventanas y un montón de libros alineados. El profesor Craig solía esperarme allí. Siempre me saludaba con un efusivo «¡Hola!» y extendía la mano hacia mí. Puesto que se trataba de una norma de conducta, siempre se la estrechaba, pero el profesor nunca me había devuelto el apretón. Yo tampoco me mostraba demasiado efusivo en el saludo, que dijéramos, pero, cada vez que pensaba que podíamos saltarnos los formalismos, el profesor me decía: «¡Hola!», y volvía a extender, como siempre, aquella mano indiferente. Cosas de costumbres.

Aquel hombre de manos peludas y arrugadas era mi profesor particular. En nuestro primer encuentro, cuando le pregunté por sus tarifas, se acercó a la ventana, se quedó mirando hacia afuera y, finalmente, me preguntó qué me parecían siete chelines por clase. Añadió también que si me parecía caro podía rebajármelo un poco. Yo acepté la tarifa y acordamos zanjar los pagos cada fin de mes. Con todo, a veces el profesor me pedía un adelanto: «Escucha, necesito algo de dinero. ¿No te importa que me lo pagues ya?». Entonces, yo asentía, sacaba una moneda de oro del bolsillo y se la entregaba. El profesor la recibía

con un «¡Qué bien, gracias!», se quedaba contemplando la moneda en la palma de su mano y, acto seguido, la guardaba en el bolsillo de su pantalón. El problema era que nunca me devolvía el cambio. Pensaba que lo descontaría del total del mes siguiente, pero no había pasado ni una semana y ya volvía a pedirme un adelanto para poder costearse unos libros que quería comprar.

El profesor era irlandés, así que me costaba horrores entenderlo. Cuando se confundía sonaba como si un habitante de Tokio y otro de *Satsuma* se estuvieran peleando: imposible sacar nada en claro. Además, era un hombre extremadamente negligente que se enardecía con facilidad, por lo que cuando le daba por hablar de esa manera suya me limitaba a mirarlo sin entender nada, resignado.

Su cara tampoco era en absoluto ordinaria. Tenía la nariz afilada, como todos los occidentales, pero no tenía el puente demasiado pronunciado y las aletas eran carnosas. En ese aspecto nos parecíamos. No era una nariz bonita. El desaliño de su rostro le otorgaba cierta belleza rural, pero su barba, un amasijo de pelos negros y canos, estaba hecha una pena. Una vez me encontré

al profesor en *Baker Street* y pensé que se trataba de un cochero que había dejado la fusta en casa.

Nunca había visto al profesor llevar camisa blanca o cuello postizo. Solía llevar una camisa de franela a rayas y unas zapatillas de aspecto suave. Siempre se sentaba con las piernas estiradas en dirección a la chimenea encendida. Algunas veces se daba unos golpecitos en las rodillas con las manos. Fue en una de esas ocasiones en que me di cuenta, por primera vez, de que el profesor llevaba un anillo de oro. Otras veces, en vez de darse golpecitos, se frotaba los muslos durante la clase.

Muchas veces no entendía una sola palabra de lo que me explicaba. Le escuchaba irse por los cerros de Úbeda y no había manera de que retomara el tema inicial. Sus disertaciones variaban con el clima y los cambios de estación. Un día podía asegurar algo y, al día siguiente, afirmar todo lo contrario. En resumidas cuentas: sí que es cierto que trataban de literatura pero, desde un punto de vista crítico, sus clases eran un auténtico enredo. Aunque, bien pensado, no creo que estuviera en posición de pedir lecciones mucho más sistemáticas por siete chelines. A fin de cuentas, era el profesor quien

salía perdiendo. Fui un idiota al pensar que me merecía algo más. En cualquier caso, la mente del profesor era tan caótica como su barba, así que no hubiera servido de nada pedirle unas lecciones magistrales a cambio de un aumento de sueldo.

La especialidad del profesor era la poesía. Cuando recitaba un poema temblaba de emoción de hombros para arriba, como si lo envolviera la calima. No es broma, realmente temblaba. Y cuando leía, no leía para mí, sino para sí mismo. Disfrutaba leyendo para sí, así que no es que yo ganara nada con todo ello, precisamente. Un día le llevé la obra *Rosamund*, *Queen of the Lombards*, de Swinburne[19]. Me pidió que se la enseñara, y no había leído ni tres líneas, cuando dejó el libro sobre su regazo, se quitó los quevedos y suspiró: «Dios bendito, cuando Swinburne escribió esto debía estar medio senil ya, el pobre...». En ese momento, me acordé de la obra *Atalanta in Calydon*, del mismo autor, y no sé por qué me entraron ganas de leerla.

El profesor me trataba como a un niño. Se interrumpía constantemente para preguntarme si sabía esto o eso otro

---

19 Algernon Charles Swinburne (1837-1909). Crítico y poeta inglés.

o si entendía tal y tal cosa. Me sentía ridículo. Sin embargo, en ocasiones lanzaba una cuestión sorprendentemente intrincada y me trataba como a un igual, como a un colega de profesión. Una vez recitó un poema de Watson[20] delante de mí y, al concluir, me explicó que había expertos que aseguraban que Shelley[21] y Watson se parecían en muchos aspectos, pero los había que afirmaban que eran polos opuestos. «¿Usted qué opina?». ¿Qué iba a opinar yo de poesía occidental si a duras penas podía entenderla? He olvidado si le respondí que se parecía o que no; solo recuerdo que, para salir del apuro, le respondí con una frase muy trivial. Curiosamente, se golpeó las rodillas con las palmas, como de costumbre, y me dijo que coincidía absolutamente conmigo. Me sentí muy avergonzado.

Un día se asomó a la ventana y se quedó observando el incansable ir y venir de los transeúntes. Me dijo que era una auténtica lástima que entre toda aquella gente no hubiera ni una entre cien que tuviera la más remota idea de poesía. «El británico es un pueblo que no entiende de poesía. En este campo, los irlandeses somos muy

20 Sir William Watson (1858-1935). Poeta inglés.

21 Percy Bysshe Shelley (1792-1822). Escritor, ensayista y poeta romántico inglés.

superiores. Les llevamos mucha ventaja… El que tú y yo seamos capaces de apreciar un buen poema nos hace afortunados». Tales fueron sus palabras. Le agradecí enormemente que me incluyera entre los que sabemos apreciar la poesía, pero por lo general el profesor era una persona extremadamente fría en el trato. Nunca vi en él la más mínima muestra de afecto; a mis ojos no era más que un anciano que hablaba de forma mecánica.

Sin embargo, un día ocurrió algo inesperado. Ya estaba muy harto de la pensión en la que me alojaba y pensé que podría trasladarme a la casa del profesor si a este le parecía bien. Así que, después de la lección habitual, se lo pedí. El profesor se palmeó las rodillas y me contestó: «Te enseñaré la casa, vamos, ven conmigo». Y me la enseñó de arriba a abajo, desde el comedor hasta la habitación de la sirvienta, pasando por la cocina. La casa solo ocupaba una de las esquinas de la parte de atrás de la cuarta planta, así que no era especialmente amplia. En dos o tres minutos ya lo habíamos visto todo. En este punto, el profesor volvió a sentarse frente a la chimenea y, justo cuando pensaba que me iba a decir que, como había podido comprobar, no había espacio para uno más

en aquella casa, empezó a disertar sobre Whitman[22]. Whitman se había alojado unos días en casa del profesor hacía ya algún tiempo (el profesor hablaba tan rápido que apenas podía entenderlo, pero sí que capté que Whitman había venido a su casa). La primera vez que el profesor echó un vistazo a sus poemas no le causaron buena impresión, pero a medida que fue leyendo más y con más frecuencia, empezaron a gustarle y ahora los leía con auténtica devoción. «Es por eso que…», el profesor prosiguió su interminable perorata.

El tema de alojarme en su casa se le había ido completamente de la cabeza. No me quedó más remedio que dejarme llevar por el curso de los acontecimientos y continué escuchando su discurso, asintiendo esporádicamente. «Por aquel entonces Shelley se peleaba con todo el mundo. También con Whitman. ¡Vamos, por favor! Pelearse no está nada bien. Ambos son escritores que me gustan, además. Nada, que no, que no está bien. Es un completo desatino. Pero, en fin, por más desatino que sea, el caso es que se pelearon. Pero, en fin, de eso hace ya diez años. No hay vuelta atrás».

22 Walt Whitman (1819-1892). Poeta americano cuyos poemas incluyó Sōseki en sus estudios.

El profesor era muy despistado. Tanto es así que solía colocar los libros en lugares que después no recordaba. Y, cuando no podía encontrarlos, se impacientaba hasta tal punto que llamaba a voz en grito a la anciana que estaba en la cocina con el tono de alarma con que uno declararía un incendio.

—¡Oye! ¿Dónde está mi Wordsworth[23]?

La mujer abría los ojos como platos e inspeccionaba la estantería de cabo a rabo. ¡Y vaya si lo encontraba! Entonces, se lo tendía al profesor con un «*Here, sir*» que denotaba cierto reproche. El profesor se lo arrancaba de las manos y repiqueteaba con dos dedos la sucia cubierta del libro antes de comenzar su discurso sobre Wordsworth. La anciana se retiraba entonces a la cocina con la misma expresión atónita en su rostro. El profesor continuaba hablando sobre Wordsworth mientras golpeteaba la portada con los dedos, pero ni siquiera se molestaba en abrir el libro que tanto le había costado encontrar.

El profesor también me enviaba cartas de vez en

23 William Wordsworth (1770-1850). Poeta romántico inglés.

cuando, pero su letra era ininteligible. Normalmente me escribía dos o tres líneas y me sobraba tiempo para leerlas y releerlas pero, aun así, no había manera: no entendía nada. No obstante, cada vez que llegaba una misiva suya era para comunicarme que debía cancelar las clases por algún asunto que le había surgido, así que desistía de leerlas de buen principio. A menudo era la anciana de ojos exorbitantes quien la redactaba. Entonces sí que la entendía a la perfección. El profesor tenía suerte de poder contar con una secretaria tan eficiente. Él mismo se dolía de tener una caligrafía tan penosa y reconocía que la mía era mucho mejor.

No podía dejar de preguntarme qué clase de manuscritos podían salir de aquella letra indescifrable. El profesor era el editor del Arden Shakespeare[24]. Era increíble que aquella letra pudiera siquiera imprimirse como es debido. Por no hablar de los prólogos y las notas, de cuya edición debía encargarse él. Un día me propuso leer el prólogo que él mismo había escrito para una edición de *Hamlet*. Al día siguiente, le dije que me había parecido muy interesante y me pidió que, en tal caso, lo

24 Arden Shakespeare. Recopilación académica de las obras de Shakespeare reinterpretadas en inglés moderno, con introducciones y comentarios extensos, de la que W. J. Craig y R. H. Case fueron editores.

diera a conocer cuando volviera a Japón. Cuando volví a Japón di una conferencia en la Universidad sobre el Hamlet de Arden Shakespeare y tuvo muy buena acogida. Creo que no existe un libro con unas anotaciones más relevantes y rigurosas que el de aquel Hamlet. Cuando lo leí por primera vez no me pareció tan abrumador, y eso que el profesor era un experto reputado en estudios shakespearianos.

Doblando la esquina tras la habitación de invitados había un pequeño estudio de unos diez metros cuadrados. Para ser exactos, el auténtico nido del profesor Craig se encontraba en este pequeño rincón del cuarto piso. En un rincón de aquel rincón, valga la redundancia, estaba el tesoro más preciado del profesor. Aproximadamente diez cuadernos de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por treinta de ancho con las tapas azules dispuestos en fila. Cada vez que tenía un rato libre, el profesor transcribía los apuntes que había anotado en un pedazo de papel a los cuadernos azules con la avaricia del que amasa su dinero céntimo a céntimo. Ir completando los cuadernos poco a poco era su máxima ilusión en esta vida. Al poco de empezar a tomar sus clases, me enteré de que aquellos cuadernos azules eran los manuscritos de lo que

habría de convertirse en un diccionario shakespeariano. Para poder dedicarse en cuerpo y alma a la elaboración del diccionario, el profesor había abandonado su cátedra de literatura en una universidad de Gales, de modo que tenía tiempo para acudir con asiduidad al Museo Británico a documentarse. No es de extrañar que un hombre capaz de rechazar un puesto de catedrático en una universidad desatendiera las clases a siete chelines con su pupilo cuando le viniera en gana. El diccionario ocupaba cada rincón de la mente de mi profesor. Cada día, a cada hora.

En una ocasión le hice notar que el lingüista alemán, Alexander Schmidt[25], ya había realizado un estudio semejante y le pregunté si tenía sentido escribir algo parecido. El profesor, con una mueca desdeñosa, me mostró su propio ejemplar de la obra de Schmidt en dos volúmenes y me alentó a echarles un vistazo. Los hojeé. Todas las páginas, sin excepción, estaban repletas de anotaciones. La visión me dejó totalmente anonadado. El profesor se mostraba triunfal. «Si quisiera hacer algo como lo que hizo Schmidt, no me estaría quebrando

25 Alexander Schmidt (1816-1887). Lingüista alemán. La obra a la que alude el relato *es Shakespeare-Lexicon: a Complete Dictionary of All the English Words, Phrases and Constructions in the World of the Poet.*

tanto los cascos, ¿sabes?», dijo mientras repiqueteaba con los dedos sobre el emborronado libro de Schmidt.

—¿Cuándo comenzó usted a redactar este trabajo, profesor?

El profesor Craig se levantó, se acercó a la estantería de enfrente y empezó a rebuscar intentando dar con algo que tampoco encontró. Así que, de nuevo con aquel tono airado, llamó a la sirvienta: «¡Jane, Jane! ¿dónde está mi Dowden[26]?», la exhortó desde el salón. La anciana entró con expresión de sorpresa en el rostro. Como siempre, encontró el libro en un santiamén y se lo tendió al profesor con un «*Here, sir*» cargado de reproche. El profesor se lo arrancó de las manos con indiferencia y lo abrió con avidez. «Dowden escribió mi nombre en el libro. Aquí está. Profesor Craig, experto en materia shakespeariana. Este libro se publicó en el año 1870… Yo ya había empezado mi investigación mucho antes de que se publicara este libro, así que...». Me impresionó soberanamente la perseverancia del profesor. Le pregunté cuándo lo concluiría y me contestó que no

26 Edward Dowden (1843-1913). Crítico y poeta inglés famoso por sus investigaciones sobre Shakespeare.

sabía cuándo, que seguiría escribiéndolo hasta el día que muriera. Dicho esto, devolvió los volúmenes de Dowden a su sitio. Al cabo de un tiempo, dejé de acudir a casa del profesor. Un poco antes de que cesaran las visitas, me preguntó si no necesitarían a algún docente occidental en una universidad japonesa. «Si fuera más joven, no me lo pensaría dos veces», me dijo con una extraña expresión en el rostro. Esa fue la primera vez que vi aflorar sus sentimientos. «Todavía es usted joven», le dije para confortarlo, a lo que repuso con un tono de tristeza poco habitual en él que ya tenía cincuenta y seis años y que podía pasarle cualquier cosa en cualquier momento.

Dos años después de mi regreso a Japón leí en el último número de una revista literaria que el profesor Craig había fallecido. Ponía que era un experto académico en Shakespeare y le dedicaban un par o tres de líneas. Dejé la revista. Aquel diccionario inconcluso había quedado reducido a una montaña de papeles.

"Kiichan suele salir al patio y juega con su madre o su abuela, o bien con Yoshi. Cuando no hay nadie, juega sola. En esas ocasiones, Kiichan se queda observando las casas vecinas...

Colección
Lima Lee

